UNE ✦ SACRA

Antigua Roma

De la Naturaleza de las Cosas

✦ ✦ ✦

Lucrecio

José Marchena (ed. 1896)

Créditos

Autor	Lucrecio
Fecha	c. 55 a. C.
Idioma original	Latín
Versión	José Marchena (ed. 1896)
Edición	1.1
Traducción	José Marchena
Fuente	Wikisource
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Poema filosófico latino de Tito Lucrecio Caro (c. 99–55 a. C.), en seis libros de versos hexámetros, dedicado al aristócrata romano Memio.

Es la exposición más completa que ha llegado hasta nosotros de la filosofía de Epicuro, al que Lucrecio alaba como el griego que liberó a los hombres del miedo a los dioses.

Todo lo que existe está hecho de átomos, demasiado pequeños para verse, que se mueven en el vacío y se combinan de infinitas maneras; nada nace de la nada, y nada vuelve a la nada (libros I y II).

El alma también está hecha de átomos y se deshace con el cuerpo: por eso "la muerte no es nada para nosotros", y temerla es necedad (libro III).

Los libros siguientes explican los sentidos y el amor (IV), la formación del mundo, de la vida y de la civilización (V) y los fenómenos de la naturaleza —rayos, terremotos, volcanes, enfermedades—, hasta la peste de Atenas, con la que termina el poema (VI).

Comienza con un himno a Venus, la fuerza de la naturaleza que da vida a todo.

El poema quedó casi olvidado en la Edad Media y fue redescubierto en un monasterio alemán en 1417.

Fuente: https://es.wikisource.org/wiki/De_la_naturaleza_de_las_cosas_(Marchena_tr.)

Consulte la fuente indicada arriba para conocer los términos de uso de esta versión. El diseño de este archivo es de Une Sacra (CC BY-NC-SA 4.0); el texto sigue la licencia indicada arriba.

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Libro I

Libro II

Libro III

Libro IV

Libro V

Libro VI

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO I

✦

1 Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus:
Debajo de la bóveda del cielo,
Por do miran los astros resbalando,
Haces poblado el mar, que lleva naves,
Y las tierras fructíferas fecundas;

2 Por ti todo animal es concebido
Y a la lumbre del sol abre sus ojos;
De ti, diosa, de ti los vientos huyen;

3 Cuando tú llegas, huyen los nublados;
Te da suaves flores varia tierra;
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.

4 Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Robustece Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento por alegres prados
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la rápida corriente:

Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieres, diosa, conducirlos;

5 Por último, en los mares y en las sierras,
Y en los bosques frondosos de las aves,
Y en medio de los ríos desbordados,
Y en medio de los campos que verdecen,
El blando amor metiendo por sus pechos,
Haces que las especies se propaguen.

6 Pues como seas tú la soberana
De la naturaleza, y por ti sola
Todos los seres ven la luz del día,
Y no hay sin ti contento ni belleza,
Vivamente deseo me acompañes
En el poema que escribir intento
De la naturaleza de las cosas,
Y dedicarle a mi querido Memmio,
A quien tú, diosa, engalanar quisiste
En todo tiempo con sublimes prendas:
Da gracia eterna, diosa, a mis acentos.

7 Haz que entretanto el bélico tumulto
Y las fatigas de espantosa guerra
Se suspendan por tierras y por mares;

8 Porque puedes tú sola a los humanos
Hacer que gusten de la paz tranquila;
Puesto que las batallas y combates
Dirige Marte, poderoso en armas,
Que arrojado en tu seno placentero,
Consumido con llaga perdurable,
La vista en ti clavada, se reclina,
Con la boca entreabierta, recreando
Sus ojos de amor ciegos en ti, diosa,
Sin respirar, colgado de tus labios.

9 Ya que descansa en tu sagrado cuerpo,
Inclinándote un poco hacia su boca,
Infúndele tú, diosa, blando acento:
Ínclita medianera de las paces,
Pídesela en favor de los romanos;

10 Porque no puedo consagrarme al canto
Entre las guerras de la patria mía,
ni puedo yo sufrir que el noble Memmio
Su defensa abandone por oírme.

11 Óyeme, Memmio, tú con libre oído,
Y sin cuidados al saber te entrega:
No desprecies mis dones, trabajados
En honra tuya con sincero afecto,
Sin penetrar primero en lo que digo:
Porque serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;

12 De qué principios la naturaleza
Forma todos los seres, cómo crecen,
Cómo los alimenta y los deshace
Después de haber perdido su existencia:
Los elementos que en mi obra llamo
La materia y los cuerpos genitales,
Y las semillas, los primeros cuerpos,
Porque todas las cosas nacen de ellas.

13 Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: muy apartados
De los tumultos de la vida humana,
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros; ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera les mueven.

14 Cuando la humana vida a nuestros ojos
Oprimida yacía con infamia
En la tierra por grave fanatismo,
Que desde las mansiones celestiales
Alzaba la cabeza amenazando
A los mortales con horrible aspecto,
Al punto un varón griego osó el primero
Levantar hacia él mortales ojos
Y abiertamente declararle guerra:

No intimidó a este hombre señalado
La fama de los dioses, ni sus rayos,
Ni del cielo el colérico murmullo.

15 El valor extremado de su alma
Se irrita más y más con la codicia
De romper el primero los recintos
Y de Natura las ferradas puertas.

16 La fuerza vigorosa de su ingenio
Triunfa y se lanza más allá los muros
Inflamados del mundo, y con su mente
Corrió la inmensidad, pues victorioso
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo
Es limitado por su misma esencia:
Por lo que el fanatismo envilecido
A su voz es hallado con desprecio;

17 ¡Nos iguala a los dioses la victoria!
Mas temo mucho en esto que te digo
Pienses acaso no te dé lecciones
De impiedad, enseñándote el camino
De la maldad: por el contrario, ¡oh Memmio!

18 De acciones execrables y malvadas
Fue causa el fanatismo muchas veces:
A la manera que en Aulide un tiempo
El altar de Diana amancillaron

Torpemente en la sangre de Ifigenia
La flor de los caudillos de los griegos,
Los héroes más famosos de la tierra:
Después que rodearon la cabeza
De la doncella con fatales cintas,
Que por ambas mejillas la colgaban:
Cuando vio que su padre entristecido
Estaba en pie del lado de las aras,

19 Y junto a él tapando los ministros
El cuchillo, y que el pueblo derramaba
En su presencia lágrimas a mares;

20 Muda de espanto, la rodilla en tierra
Como una suplicante desgraciada,
No la valía en tan fatal momento
Haber dado al monarca la primera
De padre el nombre; porque arrebatada
Por varoniles manos, y temblando,
Fue llevada al altar, no como hubiera
En himeneo ilustre acompañada
Ido a las aras con solemne rito;

21 Antes, doncella, en el instante mismo
De sus bodas cayese degollada
A manos de su padre impuramente,
Como infelice víctima inmolada
Para dar a la escuadra buen suceso:
¡Tanta maldad persuade el fanatismo!

22 De aterradores cuentos fatigado
Referidos por todos los poetas,
Quizá huirás de mí también tú, Memmio,
Juzgándome inventor de sueños vanos
Que sin cesar toda tu vida agiten,
Y el temor emponzoñe tu ventura.

23 Y con razón; pues si los hombres viesen
Que cierto fin tenían sus desdichas,
En alguna manera se armarían,
Resistirían contra el fanatismo
Y amenazas terribles de poetas:
Pero no hay medio alguno de hacer frente,
Porque se han de temer eternas penas
Más allá de la muerte; no sabemos
Cuál es del alma la secreta esencia:
Si nace, o si al contrario, se insinúa
Al nacer en el cuerpo, y juntamente
Muere ella con nosotros; si del Orco

24 Corre vastas lagunas tenebrosas;
Si por orden divina va pasando
De cuerpo en cuerpo de los otros brutos,
Como cantó nuestro Ennio, que el primero
De las cumbres amenas de Elicona
Trajo guirnalda de verdor perenne
Que las gentes latinas ensalzaron:
A pesar de que en versos inmortales

Ennio afirmó los infernales templos,
En los que ni los cuerpos, ni las almas,
Sino unos macilentos simulacros
De figura espantable sólo habitan:

25 Dice que allí del inmortal Homero
La sombra vio, que se deshizo en llanto,
Y los arcanos del saber le expuso.

26 Por lo que antes que entremos en disputa
De las cosas de arriba, y expliquemos
Del sol y de la luna la carrera;

27 Cómo en la tierra se produce todo;
Principalmente con sagaz ingenio
Del ánimo y del alma los principios
Constitutivos es bien indaguemos:
Y por qué los objetos que hemos visto
En la dolencia asustan, y en el sueño,
De modo que parece contemplamos
Y hablamos cara a cara con los muertos,
Abrazando la tierra ya sus huesos.

28 No se me oculta que en latinas voces
Es difícil empresa el explicarte
Los inventos obscuros de los griegos,
Principalmente cuando la pobreza
De nuestra lengua, y novedad de objeto
Harán que forme yo vocablos nuevos:

Pero tu virtud, Memmio, sin embargo,
Y el placer cierto de amistad suave
Me inducen a sufrir cualquier trabajo
Y a velar en la calma de las noches,
Buscando de qué modo y de qué verso
Pueda en tu mente derramar las luces

29 Que todos los secretos te descubran.
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

30 Por un principio suyo empezaremos:
Ninguna cosa nace de la nada;
No puede hacerlo la divina esencia:
Aunque reprime a todos los mortales
El miedo de manera que se inclinan
A creer producidas por los dioses
Muchas cosas del cielo y de la tierra,
Por no llegar a comprender sus causas.

31 Por lo que cuando hubiéremos probado
Que de la nada nada puede hacerse,
Entonces quedaremos convencidos
Del origen que tiene cada cosa;

32 Y sin la ayuda de los inmortales
De qué modo los seres son formados.
Porque si de la nada fuesen hechos,
Podría todo género formarse
De toda cosa sin semilla alguna.

33 Los hombres de la mar nacer podrían,
De la tierra los peces y las aves,
Lanzáranse del cielo los ganados,
Y las bestias feroces como hijos
De la casualidad habitarían
Los lugares desiertos y poblados:
Los mismos frutos no daría el árbol,
Antes bien diferentes los daría:
Todos los cuerpos produjeran frutos;

34 Pues careciendo de principios ciertos,
A las cosas ¿qué madre señalamos?
Pero es porque los seres son formados
De unas ciertas semillas de que nacen
Y salen a la luz; en donde se hallan
Sus elementos y primeros cuerpos:
Por lo que esta energía circunscribe
La generación propia a cada especie.

35 Además, ¿por qué causa en primavera
Vemos nacer la rosa, y en estío
Los frutos sazonados, y las viñas
En los días hermosos del otoño?

36 Sino porque a su tiempo las semillas
Determinadamente se reúnen;
Sale la creación si ayuda el tiempo;

37 La tierra vigorosa con certeza
Da a luz sus tiernos hijos: si naciesen
De la nada, saldrían al momento,
En tiempo incierto y estación contraria:
Pues que carecerían de principios
Cuya unión el mal tiempo no impidiera.

38 Ni para su incremento cualquier cuerpo
De tiempo y conjunción de las semillas
Necesitara, si crecer pudiese
De la nada: pues jóvenes se harían
En un instante los pequeños niños;

39 Y apenas los arbustos asomasen,
De repente a las nubes se alzarían:
Y vemos que sucede lo contrario,
Puesto que poco a poco van creciendo,
Imprimiendo un carácter cierto y fijo
Con su propio crecer a cada especie.

40 Venir puedes de aquí en conocimiento
Que cada cuerpo crece y se sustenta
De su materia propia y de su jugo.

41 Además, que la tierra no daría
Sin ciertas lluvias sus alegres frutos;
Ni el animal privado de alimento
Su especie propagara, ni podría
Conservarse a sí mismo: antes diremos
Que muchos elementos son comunes
A muchos individuos, así como
Las letras a los nombres: pues sentemos
Que sin principios nada existir puede.

42 ¿Qué impidió, en fin, a la naturaleza
Para que hombres tamaños nos hiciese
Que vadear pudiésemos los mares,
Arrancar con las manos las montañas,
Y vencer muchos siglos con la vida,
Sino porque ha fijado los principios
Para las creaciones de los seres?

43 Nada, pues, de la nada puede hacerse,
Puesto que necesita de semilla
Cualquiera cosa para ser criada,
Y del aire salir al aura tierna.

44 Porque vemos, en fin, aventajarse
A los eriales las labradas tierras
Y mejorar la tierra con cultivo,
Inferimos de aquí existir en ella
Partes elementales que nosotros
Hacemos producir, con el arado,

Los fecundos terrones revolviendo,
Y sujetando el suelo de la tierra:
Luego si estos principios no existiesen,
La perfección de suyo adquirirían.

45 A esto se junta que naturaleza
Nada aniquila, sino que reduce
Cada cosa a sus cuerpos primitivos;

46 Si los principios fueran destructibles,
De nuestra vista luego arrebatado
Cada ser pereciera en el momento;

47 Inútil, pues, sería toda fuerza
Que turbase la unión de los principios,
Y rompiese sus lazos: pero ahora,
Porque los elementos son eternos,
Sufrir no puede la naturaleza
Ponerlos a la vista destruidos,
Sino cuando una fuerza extraordinaria
El cuerpo hirió, le penetró y deshizo.

48 Además, que si el tiempo aniquilase
Todo lo que arrebata a nuestros ojos,
Acabando con toda la materia,
¿De dónde Venus a sacar volviera
Todos los seres a la luz de vida?

49 ¿Cómo reproducidos la alma tierra
Los alimenta, cómo da incremento,
En general los pastos repartiendo?

50 ¿Cómo los ríos y las fuentes bellas
De tan lejos al mar tributarían?
¿Cómo el éter sustenta las estrellas?

51 Pues si los elementos son mortales,
Tantos siglos y días deberían
Haber todas las cosas consumido:
Luego son inmortales los principios,
Si la naturaleza los obliga
A las reproducciones de los seres:
Ninguna cosa puede aniquilarse.

52 La misma fuerza y causa últimamente
Acabaría con los cuerpos todos
Si la materia eterna no tuviera
Estos entre sí unidos y enlazados:
El tacto sólo les daría muerte,
Porque no siendo eternos sus principios,
Cualquiera fuerza a aniquilarlos basta.

53 Mas como el nexo de sus elementos
Diferencia los cuerpos unos de otros,
Y como es la materia indestructible,
Cada cuerpo subsiste ileso en tanto

No reciba algún choque, que desuna
La textura y unión de sus principios:
Luego no se aniquila cosa alguna;

54 Antes bien, destruido cualquier cuerpo,
Se vuelve a sus primeros elementos.
En fin, ¿perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre éter
En el regazo de la madre tierra?

55 No: pues hermosos frutos se levantan,
Los ramos de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto.

56 Sustentan a los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades,
Por cualquier parte en las frondosas selvas
Se oyen los cantos de las aves nuevas,
Y los rebaños de pacer cansados
Tienden sus cuerpos por risueños pastos,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos
De pocas fuerzas por la tierna hierba
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche:
Luego ningunos cuerpos se aniquilan;

57 Pues la naturaleza los rehace,
Y con la muerte de unos otro engendra.
Puesto que te he enseñado que los seres
No pueden engendrarse de la nada,
Ni pueden a la nada reducirse;

58 No mires con recelo mi enseñanza,
Al ver que con los ojos no podemos
Descubrir los principios de las cosas;

59 Sin embargo es preciso que confieses
Que hay cuerpos que los ojos no perciben.
La fuerza enfurecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Derriba, y desbarata los nublados;

60 Con torbellino rápido corriendo
Los campos a la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles, sacude
Con soplo destructor los altos montes;

61 El ponto se enfurece con bramidos,
Y con murmullo aterrador se ensaña.
De aquí seguramente inferiremos
Que los vientos son cuerpos invisibles,
Que barren tierra, mar, y en fin el cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos:
No de otro modo corren y destrozan,
Que cuando un río de tranquilas aguas

De repente sus márgenes ensancha
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes a torrentes bajan
Amontonando troncos y malezas:

62 Ni los robustos puentes la avenida
Impetuosa sufren de las aguas;
En larga lluvia rebosando el río,
Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos,
Con furor arrollando todo osbtáculo;

63 Del mismo modo los furiosos vientos
Semejantes a un río impetuoso
Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,
Y lo llevan delante con gran fuerza,
En remolino a veces le arrebatan;

64 Mil vueltas le hacen dar a la redonda.
Diré y repetiré yo que los vientos
Son cuerpos invisibles: sus efectos
Y su naturaleza nos lo muestran,
Puesto que emulan a los grandes ríos.

65 Sentimos, además, varios olores,
Y en la nariz tocando no los vemos;
Ni el calor percibimos, ni los fríos,
Ni las voces tampoco ver solemos

Que la naturaleza de los cuerpos
Es preciso que tenga, porque pueden
Impeler los sentidos: nada puede
Tocar y ser tocado sino el cuerpo.

66 Por último; en las playas resonantes
Los vestidos colgados se humedecen,
Y tendidos al sol se enjugan luego:
Ni cómo se empaparon ver podemos
Ni cómo se enjugaron con la lumbre:
En partículas tenues se divide
El agua de manera que no pueden
Verse de modo alguno con los ojos.

67 Después de cierto número de soles
El anillo se gasta en vuestro dedo,
El gotear la piedra agujerea,
La reja del arado ocultamente
En los surcos se gasta, y con los pasos
Los empedrados desgastarse vemos;

68 En las puertas también las manos diestras
De cobreñas estatuas se adelgazan
Con los besos continuos de unos y otros;

69 Pues que gastadas vemos se atenúan:
Pero no quiso la naturaleza
Descubrirnos su pérdida instantánea,
Celosa de que viesen nuestros ojos

El lento crecimiento con que obliga
A aumentarse los cuerpos cada día,
Ni cómo se envejecen con el tiempo,
Ni qué pérdidas tienen los peñascos
De sales roedoras carcomidos,
Que a los mares dominan y amenazan:
Luego sólo obra la naturaleza
De imperceptibles cuerpos ayudada.

70 No está ocupado todo por los cuerpos,
Porque se da vacío entre las cosas:
Al entenderlo cogerás el fruto,
Ni andarás entre dudas vacilante,
Ni de continuo buscarás la esencia,
Ni desconfiarás de mis escritos.

71 Un espacio se da desocupado,
Impalpable, vacío: el movimiento
Sin este espacio no concebirías;

72 Porque propiedad siendo de los cuerpos
La resistencia, nunca cesarían
De andar entrechocándose unos y otros:
Imposible sería el movimiento,
Pues ningún cuerpo se separaría:
Por los mares ahora y por las tierras
Y por los altos cielos, con los ojos
Vemos mil movimientos diferentes:
Y sin vacío no tan solamente

De agitación continua carecieran
Los cuerpos, mas también, ni aun engendrados
Hubieran sido; porque la materia

73 Quieta se hubiera estado eternamente.
Aunque creamos sólidos los cuerpos,
Los vemos penetrables: por las rocas
Copiosas gotas por doquier chorrean;

74 Por todo el animal corre el sustento;
Los árboles crecidos dan el fruto
En tiempo señalado a manos llenas,
Porque la savia desde las raíces
Por troncos y por ramas se difunde;

75 Y las voces penetran las paredes,
Recorren los secretos de las casas;
Hasta los huesos nos penetra el frío;

76 Sin vacío los cuerpos no pudieran
Trasladarse a otro punto en modo alguno.
En fin ¿cómo unas cosas se aventajan
A las otras en peso, y no en figura?

77 Pues si un vellón de lana pesa tanto
Como un cuerpo de plomo, en equilibrio
Debe estar la balanza; la materia
Hace peso hacia abajo; luego queda
Sin pesadez por su naturaleza
El vacío: pues si me das dos cuerpos

En una superficie comprendidos,
El más ligero es el de más vacío,
El más denso será de mayor peso;

78 La razón nos demuestra claramente
Un vacío existir diseminado.
Mas porque nadie pueda seducirte,
Me adelanto a ponerte de antemano
De algunos el capcioso raciocinio.

79 Sostienen que a los peces relucientes
Les abre el agua líquidos caminos,
Que después el espacio abandonado
Se ocupa por la onda retirada:
Pueden moverse así y mudar de sitio
Todos los demás cuerpos sin vacío.

80 En razón falsa estriba el argumento;
¿Cómo podrán los peces menearse
Si las aguas no dan lugar vacío.

81 ¿Cómo refluirán las aguas mismas
Cuando los peces no darán un paso?
O los cuerpos privar de movimiento
O el espacio vacío confesemos
Que principia a mover todos los cuerpos.

82 Con rapidez separa tú dos cuerpos
Planos y que entre sí estén bien unidos,
Verás cómo se forma allí un vacío

Que no puede a la vez llenar el aire:
Le va ocupando todo poco a poco.

83 Si por fortuna alguno presumiera
Que de dos superficies separadas
El espacio intermedio es ocupado
Del aire condensado anteriormente,
Se engaña; pues se forma allí un vacío
Entonces que no hubo antes, y se llena
El vacío existente: de este modo
El aire ya no puede condensarse;

84 Y aun dado que pudiese, como dicen,
No podría a mi juicio sin vacío
Sus partes recoger y reducirlas
A volumen menos; para escaparte
Cualquier dificultad que me objetares,
Es preciso confieses el vacío.

85 Yo podría traerte muchas pruebas
Que mis razones más acreditasen:
A tu penetración estos ensayos
Son suficientes, si indagando sigues,
Porque así como muy frecuentemente
Rastrean las querencias enramadas
De las fieras monteses y los canes,
Cuando dieron por fin con rastro cierto,
Así de consecuencia en consecuencia

Darás en general con los arcanos
De la naturaleza, y de sus senos
Sacarás la verdad. No te empereces.

86 Si te apartares algo de mi objeto,
Me atrevo, Memmio, a hacerte esta promesa.
Se agotarán los grandes manantiales
Donde he bebido yo largas noticias,
Mi rico pecho dejará primero
De derramarlas con suave labio,
Y a paso lento la vejez tardía
Habrá ocupado todos nuestros miembros,
Y el principio vital habrá disuelto,
Primero que por medio de mis versos
Haya agotado esta materia inmensa.

87 A nuestros raciocinios ya volvamos:
Estriba, pues, toda naturaleza,
En dos principios: cuerpos y vacío
En donde aquéllos nadan y se mueven:
Que existen cuerpos, el común sentido
Lo demuestra; principio irresistible
Sin el cual la razón abandonada
De errores en errores se perdiera.

88 Si no existiera, pues, aquel espacio
Que llamamos vacío, no estarían
Los cuerpos asentados, ni moverse
Podrían, como acabo de decirte.

89 Además del espacio y el vacío,
No conocemos en naturaleza
Una clase tercera independiente
De los principios dichos: lo que existe
Es necesariamente de pequeña
O de grande extensión: si lo sintiere
El tacto aunque ligera y levemente,
Debemos colocarlo entre los cuerpos,
Y al todo seguirá. Pero si fuere
Impalpable, y ninguno de sus puntos
A la penetración resistir puede,
Este espacio y lugar llamo vacío.

90 En general los seres son activos;
O bien a la acción de otros se sujetan,
O bien el movimiento proporcionan,
Y la existencia, pues los cuerpos solos
Pueden ser o activos o pasivos:
Sólo el vacío puede darles sitio:
Luego no existe en la naturaleza
Más que los cuerpos dichos, y el vacío:
No pueden alcanzarlo los sentidos,
Ni el espíritu humano comprenderlo.

91 Lo que no sea materia ni vacío,
Propiedad o accidente es de uno o de otro.
Las propiedades son inseparables
Del sujeto; tan solamente cesan

Cuando éste es destruido; así en la piedra
Tal es la pesadez, tal en el fuego
Es el calor, fluidez tal en el agua,
La tangibilidad tal en los cuerpos
Y tal su privación en el vacío.

92 Los que llamar solemos accidentes,
Como la libertad y servidumbre,
La pobreza y caudales desmedidos,
La paz y guerra, sólo son maneras
De ser, que con su ausencia o su presencia
Lo esencial no trastornan del sujeto.

93 El tiempo no subsiste por sí mismo:
La existencia continua de los cuerpos
Nos hace que distingan los sentidos
Lo pasado, presente, y lo futuro;.

94 Ninguno siente el tiempo por si mismo,
Libre de movimiento y de reposo.
En fin, cuando nos dicen haber sido
Robada Elena y las troyanas gentes
Haber sido con guerra sujetadas,
Nadie nos fuerce a confesar que pueden
Existir por sí mismos estos hechos,
Después que el tiempo irrevocable hubo
Los siglos y sucesos engullido;

95 Porque en diversos tiempos y regiones
Cuantas cosas pasaron, pasar pueden,
Mas sin materia, ni lugar ni espacio,
Todo acontecimiento es imposible.

96 Sin materia, por fin, y sin vacío,
La hermosura de Elena nunca hubiera
Los célebres combates encendido
De una guerra cruel que fomentaba
El pecho ardiente de Alejandro frigio:
No incendiara el caballo de madera
De Pérgamo las torres sublimadas
Con el parto nocturno de los griegos.

97 Ya puedes ver que todos los sucesos
Que agitan y revuelven nuestro globo
No existen en verdad como los cuerpos,
Ni son como el vacío, sino simples
Cambios de los principios; accidentes
Que al espacio o los cuerpos se refieren.

98 Llamamos cuerpos a los elementos
Y a los compuestos que resultan de ellos:
Los elementos son indestructibles,
Porque su solidez triunfa de todo.

99 Te costará trabajo persuadirte
Que existen cuerpos sólidos: el rayo
Atraviesa los muros, así como

Las voces y los gritos: se caldea
El hierro si le metes en la fragua;

100 Peñas ardiendo arrojan los volcanes;
El oro se liquida en los crisoles;
El cobre se derrite como el hielo;

101 El frío y el calor de los licores
Sentimos en los vasos que bebemos:
De solidez perfecta no tenemos
Idea cierta y experiencia clara.

102 Mas la razón y la naturaleza
Esta verdad nos hacen que entendamos:
óyeme en pocos versos: los principios
Que componen el gran todo criado
Tienen un cuerpo sólido y eterno.

103 Después, como los cuerpos y el espacio
Por su naturaleza son opuestos,
Es preciso que existan uno y otro
Enteramente puros por sí mismos:
El vacío repugna todo cuerpo,
La materia al vacío de sí aleja:
Luego sólidos son y sin vacío
Los elementos, los primeros cuerpos.

104 Pues que se da en los cuerpos el vacío,
Deben de partes sólidas cercados
Estar estos vacíos. Repugnante

En los cuerpos sería dar vacío,
Si a las paredes que rodean éste
La solidez quitamos. Las paredes
El agregado son de la materia:
Luego como los cuerpos se destruyan,
Es la materia sólida y eterna.

105 Sólido fuera el todo sin vacío:
Y sin cuerpos que ocupen el espacio,
Vacío inmenso fuera el universo,
Por el contrario. El cuerpo y el espacio
Son respectivamente muy distintos,
Pues que no existe lleno ni vacío
Perfecto: los principios y elementos
Diferencian el lleno del vacío.

106 No puede disolverlos choque externo,
Ni puede penetrar extraña fuerza
A su tejido: ni de acción extraña
Pueden recibir daño, como he dicho.

107 Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío
Ser roto, dividido o descompuesto,
Seguramente yo no lo concibo:
Él es a la humedad inaccesible,
Al frío y al calor, que son las causas
Destructoras de todo: así observamos
Que cuanto más los cuerpos son sujetos
A estas causas que van menoscabando,

Encierran más vacío en su tejido:
Luego si constan los primeros cuerpos
De solidez, y no tienen vacío,
Eternos han de ser forzosamente.

108 Si no fuesen eternos, a la nada
Todo el mundo se hubiera reducido:
Pero como la nada no produce
Ni aniquila los seres, es preciso
Que eternos sean los primeros cuerpos,
Pues los destruyen y los reproducen
Todos los seres: luego los principios
La simplicidad sólida contienen,
Porque sin ella no hubieran podido
Durante tantos siglos conservarse,
Ni reparar los seres de continuo.

109 En fin, si hubiera la naturaleza
A límites precisos reducido
La divisibilidad de la materia,
Los elementos del gran todo hubieran
En la revolución de tantos siglos
Llegado luego a tal acabamiento,
Que de su unión los cuerpos producidos
Alcanzar no pudieran su incremento.

110 Como un cuerpo más pronto se destruya
Que lo que tarda el mismo en rehacerse,
Las pérdidas que hubiera padecido

En la edad precedente, irreparables
Fueran sin duda alguna en las siguientes:
Pero constantemente se reparan
De su menoscabar todos los cuerpos,
Y los vemos llegar a plazos fijos
A aquella perfección que les compete,
La división de la materia tiene
Límites invariables y precisos.

111 Solidísimos son los elementos:
Mas como en todo cuerpo haya vacío,
Pueden hacerse blandos como el agua,
El aire, tierra y fuego; y al contrario,
Si damos que son muelles los principios,
El pedernal, el hierro, como puedan
Consistencia tomar no explicaremos.

112 Porque en sus obras la naturaleza
Sobre sólidas bases no estribara.
Sólidos son y simples los principios,
Pues su unión más o menos apretada
Resistencia y dureza da a los cuerpos.

113 La duración, por fin, y el crecimiento
De los cuerpos ha la naturaleza
Determinado y su poder medido.

114 No padecen mudanza las especies,
Ni las generaciones se varían,
Como las clases diferentes de aves
Están de ciertas manchas salpicadas;

115 Porque son inmutables las especies.
Si admitimos mudanza en los principios
No sabremos qué pueda producirse
Y qué no pueda, y cómo se limitan
Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos
Naturaleza, vida, movimiento,
Y las mismas costumbres de los padres.

116 La extremidad de un átomo es un punto
Tan pequeño, que escapa a los sentidos;
Debe sin duda carecer de partes:
Él es el más pequeño de los cuerpos,
Ni estuvo ni estará jamás aislado;

117 Es una parte extrema, que juntada
Con otras y otras partes semejantes,
Forman así del átomo la esencia.

118 Si del átomo, pues, los elementos.
De existencia carecen separados,
Será su unión tan íntima y estrecha,
Que no hay fuerza capaz de separarlos.

119 De simple solidez los elementos
Y partes muy delgadas se componen;
Su unión no es un compuesto heterogéneo,
Sino simplicidad eterna. Quiere
De este modo formar naturaleza
Los cuerpos, sin que alguna de sus partes
Separación o menoscabo sufra.

120 Además, si nosotros no admitimos
De división un término preciso,
Se compondrán los cuerpos más pequeños
De infinidad de partes, caminando
De mitad en mitad al infinito.

121 ¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande
Al cuerpo más pequeño? Suponiendo
Que el todo es infinito, sin embargo,
De partes infinitas igualmente
Se compondrán los átomos más breves:
Mas como la razón no lo comprenda,
Convencido es preciso que confieses
Que los simples corpúsculos terminan
La división y solidez eterna.

122 Si la naturaleza creadora
No acostumbrase a reducir los seres
A sus mínimas partes, no podría
Rehacer unos de otros, destruídos:
Pues siendo todavía divisibles,

No podría enlazarse la materia,
Ni tener pesadez, ni ser chocada,
Ni encontrarse con otro ni moverse,
Causas engendradoras de los seres.

123 Si divisibles fueran los principios
Al infinito, es fuerza que existieran
Desde la eternidad cuerpos intactos:
Mas como sean frágiles, no pueden
Haber por tantos siglos resistido
A innumerables choques de continuo.

124 Y por esta razón los que creyeron
Que el fuego era el origen de las cosas,
En un error grosero han incurrido.

125 Esta opinión Heráclito defiende
Como primer caudillo, celebrado
Por su obscuro lenguaje entre los griegos
Superficiales, más que por los sabios
Que buscan la verdad: porque los necios
Aman y admiran más lo que está envuelto
En misteriosos términos; su oreja
Suavemente puede ser herida
Y embelesada con gracioso ruido:
Y el dulce halago a la verdad prefieren.

126 A Heráclito pregunto: ¿de qué modo
Podrían existir tan varias cosas
Si del fuego purísimo nacieran?

127 Rarificar o condensar el fuego
De nada serviría, si sus partes
Se compusiesen de la misma esencia
Que tiene todo el fuego: reunidos
Los elementos, fuego más activo
Tendremos, y más flojo separados:
Bien condensemos o rarifiquemos
El fuego, como habemos ya probado,
No se pueden formar cuerpos distintos.

128 Y si éstos reconocen el vacío,
Enrarecer y condensar el fuego
Podrán; pero se quedan en silencio
Viendo se contradicen a sí mismos,
Y evitan admitir puro vacío;

129 Y mientras huyen las dificultades
Se apartan del camino verdadero.
El vacío quitado, no reparan
Que debe condensarse todo cuerpo,
Y no formar más que uno, cuyas partes
Condensadas no pueden escaparse
Como el calor y luz que arroja el fuego:
Luego de partes densas no se forman.

130 Porque si en defender ellos se obstinan
Que las partes del fuego recogidas
Se apagan y se mudan, a la nada
El fuego elementar reducirían,
Y todo nacería de la nada;

131 No puede un cuerpo transmutar su esencia
Sin que deje de ser lo que antes era.
Deben, pues, conservar los elementos
Del fuego aquella su naturaleza,
Para que ni los cuerpos se aniquilen
Ni el gran todo renazca de la nada.

132 Mas aunque existen en naturaleza
Algunos cuerpos de inmutable esencia,
Que con aumentos o disminuciones
Y con combinaciones diferentes
Hacen cambiar la esencia de los cuerpos,
No son éstos corpúsculos de fuego.

133 Añadir o quitar no importaría,
Ni cambiarles el orden, pues de fuego
Tendrían todos la naturaleza,
Y del fuego los cuerpos se engendraran.

134 Así es como yo pienso que se forman:
Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro,
Figura, situación y movimiento
Y orden forman el fuego; trastornados,

Su esencia mudan. Estos elementos
Ni son de fuego, ni otra cosa alguna
Que pueda enviar cuerpos al sentido,
Y palparlos el tacto si se arriman.

135 Decir que todo lo compone el fuego,
Y que éste es el principio de las cosas,
Que es lo mismo que Heráclito establece,
Me parece locura consumada.

136 Ataca los sentidos por sí mismos,
Los destruye y nos roba la creencia
Que pende de los mismos por los cuales
El fuego conoció; pues se persuade
Que conocen el fuego los sentidos,
Y lo demás no cree que es tan claro:
Muy necio y delirante me parece.

137 ¿Adónde la verdad encontraremos?
¿Quién mejor que el sentido puede hacernos
Lo falso distinguir y verdadero?

138 ¿Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos,
Dejando por principio sólo el fuego,
O quitándole a éste su existencia,
Los demás cuerpos dejará tan sólo?

139 Uno y otro parece igual delirio.
Aquéllos que creyeron ser el fuego
La materia y la suma de los cuerpos;

140 Y los que por principio establecieron
El aire creador, los que pensaron
El agua misma hacer por sí los cuerpos,
Y que la tierra lo criaba todo,
Y que en cualquiera cuerpo se mudaba,
En errores grandísimos cayeron.

141 Añadamos también los que duplican
Los elementos, cuando al fuego juntan
Con el aire, y la tierra con el agua;

142 Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen
Por creadores de los cuerpos todos.
Empédocles, el hijo de Agrigento,
Va a su frente, nacido en las orillas
Triangulares de la isla celebrada
Por las ondas azules del mar Jonio
Que la baña y rodea con mil vueltas,
Y que con altas encrespadas olas
Por un angosto estrecho la divide
De las playas y términos de Italia.

143 Aquí habita Caribdis anchurosa,
Aquí etnéos murmullos amenazan
De llamas recoger nuevos furores,
Vomitar un volcán por sus gargantas,
Y de nuevo lanzar a las estrellas
Relámpagos de fuego: ciertamente
Esta región que admiran las naciones,

Óptima en bienes, prodigiosa grande,
De valerosos héroes guarnecida,
No tuvo en si varón más señalado,
Más asombroso, caro y respetable;

144 De su divino pecho las canciones
Pregonan sus inventos peregrinos,
Dejándonos en duda si fue humano,
O de inmortal estirpe descendiente.

145 Este sabio inmortal, y los nombrados
Inferiores a él, menos ilustres,
Divinos inventores de las cosas,
Sacaron de sus íntimas entrañas
Oráculos más ciertos y sagrados
Que la Pitia en la trípode de Apolo
Los diera con laureles coronada;

146 Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes,
Erraron los principios de las cosas,
De errores en errores resbalando.

147 Establecen primero el movimiento,
Y dejan a los cuerpos sin vacío:
Cuerpos blandos y raros reconocen
Tal como el aire, el sol, le tierra, el fuego,
Animal, vegetal, pero no quieren
Admitir en sus cuerpos el vacío.

148 Dividen la materia al infinito,
La sección de los cuerpos no limitan
Ni en ellos partes mínimas conocen.

149 Viendo que de los cuerpos el extremo
Lo mínimo es que llega a los sentidos,
Hay que conjeturar que aquel extremo
Que en el extremo mismo no podemos
Distinguir, es el mínimo en los cuerpos.

150 Establecen también principios blandos,
Que nacen y perecen como vemos.
Ya se hubiera el gran todo aniquilado,
Los cuerpos renacieran da la nada:
¡Ya ves cuán grande error y qué delirio!

151 Enemigos, por fin, son los principios,
Y de muchas maneras se destruyen;
Chocándose entre sí se aniquilaran,
O se disiparían cual los rayos,
Lluvias y vientos por las tempestades.

152 Si todo se hace de estas cuatro cosas,
Y todo en ellas mismas se resuelve,
¿Por qué aquéllas tendremos por principios
Mejor que no a los cuerpos? pues que mudan
De esencia y forma y de naturaleza.

153 Mas si al contrario, acaso presumieres
Que se reúne el agua, el fuego, el aire
Y tierra sin mudarse en modo alguno
Su misma esencia, de ellos no podría
Crearse cosa alguna, ya animada,
Ya inanimada sea como el árbol.

154 Una mezcla confusa encontraremos
De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden
Estas substancias concebirse unidas;

155 Su propiedad cada una desplegara.
Es necesario que obren los principios
De un modo clandestino e invisible;

156 No sea que dominando demasiado
Impidan a los cuerpos que se formen
Conservar su específico carácter.

157 Su primer elemento hacen al fuego,
Que emana según ellos de los cielos;
De éste se engendra el aire, de aquí el agua,
Y la tierra del agua es engendrada.

158 Retrogradando nacen de la tierra
Los demás elementos: antes la agua,
Después el aire; el fuego últimamente;

159 Estas transformaciones nunca cesan,
Bajan desde los cielos a la tierra,
Desde la tierra hasta los cielos suben:

No deben hacer esto los principios;

160 Es preciso que sean inmutables,
Porque no se aniquile el universo;
No puede cuerpo alguno de su esencia
Los límites pasar sin que al momento
Deje de ser lo que era; por lo tanto,
Si se transforman estos elementos
De continuo, como hemos dicho arriba,
Es preciso que de otros inmutables
Se compongan; no sea que a la nada
Se vea reducido el universo.

161 Establece más bien algunos cuerpos,
De tal naturaleza revestidos,
Que si el fuego criasen, hacer pueden
Estos mismos el fluido del aire,
Y así los demás seres, aumentando
O bien disminuyendo, los principios,
Cambiando situación y movimiento.

162 Pero es claro, me dices, que los cuerpos
Crecen y se sustentan de la tierra:
Si la estación al aire no le presta
Una temperatura favorable,
Y si con frescas lluvias no se mueven
Las copas de los árboles, ni ayuda
Con sus rayos el Sol las producciones;

163 Ni sembrados, ni arbustos, ni animales
Jamás podrán llegar a crecimiento.
Sin duda es cierto; y si a nosotros mismos
No nos sustenta un sólido alimento
Y bebida suave, nuestros miembros
Su brío perderán, y el sentimiento
Se acabara del todo en nuestros huesos:
Porque nos alimentan ciertos cuerpos
Como a las demás cosas, pues mezclados
Los principios están, y son comunes
De muchos modos a otros muchos cuerpos.

164 De aquí la variedad en el sustento:
Mucho importa saber de los principios
La mezcla, situación y movimientos
Recíprocos; los mismos constituyen
El cielo, el mar, la tierra, sol y ríos,
Los árboles, los frutos y animales:
En cada verso de estos mismos cantos
Verás que son comunes muchas letras
De muchas voces: debes, sin embargo,
Confesar que los versos y palabras
Difieren entre sí, ya en la substancia,
Ya en el mismo sonido que sentimos:

165 Tanto pueden las letras variadas.
Pero de la materia los principios
De otros mil modos combinar se pueden

Para criarse variedad de cosas.

166 La Homeomeria también profundicemos
De Anaxágoras, que es así llamada
Entre los griegos, y en la lengua patria
No permite nombrarla su pobreza;

167 Pero es fácil decirlo con rodeos
Y explicar la Homeomeria en su principio.
Los huesos, a saber, de huesecitos;

168 Las entrañas se forman de entrañitas;
Muchas gotas de sangre congregadas
Crían la sangre; y piensa que se forma
De moléculas de oro el oro mismo;

169 Que se forma la tierra, el fuego, el agua
De sus pequeñas partes respectivas,
Y que todos los cuerpos son formados
De la unión de principios similares.

170 Él no admite vacío en parte alguna,
Y los cuerpos divide al infinito:
Y yerra en ambas cosas, como aquellos
Que antes de él los principios indagaron.

171 Establece muy frágiles principios,
Si el nombre de principios puede darse
A los que son lo mismo que los cuerpos
Endebles, se destruyen y perecen.

172 En un ataque tan violento y fuerte,
¿Quién permanecerá? ¿quién de la muerte
Cogido, escapará de entre sus garras?

173 ¿El fuego? ¿el agua? ¿el aire? ¿sangre o huesos?
Ninguno de estos cuerpos, según juzgo;
Pues son perecederos como aquéllos
Que vemos perecer a nuestros ojos:
Nada puede a la nada reducirse,
¡Ni alguna cosa hacerse de la nada,
Confirman mis probados argumentos.

174 Por otra parte, como el alimento
El cuerpo sustentado le engrandece,
Se sigue que las venas y la sangre,
Y los huesos y nervios se componen
De heterogéneas partes: o substancias
Mezcladas dirán ser los alimentos,
Y que abrazan en si pequeños nervios,
Y unas partes de sangre, y huesos, venas:
Entonces los sustentos y bebidas
De heterogéneas partes se componen.

175 Si los cuerpos que nacen de la tierra
Los contiene además ella en su seno,
Debe constar de tan diversas partes
Cuanto sus producciones son diversas:
De los demás compuestos raciocino

Del mismo modo; si la llama y humo
Y ceniza están dentro en los leños,
Los leños deben ser heterogéneos.

176 Un solo medio de defensa tiene
La opinión vacilante de Anaxágoras:
Dél se vale, y pretende que los cuerpos
Encierran en sí mismos los principios
De todos los demás; pero que aquéllos
Solamente divisan nuestros ojos
Que están en mayor número mezclados,
Y ocupan la primera superficie:
La razón desaprueba este discurso;

177 Porque fuera forzoso que los granos
Cuando son quebrantados con la piedra
Diesen muestras de sangre, o bien de partes
Que alimentan el cuerpo; manaría
Sangre, si se frotaran dos guijarros:
Las hierbas destilaran igualmente
Dulces gotas de leche tan sabrosa
Como las ubres de lechera oveja:
Destripando terrones, muchas veces
Yerbas encontraríamos y granos
Y árboles pequeñitos escondidos:
Hendiendo la madera, en fin, se vieran

178 Llamas pequeñas, y ceniza, y humo:
Mas como la experiencia contradiga
Estar así revueltos los principios,
Deben comunes ser a todo cuerpo,
Y estar diversamente colocados
En los diversos cuerpos de los seres.

179 Pero dirás que en montes empinados
Las copas de los árboles robustos
Del austro proceloso sacudidas
Se entrechocan y arrojan vivas llamas:
Es cierto, sí; mas no contienen fuego:
Una porción de partes inflamables
Por el frote en un punto reunidas
El incendio originan de los bosques;

180 Si tanto fuego en ellos se escondiera,
No podría un momento refrenarse,
Consumiera las selvas de continuo,
Reduciendo a cenizas todo arbusto.

181 Ya ves que importa mucho, como dije,
El mixto conocer de los principios,
Saber su movimiento y posiciones
Recíprocos, porque los elementos
Cambiados entre sí ligeramente
Sacarían el fuego de los leños,

Como si estas palabras ligna et ignes
Si que sus letras alteremos mucho
Con distinto sonido pronunciamos.

182 Si crees que no pueden explicarse
Ya, por fin, los fenómenos del mundo
Sin que atribuyas a los elementos
Naturaleza igual a la del cuerpo,
Perecen los principios de las cosas;

183 De modo que den grandes carcajadas
De una trémula risa conmovidos,
Y el semblante y mejillas humedezcan
Llenándolos de lágrimas amargas.

184 Escucha las verdades que me falta
Hacerte conocer por modo claro.
Bien conozco que son bastante obscuras;

185 Pero mi corazón ha sacudido
Con fuerte tirso la esperanza grande
De gloria, y juntamente ha derramado
Suave amor de las musas en mi pecho;

186 Del que agitado con briosa mente
Recorro los lugares apartados,
De las Piérides antes nunca hollados:
Agrádame acercarme a fuentes puras,
Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores
Agrádame coger para guirnalda

Insigne con que ciña mi cabeza
De un modo que las musas a ninguno
Hayan antes las sienes adornado:
Primero, porque enseño grandes cosas,
De la superstición rompo los lazos
Anudados que el ánimo oprimían;

187 Después, porque compongo versos claros
Sobre una cosa obscura, realzando
Con poética gracia mis escritos.

188 De la razón en esto no me aparto.
Así, cuando los médicos intentan
Hacer beber a un niño amargo ajenjo,
Los bordes de la copa untan primero
Con el licor de miel dulce y dorado,
Para que, seduciendo y engañando
La imprióvida niñez, hasta los labios
El amargo brebaje apure en tanto
Y engañado no muera, sino que antes
Convaleciendo así se restablezca;

189 Del mismo modo, porque las más veces
Parece trato yo de asuntos tristes
Para aquéllos que no han jamás pensado,
Y que al vulgo disgustan de los hombres,
Con el suave canto de las musas.

190 Quise explicarte mi sistema todo
Y enmelarte con música pieria,
Por si acaso pudiera de este modo
Tenerte seducido con mis versos,
Hasta que entera y fiel Naturaleza
Sin velo ante tus ojos se presente.

191 Mas porque te he enseñado que los cuerpos
De la materia sólidos y eternos
Giran perpetuamente indestructibles,
Examinemos hora si la suma
De éstos es infinita, o limitada;

192 Si también el vacío establecido,
Este lugar y espacio en que los cuerpos
Se mueven además es limitado,
O si es profundo, inmenso e infinito.

193 Es infinito, pues, de suyo el todo,
Pues aunque extremidad tener debía,
Como cuerpo ninguno se concibe
Sin que a él otro cuerpo le termine,
De modo que la vista claramente
Más allá de este cuerpo no se extienda,
Confesemos por fuerza que no hay nada
Más allá de la suma, pues no tiene
Extremidad, de límites carece.

194 El sitio que tu ocupas nada importa,
Pues que por todas partes un espacio
Te falta que correr ilimitado.

195 Si además el espacio es limitado
Y alguno se coloca en el extremo
Y tira alguna flecha voladora,
¿Deseas que tirada con gran fuerza
Vuele ligera por llegar al blanco,
O piensas que la impide algún estorbo
Su vuelo y no la deja ir adelante?

196 Uno u otro es preciso que confieses.
Cualquiera que tú elijas, a la fuerza
Debes quitar los límites al todo:
Porque bien sea obstáculo el que impida
Y estorbe que la flecha llegue al blanco,
O bien le pase, aquí no se da extremo:
En donde pongas límites, yo al punto
Preguntaré qué ha sido de la flecha:
Jamás encontrarás así el extremo;

197 Siempre su inmensidad deja un espacio
Que recorra la flecha fugitiva.
Además, que si la naturaleza
Hubiera puesto límites al todo,
Ya la materia con su mismo peso
Se juntara en los sitios más profundos;

198 Debajo de la bóveda del cielo
Ninguna cosa se produciría,
Ni el cielo ni la luz del Sol naciera;

199 Como que la materia toda hundida
Desde la eternidad amontonada
Inerte yacería; pero ahora
De cierto no reposan los principios,
Porque ningún lugar profundo existe
En donde puedan como reunirse
Y colocar su asiento permanente;

200 Y siempre un continuado movimiento
Cría por todas partes nuevos seres,
Y el infinito suministra siempre
De una materia activa eterna copia.

201 Que unos cuerpos, en fin, a otros limitan
Claramente lo vemos: las montañas
El aire circunscribe, a éste los montes;

202 A los mares da límites la tierra,
Y los mares limitan a las tierras;
Nada hay que ponga límites al todo:
Porque es de los lugares y el espacio
Tal la naturaleza, que los ríos
Clarísimos corriendo eternamente
Alcanzar con su curso no podrían
Los límites del mundo en parte alguna;

203 Nada habrían andado: el universo,
No conociendo límites, por todas
Partes al infinito se dilata.

204 Seguramente la naturaleza
Impide que la suma de las cosas
Pueda circunscribirse ella a si misma;

205 Porque ha hecho que el vacío limitase
Al cuerpo, éste al vacío; de este modo
Ha dispuesto su obra ilimitada.

206 Si el vacío tan sólo ilimitara,
O hiciese limitada la materia,
Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos
Las bóvedas lucientes, ni los hombres,
Ni de los dioses los sagrados cuerpos
De existencia gozaran un instante:
Pues la materia, sacudiendo el yugo,
Se derramara por vacío inmenso,
O más bien ella nunca concretada
Ni un sólo cuerpo hubiera producido,
Por no poderse unir diseminada.

207 Porque seguramente los principios
De la materia no se han colocado
Con orden, con razón ni inteligencia,
Ni han pactado entre sí sus movimientos;

208 Antes diversamente combinados,
Desde la eternidad por el espacio
Agitados con choques diferentes,
Juntas y movimientos van probando,
Hasta que se colocan de manera
Que esta suma criada se mantiene;

209 La cual por muchos siglos conservada,
Y puesta en conveniente movimiento,
Hace con largas ondas que los ríos
Abastezcan los mares insaciables;

210 Que la tierra sus frutos reproduzca
Con los rayos del Sol alimentada;
Y que reproducidas las especies
De los brutos florezcan, y que vivan
Los fuegos celestiales resbalando:
No sucediera si infinita copia
De los principios no estuviera siempre
Reparando las pérdidas continuas:
Así como los brutos sin sustento
Se van aniquilando, y por fin mueren;

211 De la misma manera el todo debe
Perecer al momento que materia
De su recto camino extraviada
No suministre pábulo a los cuerpos.

212 No podrían los átomos externos
Conservar a la suma congregada;
Porque pueden con golpes repetidos
Impedir que una parte se destina,
Y dar tiempo a los átomos que lleguen
A completar la suma; algunas veces,
A rebotar no obstante precisados
Espacio y tiempo, dan a los principios
Para que se desunan libremente:
Sin cesar es preciso se sucedan
Los átomos; materia ilimitada
Supone, pues esta presión eterna.

213 Guárdate de creer en esto, Memmio,
Lo que dicen algunos: que los cuerpos
Se dirigen al centro de la suma,
Y que del mundo la naturaleza
No es detenida por eternos choques,
Ni a parte alguna pueden escaparse
El uno u otro extremo, porque todo
Al centro se dirige. Si creyeres
Que un ser puede en sí mismo sustentarse:
Que los cuerpos pesados que tenemos
Bajo los pies, gravitan hacia arriba:
Que en dirección contraria son llevados,

214 Como la imagen que en el agua vemos;
Defiende con razones semejantes
Que debajo vaguean animales,
Que no pueden caerse de la tierra
En las regiones ínfimas, del modo
Que no pueden al cielo remontarse
De suyo nuestros cuerpos; y que cuando
Aquéllos ven el sol, nosotros vemos
De noche las estrellas, y alternando
Parten las estaciones con nosotros;

215 Y que igualan sus días a los nuestros,
Y a las suyas igualan nuestras noches.
En ficciones groseras han caído
Y en errores estúpidos los necios,
Porque en principios falsos se apoyaron:
Pues en una extensión ilimitada
No entienden que no puede darse un centro,
Y aun cuando supongamos que existiera,
No se vieran los cuerpos obligados
A pararse más bien aquí que en otra
Cualquiera parte o sitio del espacio;

216 Pues la naturaleza del vacío
Cede a los cuerpos graves, hacia el centro
Se dirijan, o no; porque no hay sitio
En que los cuerpos una vez llegados
Pierdan su pesadez, y se detengan;

217 El vacío a los cuerpos dará paso;
Así lo exige su naturaleza:
No impedirá la desunión del todo
Este deseo que los lleva al centro.

218 También además fingen que hacia el centro
No es común la tendencia a todo cuerpo;
Los que de tierra o agua se componen
Se dirigen a él, como los mares,
Y las que salen de soberbios montes
Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre:
Pero del aire las sutiles auras
Y las llamas ligeras se retiran
Del centro: que por eso centellea
Todo el éter con fuegos y se nutre
Del Sol la antorcha en azulado cielo;

219 Porque el calor del centro fugitivo
Recoge allí sus fuegos (no pudiera
Los animales sustentar la tierra
Ni del árbol las ramas hojecieran
Si el jugo alimenticio no les diese
Colocan más allá de las estrellas
El firmamento, para que los fuegos
Del cielo, libres, y del centro huyendo
A la manera de voraces llamas,

No traspasen los límites del mundo
Y desordenen la naturaleza,
Ni el cielo se desplome con sus rayos,

220 Ni se abra la tierra de repente
Debajo de los pies, y nuestros cuerpos
Caigan en el abismo sepultados,
Descompuestos, envueltos en ruinas
De tierra y cielo; así que en un instante
Más que soledad vasta no quedara,
Y principios sin fuerza: en cualquier parte
Que empieces, pues, a disolver los cuerpos
Te hallarás una puerta siempre franca
De destrucción, por donde la materia
Amontonada escapará volando.

221 Si estos conocimientos que te ofrece
Mi humilde musa, hubieres comprendido,
Porque con una cosa otra se ilustra,
No te robará el paso obscura noche
Sin que penetres los secretos hondos
De la naturaleza: de este modo
Unas verdades esclarecen otras.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II

✦

1 Revolviendo los vientos las llanuras
Del mar, es deleitable desde tierra
Contemplar el trabajo grande de otro;

2 No porque dé contento y alegría
Ver a otro trabajado, mas es grato
Considerar los males que no tienes:
Suave también es sin riesgo tuyo
Mirar grandes ejércitos de guerra
En batalla ordenados por los campos:
Pero nada hay más grato que ser dueño
De los templos excelsos guarnecidos
Por el saber tranquilo de los sabios,
Desde do puedas distinguir a otros
Y ver cómo confusos se extravían
Y buscan el camino de la vida

3 Vagabundos, debaten por nobleza,
Se disputan la palma del ingenio,
Y de noche y de día no sosiegan
Por oro amontonar y ser tiranos.

4 ¡Oh míseros humanos pensamientos!
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas
Y a qué peligros exponéis la vida;

5 Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura
No oís el grito de naturaleza,
Que alejando del cuerpo los dolores,
De grata sensación el alma cerca,
Librándola de miedo y de cuidado?

6 Vemos cuán pocas cosas son precisas
Para ahuyentar del cuerpo los dolores,
Y bañarle en delicias abundantes,
Que la naturaleza economiza.

7 Si no se ven magníficas estatuas,
De cuyas diestras juveniles cuelguen
Lámparas encendidas por las salas
Que nocturnos banquetes iluminan,
Ni el palacio con plata resplandece,
Ni reluce con oro, ni retumba
El artesón dorado con las liras;

8 Se desquitan, no obstante, allá tendidos
En tierna grama, cerca de un arroyo,
De algún árbol copudo sombreados,
A cuyo pie disfrutan los placeres
Que cuestan poco; señaladamente
Si el tiempo ríe y primavera esparce
Flores en la verdura de los campos:
Maligna fiebre no saldrá del cuerpo

Si en púrpura y bordados te revuelves
Con más celeridad que si encamares
Entre plebeyas mantas y sayales.

9 Porque si la fortuna, el nacimiento,
El esplendor del trono hacer no pueden
A nuestro cuerpo bienaventurado,
Presumimos que al ánimo tampoco;

10 Si no es que acaso cuando tus legiones
Veas que hierven por los anchos valles
En simulacro y ademán de guerra;

11 Cuando veas que el mar tus velas cubren,
Y que le hacen gemir por todas partes,
Te figures con esto que aterrada
La superstición huye con espanto
Del ánimo, y el miedo de la muerte
Deja entonces el pecho descuidado.

12 Pues si vemos que son ridiculeces
Y vanidades estas cosas todas;
Y a la verdad los miedos de los hombres
Y los cuidados que les van siguiendo
No temen el estruendo de las armas
Si las crueles lanzas; audazmente
Se sientan con los reyes y señores:
Ni sus fulgentes púrpuras respetan,

Ni sus diademas de oro; único fruto
De la ignorancia dudarás que es todo,
Nuestra vida en tinieblas sepultada.

13 Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos de día
Nos asustamos de lo mismo a veces
Que despavorir suele a los muchachos:
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

14 Sígueme siempre tú, y escucha ahora
Cuál es el movimiento con que engendran
Y a los cuerpos destruyen los principios
De la materia, y cuál es el impulso
Y cuál la rapidez que hace que vuelen
Por el espacio inmenso sin descanso.

15 Porque seguramente la materia
No es una masa inmóvil, pues que vemos
Disminuirse un cuerpo, y de continuo
Manando, se consumen a la larga
Y el tiempo nos los roba de la vista;

16 Se conserva sin pérdidas la suma:
Empobreciendo un cuerpo, los principios
Van a enriquecer otro, y envejecen
Los unos para que otros reflorezcan;

17 Ni en un sitio se paran; de este modo
El universo se renueva siempre,
Y se prestan la vida los mortales;

18 Crecen unas especies y se acaban:
Y en poco tiempo las generaciones
Se mudan y la antorcha de la vida
Cual ágiles cursores se transmiten.

19 Si piensas tú que los principios pueden
Cesar, y que cesando engendran nuevos
Impulsos, la verdad de ti se aleja:
Pues movidos en medio del vacío
Los principios, es fuerza que obedezcan
O a su gravedad misma, o al impulso
Quizá de causa externa; desde arriba
Precipitados, pues, encuentran otros,
Que a un lado los apartan de repente;

20 No es maravilla, porque son pesados,
Durísimos y sólidos, y nada
Les pone estorbo alguno por su espalda.

21 Y para que del todo te convenzas
De que generalmente los principios
Están en movimiento, ten presente
No darse lugar ínfimo en el todo,
Donde se paren los primeros cuerpos,
Porque inmenso, infinito es el espacio.

22 No reposan jamás en el vacío
Los principios: por su naturaleza
En movimiento siempre variado
Unos a gran distancia son lanzados,
Otros se apartan menos, y se enlazan
En el choque. Si es breve su distancia,
Y se repelen poco, y su tejido
Se liga íntimamente, constituyen
Las rocas solidísimas, y el hierro,
Y una corta porción de otras substancias
De esta naturaleza: si, al contrario,
El choque los rechaza y los dispersa,

23 Y los hace vagar por el espacio,
En largos intervalos, nos ofrecen
Del Sol la luz brillante y aire raso.

24 Y vagan además por el vacío
Muchos que están privados de juntarse,
O que jamás pudieron agregados
Entrar en el concorde movimiento;

25 De lo cual una imagen y figura
Continuamente hiere nuestros ojos,
Cuando del Sol los rayos se insinúan
De través por las piezas tenebrosas.

26 Si reparas, veras cómo se agitan
Átomos infinitos de mil modos
Por el vacío en el luciente rayo:
Y en escuadrones, en combate eterno
Se dan crudas batallas y peleas,
Y no paran jamás: ya se dividen,
Y ya continuamente se repliegan.

27 De aquí puedes sacar que en el vacío
Eternamente los principios giran:
Un efecto vulgar puede servirnos
De modelo y de guía en cosas grandes.

28 En los rayos del Sol rápidamente
Movidos estos cuerpos, fijar deben
Nuestra atención, pues su girar eterno
Prueba un choque secreto y clandestino
De los átomos: muchos se extravían,
Como verás, a un golpe imperceptible;

29 Retroceden, y aquí y allí se lanzan
En toda dirección por todas partes:
Los principios se mueven por sí mismos

Y dan el movimiento a aquellos cuerpos
Que se componen de una masa fina
Y análoga a sus débiles esfuerzos;

30 Los últimos atacan a los cuerpos
Un poco más groseros; de este modo
De los principios nace el movimiento,
Y llega a los sentidos de seguida,
Hasta que los corpúsculos se mueven
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,
Sin que podamos ver quién los agita.

31 Y la movilidad que la materia
Comunica a los cuerpos, oye, ¡oh Memmio!
Cuán asombrosa es: cuando derrama
Primeramente nueva luz la aurora
Por las tierras, y cuando revolando
En bosques retirados varias aves
Llenan la soledad y el aire tierno
De voces armoniosas, ¡cuán de pronto
El sol nacido suele en este tiempo,
Esparciendo sus rayos abundantes,
Adornar con su luz naturaleza!

32 Todos lo vemos y nos es muy claro:
No obstante, estos corpúsculos lucientes
Que el Sol nos manda, por vacío espacio
No atraviesan; su marcha se retarda
Dividiendo los fluidos del aire:

Y como no son átomos aislados,
Sino especie de masas y hacecillos,
Encuentran en sí mismos y por fuera
Causas que los detengan en su marcha.

33 Al contrario, son sólidos y simples
Los átomos que cruzan el vacío
Sin peligro de obstáculos externos.

34 Forman ellos un solo y mismo todo,
Y juntando el esfuerzo de sus partes
Hacia el único blanco de su impulso,
Deben aventajar en ligereza,
Y con mayor presteza ser movidos,
Que los rayos del Sol, y en igual tiempo
Deben correr mucho mayor espacio
Que cuando el Sol se lanza por el cielo.

35 Pues nadie supondrá que los principios
Pudieran por sí mismos detenerse
Ni entre sí calcular el movimiento
Y concertar un plan perfecto y sabio.

36 En vano algunos necios imaginan
Que sin la ciencia y numen de los dioses,
Tantos efectos producir no puede
La materia arreglados y precisos,
Ni las vicisitudes de estaciones
Y los varios productos de la tierra:

Ni el suave impulso del amor que mueve
Por medio del deleite a los mortales,
Ni el divino placer que da la vida,
Y a propagar les lleva las especies
Porque el género humano no se extinga.

37 Fingen ellos ser obra de los dioses
Y producción divina todo esto:
Muy engañados van en su sistema.

38 Aunque ignoraran la naturaleza
De los principios, sin embargo, osara
Con la vista del cielo comprobarte
Y con otros fenómenos que el mundo
No ha sido por los dioses fabricado,
Pues es tan deficiente e imperfecto;

39 Yo te lo aclararé más adelante:
Explicaremos al presente, Memmio,
Lo que resta decir del movimiento.

40 Presumo ya ser tiempo de probarte
Que no puede subir con fuerza propia
Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen
Las llamas, pues que suben aumentadas;

41 Y los frutos hermosos de los campos
Y los árboles crecen hacia arriba,
Cuanto pueden hacer los cuerpos graves
Por dirigirse abajo. No de suyo,

Por una fuerza externa sí, los fuegos
Saltan a las techumbres de las casas
Y devoran las vigas y tirantes
Rápidamente; como nuestra sangre,
Saliendo de las venas, salta lejos
Y de púrpura un chorro al aire esparce
¿No ves también con cuanta fuerza el agua
Despide los maderos y las vigas?

42 Pues aunque muchos y robustos brazos
Por hundirlos derechos se revienten,
El agua con más ímpetu los echa,
Y hacia arriba los lanza, y por de fuera
La mayor parte asoma y sobresale;

43 No dudamos que todos estos cuerpos
Bajan por el vacío cuanto pueden.
Así también deben subir las llamas
Por una fuerza extraña, aunque su peso
Las haga que desciendan cuanto pueden.

44 ¿No ves que los nocturnos meteoros
Largos surcos de fuego van trazando
Hacia cualquiera parte do les abre
Naturaleza misma algún sendero?

45 ¿Qué estrellas y luceros caen en tierra?
El mismo Sol desde los altos cielos
Derrama su calor por todas partes,

Y sus rayos esparce por los campos:
Luego abajo se inclinan sus ardores.

46 Por medio de las nubes vuela el rayo;
Con ímpetu se arroja desprendido
Unas veces aquí, y acullá otras;

47 Y el rayo sin cesar hiere la tierra.
Y has de entender también, ínclito Memmio,
Que aun cuando en el vacío se dirijan
Perpendicularmente los principios
Hacia abajo, no obstante, se desvían
De línea recta en indeterminados
Tiempos y espacios; pero son tan leves
Estas declinaciones, que no deben
Apellidarse casi de este modo.

48 Pues si no declinaran los principios,
En el vacío, paralelamente,
Cayeran como gotas de la lluvia;

49 Si no tuvieran su reencuentro y choque,
Nada criara la naturaleza.
Y si alguno creyere por ventura
Que los cuerpos más graves, cuanto tienen
Mayor velocidad de movimiento,
Tanto mejor en línea recta pueden
Caer sobre los cuerpos más ligeros,

Y engendrar con su choque movimientos
Creadores de seres, se extravía
De todos los principios racionales.

50 Es verdad que en el aire o en el agua
Aceleran los cuerpos su caída
Según su pesadez, porque las aguas
Y el fluido del aire a todo cuerpo
No pueden resistir del mismo modo;

51 Ceden más fácilmente a los más graves,
Mas no sucede así con el vacío;
Ninguna resistencia opone al cuerpo;

52 A todos igualmente les da paso:
Por lo que los principios, desiguales
En sus masas, moverse en el vacío
Deberán todos con igual presteza.

53 No pueden, pues, los cuerpos más pesados
Caer encima de los más ligeros,
Ni por sí engendrar choques que varíen
Sus movimientos, para que por ellos
Forme los seres la naturaleza.

54 Por lo cual, yo repito ser preciso
Que declinen los átomos un poco,
Para que no parezca introducimos
Movimientos oblicuos, que reprueba
La razón verdadera; es evidente,

Y ven los ojos, que los cuerpos graves
Seguir no pueden dirección oblicua
En su caída; pero ¿qué ojo agudo
Verá que no se apartan de la recta?

55 En fin, si siempre todo movimiento
Se encadena y en orden necesario
Hace siempre que nazcan unos de otros;

56 Si la declinación de los principios
Un movimiento nuevo no produce
Que rompa la cadena de los hados,
De las causas motrices trastornando
La sucesión eterna, ¿de do viene
El que los animales todos gocen
De aquesta libertad? ¿De dónde digo,
Esta voluntad nace que arrancada,
A los hados nos mueve presurosa
Do el deleite conduce a cada uno?

57 Además de que nuestros movimientos
Ni a tiempos ni a lugares se sujetan
Determinadamente; su principio
Es nuestra voluntad; de allí se extienden
Por los miembros. ¿No ves que en el momento
Que se abre la barrera, los caballos,
Ansiosos de volar en la carrera,
No lo pueden hacer tan prontamente
Como su ardiente espíritu codicia?

58 Las moléculas todas esparcidas
Por los miembros es fuerza que se junten
Y se agiten por todo nuestro cuerpo,
Si han de seguir del alma los deseos.

59 Ya ves que el movimiento su principio
Tiene en el corazón, y que procede
De la voluntad misma: de aquí gira
Por todo el cuerpo y miembros ciertamente.

60 No sucede lo mismo cuando andamos
Impelidos de alguna fuerza extraña
Y superior; que entonces nuestra masa
Es arrastrada contra nuestro gusto,
Hasta que por los miembros reprimiere
La voluntad extraños movimientos.

61 Ya ves también, que aunque una fuerza extraña
Obligue a andar a muchos mal su grado;
En nuestro pecho, sin embargo, queda
Un poder que combate y hace frente,
A cuyo arbitrio muda la materia
De dirección, sus ímpetus refrena,
Y la hace que por fuerza retroceda.

62 Esta verdad te obliga a que confieses
En los principios diferente causa
De pesadez y choque: de ésta nace

La libertad, porque nosotros vemos
Que nada puede hacerse de la nada.

63 La pesadez impide ciertamente
Que todo movimiento sea efecto
Como de fuerza extraña: mas si el alma
En todas sus acciones no es movida
Por interior necesidad, y si ella
Como vencida llega a ser substancia
Meramente pasiva, esto es efecto
De declinar los átomos un poco
Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso.

64 Jamás la suma de los elementos
Más densa fue o más rara que al presente,
Pues ni se aumenta ni se disminuye:
Por lo que el movimiento que ahora tienen,
En los pasados siglos le tuvieron,
Y siempre le tendrán en adelante:
Y los cuerpos que suelen producirse,
Producidos serán del mismo modo,
Y existirán y crecerán robustos,
Y tendrán cualidades convenientes
A su naturaleza. Es imposible
Que a la suma trastorne fuerza alguna,

65 Ni se da puerta por la cual se huyan
Y escapen de la masa los principios;
Ni con incursión súbita en el todo

Penetrar pueden átomos extraños,
Que, trastornando la naturaleza,
Todos los movimientos extravíen.

66 No es de maravillar que los principios
Estando en continuado movimiento,
Parezca estarse quieto el Universo,
A excepción de los cuerpos que le tienen
De suyo propio; pues sentidos nuestros
No pueden percibir los elementos;

67 Por lo que si su masa es invisible,
Debe serlo más bien su movimiento,
Puesto que la distancia nos oculta
La agitación de cuerpos más sensibles:
Porque frecuentemente las ovejas
Paciendo alegres pastos por los cerros,
Trepan por do las llaman y convidan
Las frescas hierbas, quo el rocío esmalta,
Mientras que los corderos hartos juegan
Y topan blandamente; lo cual todo
Vemos confusamente desde lejos:
Parece la verdura del collado

68 Contrastar la blancura del ganado.
Y cuando desplegadas las legiones,
Numerosas también, cubren los llanos
Haciendo simulacros de batallas,

Y en torno dan carreras los corceles,
Y sacudiendo con esfuerzo y brío
Traspasan de repente inmensos campos;

69 El brillo de las armas sube al cielo,
Reluce con el bronce todo el suelo,
Y resuena la tierra con los pasos
De soldados valientes, y los montes,
Heridos del clamor, lanzan los gritos
Las estrellas: sin embargo, inmóvil
Parece estar aquella muchedumbre
Mirada de la cumbre de algún monte,
Y ser el brillo propio de la tierra.

70 Ora procede que tu mente indague
Las cualidades de los elementos,
Cuán diferentes sean en sus formas
Y cuál la variedad de sus figuras:
No porque haya un gran número que sea
De formas diferentes; mas los seres
Que ellos componen nunca se asemejan:
Tampoco esto es extraño, pues he dicho
Ser su número inmenso, ilimitado;

71 No deben, pues, tener las mismas formas
Exactamente con igual contorno.
Considera además la raza humana
Y mudos nadadores escamosos,
Y los hermosos árboles, y fieras,

Y variedad de aves que frecuentan
Los sitios deleitosos de las aguas,
Las riberas y fuentes y lagunas,
Y las que corren bosques solitarios
Con raudo vuelo; en general compara
Los individuos de cualquier especie,
Y encontrarás en ellos diferencia:

72 El hijo no podría de otro modo
Conocer a la madre, ni ésta al hijo;
Vemos que se conocen mutuamente,
Como el hombre conoce sus hijuelos.

73 Porque frecuentemente degollado
En los hermosos templos de los dioses
Cae el becerro al lado de las aras
Turicremas, brotando de su pecho
La sangre un río ardiente: deshijada
La madre, empero, aquí y allí corriendo
Por verdes bosques, va estampando en tierra
Las hendidas pezuñas, registrando
Con ojo ansioso todos los parajes,
Por si en alguno a su perdido hijo
Puede topar; parándose a menudo,
Llena de quejas el frondoso bosque

74 Y el establo revee continuamente,
Clavada con la pérdida del hijo.
Ni las hierbas lozanas con rocío,

Ni tiernos sauces, ni la orilla amena
De ríos espaciosos la deleitan,
Ni la infunden olvido de su pena:
Ni por risueños pastos el aspecto
De los demás becerros a otra parte
La distraen y la alivian del cuidado:
¡Tan propio y conocido es lo que busca!

75 Conocen además los tiernos chotos
Con voz temblosa a las cornudas madres
Y balantes corderos topadores:
Y así, guiados por naturaleza,
A mamar corren las lecheras ubres.

76 Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,
Alguna diferencia hay en sus formas;
Del mismo modo, vemos que las conchas
Hermosean el seno de la tierra
Por donde el mar la embebedora arena
De corva playa alisa con las ondas
Suaves. Luego deben los principios
Andar bajo de formas diferentes
En el vacío por naturaleza,
Puesto que ellos no han sido fabricados
Por el arte con formas peculiares.

77 Ya nos es fácil explicar la causa
De insinuarse mejor fulmíneo fuego
Que el nuestro producido de las teas:

Porque puedes decir que se componen
Los fuegos celestiales de los rayos
De átomos más sutiles, que se cuelan
Por poros que no puede entrar el fuego
Que hacemos, de las leñas y las teas.

78 ¿Por qué, en fin, a la luz da paso el cuerno
Y se la niega al agua? ¿No se forma
La luz, acaso, de átomos más finos
Que los que forman a las aguas bellas?

79 Se cuela en un instante por el filtro
El vino, y el aceite gota a gota;
Porque éste se compone de principios
Más densos, más unidos y enlazados,
Con tanta prontitud no se separa,
Pasando lentamente por el filtro.

80 La miel y leche deliciosamente
Por otra parte el paladar recrean;
Pero el amargo ajenjo y la centaura
Silvestre punzan con sabor ingrato:
De modo que conoces fácilmente
Que son lisos y esféricos los cuerpos
Que nos causan sabores agradables;

81 Que la amargura y aspereza nacen
Del conjunto de átomos torcidos
Que, fuertemente unidos, acostumbran

Abrirse paso al paladar, rompiendo
Los órganos del gusto con su entrada.

82 El placer y el dolor, últimamente,
Que los cuerpos excitan en nosotros
Nacen de la figura diferente
De sus principios; ni el rechino ingrato
De la estridente sierra te figures
Que elementos le engendran y producen
Tan finos como son las consonancias
De cítara armoniosa, que despiertan
Los dedos de los músicos expertos.

83 Tampoco debes dar la misma forma
A los átomos fétidos que vienen
De un cadáver quemado, a los que exhalan
En el teatro aromas de Cilicia,
Y los olores del pancreo, ungüento
Que embalsama los templos de los dioses.

84 Ni los bellos colores se componen
De los mismos principios, si recrean
La vista, o si la punzan de manera
Que nos hacen llorar, o la torcemos,
Por ser horribles y de hedionda forma:
Luego todos los cuerpos que recrean
Y halagan los sentidos son formados

De los átomos finos; y al contrario,
Los cuerpos que son ásperos, molestos,
De elementos más rudos o imperfectos.

85 Hay principios también que no son lisos
Perfectamente, ni del todo corvos,
Sino erizados de salientes puntas
Que regalar más bien que dañar pueden
Los sentidos: se cuenta en esta clase
La fécula y la ínola gustosa.

86 Y últimamente, las ardientes llamas
Y los hielos de invierno a los sentidos
Punzan con aguijones diferentes;

87 Esta verdad el tacto nos demuestra:
El tacto, el tacto, sí: ¡deidades santas!
Del cuerpo este sentido se declara,
Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño,
Ya cuando nos molesta causa externa:
Cuando recrea Venus enviando
Semilla creadora, o cuando el choque
Nos inquieta turbando la armonía,
Y confunde el sentido; como puedes
Hacer tú la experiencia, si una parte
Hirieres de tu cuerpo con la mano:
Luego las diferentes impresiones

88 De los objetos deben explicarse
Por las distintas formas de los átomos.
Deben los cuerpos duros y compactos
Tener unos principios más corvados,
Más unidos, ramosos y enlazados,
Cuales son, entre otros, los diamantes,
Que se burlan de golpes repetidos,
El duro pedernal y el fuerte hierro,
Y bronces rechinantes de los quicios.

89 Empero aquellos líquidos formados
De cuerpo fluido deben componerse
De partes alisadas y redondas,
Puesto que no pudiendo entrelazarse
Glóbulos de esta clase, también ruedan
En un plano inclinado fácilmente.

90 Los fluidos que ves en un instante
Disiparse fugaces como el humo,
Las nieblas y las llamas, no se forman
De lisos y redondos elementos,
Puesto que el cuerpo hieren y se punzan,
Y penetrando los peñascos, deben
Agudos ser, no corvos sus principios,
Y les daremos puntas más que ganchos.

91 No debes admirarte cuando veas
Cuerpos a un tiempo fluidos y amargos,
Como el agua del mar, pues se componen

De unos átomos lisos y redondos
Los fluidos, mezclándose con ellos
Punzantes elementos, causadores
De dolor: sin embargo, no es preciso
Sujetarlos por medio de corchetes;

92 Basta que sean redondos y escabrosos,
Que a un mismo tiempo hacia adelante pueden
Rodar y causar daño a los sentidos.

93 Para que te convenzas de la mezcla
De los principios lisos y angulosos,
Que causan la amargura de Neptuno,
Contemplemos sus partes separadas:
Filtrándose en el seno de la tierra,
Endúlzanse las aguas, y se cuelan
En depósitos dulces: sus principios
De mayor aspereza se detienen
En los conductos por donde han pasado.

94 A esta verdad juntemos también otra
Que está unida con ella y lo comprueba:
Y es, que son limitadas las figuras
De los principios; sin lo cual debieran
Los átomos tener una grandeza
Ilimitada, pues tan chicos cuerpos
Pueden variar poco sus figuras:
Tú debes contemplarlos divididos
En tres, o bien en más mínimas partes:

Tal vez cuando las hayas colocado
De cuantos modos puedas de alto a bajo,
Pasa las de la izquierda a la derecha;

95 Cuando, por fin, hubieres acabado
De combinar del modo que gustares,
Si variar quisieres las figuras,
Es preciso que añadas partes nuevas
Y otras del mismo modo al infinito.

96 Las formas de los átomos no puedes
Multiplicar sin que el volumen crezca,
Ni atribuirles formas infinitas
Sin que les des grandeza ilimitada:
Todo lo cual probé ser imposible.

97 Ya las telas riquísimas de Oriente,
La púrpura brillante Melibea
Teñida con las conchas de Thesalia,
Y el pomposo espectáculo que ofrece,
De los pavones la risueña gracia,
Sobrepujados luego se rindieran
Al fulgor de más vívidos colores;

98 Y el olor de la mirra fastidiara,
Y el sabor de la miel, y el armonioso
Cisne, y de Febo los divinos cantos,

Con infame silencio callarían,
Pues sin interrupción se sucedieran
Las sensaciones mucho más gustosas.

99 Y en las desagradables cualidades
Llegáramos también al infinito:
Porque los ojos, la nariz y oídos
Y el gusto siempre sensación ingrata
Tendrían que sufrir; mas los efectos
Siendo contrarios, y teniendo el todo
Límites ciertos por entrambos lados,
Es preciso confieses las figuras
De los átomos ser también finitas.

100 Por último; hay distancia limitada
Desde el calor hasta los hielos fríos,
Del invierno, y así reciprocando,
Frío y calor ocupan los extremos;

101 Por grados llena en medio la tibieza
El intervalo que hay; es limitada
La cualidad sensible de los cuerpos,
Pues que por ambas partes los limitan,
De aquí el fuego, de allí el rígido hielo.

102 Siendo, pues, limitadas las figuras
De los átomos, debe ser su copia
En cada clase de ellas infinita:

Lo inferimos así forzosamente,
porque sin ello fuera la materia,
Contra lo que probamos, limitada.

103 Prosigamos ahora declarando
En pocos versos, y con dulce estilo,
Cómo el gran todo a conservar alcanza
De átomos la infinita muchedumbre
Por tan continuos choques agitada.

104 Si ves unas especies reducidas,
Y observas tú que la Naturaleza
Es en su producción menos fecunda;

105 En otras tierras y en remotos climas
Ellas las multiplica y las completa:
Tal es aquel cuadrúpedo disforme,
El elefante, armado con su trompa,
De cuya inmensa copia la India forma
Trincheras de marfil impenetrables:
Cuadrúpedos que apenas conocemos.

106 Si por acaso en la Naturaleza
Ha habido un solo cuerpo que no tuvo
Igual en todo el mundo; mas no siendo
Infinitos los átomos, no puede
Existir ni crecer ni alimentarse
El cuerpo que esos átomos formaron.

107 Supongamos dispersos en la suma
De un cuerpo los principios limitados:
¿De qué modo podrán ellos juntarse
En un piélago vasto de materia?

108 ¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo
En tanta confusión podrán unirse?
No tienen medio alguno de enlazarse.

109 Pero como después de un gran naufragio
Lejos suele arrojar el mar los barcos,
La proa, las entenas, gobernalles
Y mástiles nadantes, y las jarcias
Flotando por las costas de las tierras,
Porque vean y aprendan los mortales
Esta lección terrible, y huir quieran
Las insidias y fuerzas y el engaño
De la pérfida mar, y no la crean
Cuando con engañosa calma ríe;

110 Si concibes así los elementos
Con número finito y limitado,
Del mismo modo nadarán dispersos
Por su misma materia rebatidos
Eternamente, sin jamás unirse:
Mas si acaso un momento se enlazasen,
Esta unión no podrá llegar a colmo
Y crecimiento; mas diariamente
Vemos las formaciones y progresos

De todo cuerpo: luego los principios
Vemos con claridad ser infinitos,
Pues que conservan las especies todas.

111 Así los movimientos destructores
No pueden destruir perfectamente,
Ni acabar para siempre con los cuerpos;

112 Así los movimientos creadores
No pueden darles duración eterna:
Desde la eternidad viven en lucha
Con el mismo poder ambos principios:
Victorias y derrotas continuadas
De unos y otros alternan; juntos andan
La muerte y el vagido que levantan
Los niños cuando ven la luz hermosa:
Ni tras el día se siguió la noche,
Ni tras la noche aurora, sin que oyesen
Vagidos lastimosos confundidos
Con llantos compañeros de la muerte,

113 Y secuaces de tristes funerales.
Conviene que con rasgos indelebles
Este principio en la memoria grabes:
No haber un solo cuerpo conocido
En su propia interior naturaleza
Que de una especie sola de principios
Se forme; ni ninguno que no conste

De mezcla de principios; cuanto un cuerpo
Tiene más propiedades, más difieren
En número y figura sus principios.

114 Porque primero abraza en sí la tierra
Los elementos de los grandes ríos,
Que el mar inmenso sin cesar renuevan.

115 Tiene también los fuegos subterráneos,
Que la abrasan a veces encendidos:
Y el ímpetu del Etna se enfurece
Con vivas llamas: tiene las semillas
Con que pueda criar la raza humana,
Y árboles ledos y lucientes frutos:
Blandas hojas también, y alegres pastos
Encierra en sí, que de alimento sirvan
A las fieras que habitan las montañas.

116 Razón por qué ella sola fue llamada
La gran madre de dioses y animales,
Criadora también de nuestro cuerpo:
Los antiguos poetas doctos griegos
La cantaron subida sobre un carro,
Dos leones uncidos agitando;

117 Dándonos a entender que en el espacio
La tierra suspendida, no podía
Tener más firme base que a sí misma:

Y las fieras al yugo sujetaron,
Porque los beneficios de los padres
Deben triunfar aun de los fieros hijos;

118 De corona mural la rodearon,
Porque de plazas fuertes y ciudades
Toda la redondez está cubierta:
Y al presente ciñendo esta diadema,
Con terror de los pueblos paseada
La imagen es de la divina madre:
Varias gentes la llaman madre Idea,
Conforme a los antiguos sacrificios,
Y en su séquito van catervas frigias,
Porque dicen que allí la agricultura
Tuvo su origen y de allí triunfante
Se extendió por el orbe; son castrados

119 Los sacrificadores, porque quieren
Significar que deben ser tenidos
Por indignos de dar a la luz bella
Unos vivos retratos de sí mismos
Aquéllos que faltaren al respeto
De sus padres, modelos de la diosa,
Y los que ingratos con sus padres fueren.

120 En sus manos resuenan los tambores
Estrepitosos, y los retumbantes
Címbalos, y amenazan las trompetas

Con un sonido ronco, y estimula
La flauta en tono frigio los furores;

121 Y empuñan lanzas, de la muerte indicios,
Para llenar de espanto a los ingratos
Y a los pechos impíos con la diosa.

122 Por lo que en tanto que la estatua muda
En las grandes ciudades paseada
Ofrece a los mortales en secreto
El rico manantial de sus favores,
Arrojan al momento por las calles
Riquezas y dinero a manos llenas;

123 Llueven flores y rosas, sombreando
A la madre y brillante comitiva.
Un batallón armado, que los griegos
Llaman Curetas frigios, retozando
Con pesadas cadenas se sacuden:
Y bailan al compás, y alegres miran
La sangre que les corre, y agitando
Con furor los terríficos penachos
De sus cabezas, traen a la memoria
Los Curetas dicteos, que ocultaron
En Creta aquel vagido, según dicen,
De Jove un tiempo, mientras que giraban

124 En leve danza, armados los infantes
En torno al niño, y a compás herían
El bronce estrepitoso por el miedo
De que Saturno no le devorase
Con su diente cruel, y eternamente
Hiriese el tierno pecho de la madre:
Por eso la acompaña gente armada;

125 Cual si quisiera predicar la Diosa
Que con las armas y el valor defiendan
Los hombres a su patria, y sean a un tiempo
El amparo y la gloria de sus padres.

126 Esta ficción tan bella y tan galana
La razón verdadera la reprueba;
Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: de los sucesos
Humanos apartados y distantes;

127 Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros: ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera los mueven.

128 Ciertamente la tierra en todo tiempo
Carece de sentido, y ella misma
Debe las producciones que tenemos
De átomos a la varia muchedumbre

Que en su seno contiene. Mas si alguno
Quiere más que se llame al mar Neptuno
Y a las mieses poner nombre de Ceres,
Y si el nombre de Baco prefiriere
A aquel vocablo propio que tenemos,
Concedamos también llamar la tierra
Con el nombre de madre de los dioses,
Aunque tal madre fabulosa sea.

129 Así, por lo común apacentados
En unos mismos prados grey lanuda,
La prole belicosa del caballo
Y ganados cornudos, bajo un clima,
Y su sed apagando el mismo río,
Son, no obstante, diversas sus especies,
Y la naturaleza de sus padres
Conservan, imitando sus costumbres:
Tanta es la diferencia de las hierbas,
Tan grande la del agua de los ríos.

130 Además, que los huesos, sangre, venas,
El calor, la humedad, nervios, entrañas,
Todo animal componen; y diversas
Entre sí son tan sólo estas substancias
Por la diversidad de sus principios.

131 Los cuerpos combustibles a lo menos
Contienen los principios de la llama,
De la luz, de las chispas y ceniza,

Y del humo. Tu mente si escudriña
Los cuerpos todos, todas las substancias,
Encontrará que envuelven las semillas
De muchas cosas, y figuras varias.

132 Ves, en fin, que gran número de cuerpos
Son a la vez del gusto y del olfato
Percibidos: cual suelen en los templos
Expiatorias víctimas que inmola
El criminal ansiado a las deidades.

133 Luego los elementos de los cuerpos
Difieren entre sí; pues los olores
Penetran en los órganos por donde
No penetra el sabor del alimento.

134 Y el gusto y el sabor de los manjares
Por vías muy distintas se introducen:
Nacen de las figuras diferentes
De los principios estas cualidades;

135 Pues que se juntan diferentes formas
En un solo montón y su tejido,
De principios mezclados conste el cuerpo.

136 Y aunque también en estos versos míos
Observes que las mismas letras vienen
En la composición de muchos nombres,
Es forzoso, no obstante, reconozcas
La diferencia que hay entre las letras

De versos y palabras; pues que tienen
Muchas letras comunes, y a las veces
Los componen los mismos elementos,
Mas la totalidad no es resultado
De este mismo conjunto; así los cuerpos
En la naturaleza diferentes,
Aun cuando tengan átomos comunes,

137 Diferir pueden entre sí las masas:
Y con razón diremos que los hombres,
Los frutos y los árboles hermosos
No constan de los mismos elementos.

138 No creamos que puede mutuamente
Toda especie de átomos unirse;
Pues se verían monstruos de continuo,
Existirían hombres medio fieras,
Y de un animal vivo nacerían
Frondosos ramos; se unirían substancias
Terrestres a marinas; las quimeras,
Lanzando fuego de su horrible boca,
Todas las producciones de la tierra
Devastarían: mas si nada de esto
Se hace claramente, pues los cuerpos,
Formados todos de elementos fijos,

139 Por una cierta fuerza creadora,
Vemos que pueden conservar su especie
Particular conforme van creciendo,

Preciso es que este orden se conserve:
Porque cada animal saca los jugos
Que le son más análogos al cuerpo
De todos los sustentos que le nutren,
Y le dan movimientos convenientes:
Empero las moléculas extrañas
Que no han podido unirse, ni animarse,
Ni consentir vitales movimientos,
Naturaleza las arroja al suelo,

140 O por una inacción se libra de ellas.
Mas por si acaso juzgas que a estas leyes
Sólo los animales se sujetan,
En toda producción verás lo mismo;

141 Porque como entre sí difieran todas,
Es necesario que sus elementos
De diversas figuras se compongan:
No porque de figuras diferentes
Haya muchos principios; antes nunca
Pueden enteramente parecerse
Los individuos que resulten de ellos.

142 Y así, esta diferencia de principios
Establece también otra forzosa
En las distancias, choques, direcciones,
En encuentros, uniones, movimientos:
Por estas cualidades, no tan sólo

Distinguimos los cuerpos animales,
Antes el mar distinguen de la tierra,
Y el cielo de la tierra diferencian.

143 Escucha los discursos indagados
Con mi dulce trabajo: no te engañes
Quizá creyendo que los cuerpos tienen
El color negro, blanco, o cualquier otro,
Por ser así también sus elementos;

144 Pues ningún color tienen los principios
Que sea semejante o diferente.
Si acaso te parece no poderse
Concebir sin color los elementos,
Estás muy engañado; pues los ciegos
De nacimiento, que jamás la lumbre
Del Sol sus ojos vieron, con el tacto
Conocen, sin embargo, desde niños
Los cuerpos de ningún color teñidos;

145 Así también formarnos una idea
Podemos de los cuerpos primitivos
Sin que tengan colores. Finalmente:
Cuando tocamos por nosotros mismos
A obscuras cualquier cuerpo, no sentimos
De qué color o tinte está teñido.

146 Juntemos el discurso a la experiencia:
Pues de todo color seguramente
Se muda en cualquier otro, los principios
No deben padecer estas mudanzas;

147 Inmutables serán forzamente;
A no ser que la suma se aniquile:
Pues traspasar no puede cuerpo alguno
Los límites que tiene, sin que deje
De ser lo que antes era; por lo tanto,
No atribuyas color a los principios;

148 No sea que el gran todo se aniquile.
Si ha negado, además, naturaleza
A los primeros cuerpos los colores,
De formas diferentes los adorna
Que producen matices variados
De infinitas maneras. Mucho importa
Considerar la situación y mezcla,
Y aquellos movimientos respectivos
De los átomos pueden fácilmente
Dar la razón por qué los cuerpos mismos
Que mostraban poco antes color negro,
De repente le cambian en blancura

149 Marmórea: cuando vientos furibundos
Revolvieron los mares, por qué causa
Blanquean como mármoles sus ondas:
Puedes dar por respuesta que en un cuerpo

Si los principios negros a la vista
Se confunden, se alteran y trastruecan,
Y huyen algunos de ellos de su puesto,
Puede la superficie de este cuerpo
Llenarse de blancura relumbrante;

150 En vez de que si fueran azulados
Los principios del mar, no blanquearían;
Pues de cualquiera modo que perturbes
Los cuerpos azulados, jamás pueden
Blanquear como el mármol reluciente.

151 Mas si el color del mar puro y sin mezcla
Resulta de elementos que contengan
Colores diferentes, como varias
Figuras y otras formas, se hace un todo
Cuadrado y uniforme: convenía,
Puesto que en el cuadrado se distinguen
Muy diversas figuras, que se viesen
Así en el mar como en los otros cuerpos
Que tienen un color puro y sin mezcla,
Colores varios y entre sí diversos.

152 Además, las figuras diferentes,
Nada estorban, ni impiden el que tenga
El todo exteriormente producido
Forma cuadrada, mas la diferencia,
En el color elemental destruye
La total unidad de los colores.

153 Se destruye la causa que movía
A suponer principios colorados,
Porque lo blanco y negro no resulta
De blancos o de negros elementos,
Antes bien de la mezcla diferente
De colores; puesto que la blancura
De átomos sin color es fácil nazca
Mejor que de lo negro o su contrario.

154 Pues si la luz produce los colores,
Y su impresión no admiten los principios,
El color en los átomos no cabe;

155 ¿Qué color podrá haber en las tinieblas,
Pues que en la misma luz se altera y cambia
Conforme son heridos los objetos
Por los oblicuos o directos rayos?

156 No de otro modo que el collar brillante
De las plumas que adornan la garganta
De las palomas a las veces luce
Con encarnado brillo de rubíes,
Y a veces entrevera el color verde
De la esmeralda con azul celeste:
Y del pavón la cola, si embestida
Es de copiosa luz, del mismo modo,
Según sus diferentes posiciones,

Muda colores; luego nacen éstos
De la caída de la luz: no pueden
Existir sin la luz, por consiguiente.

157 Afectan la pupila el color blanco,
El negro, u otro de distinto modo.
Nada importa saber qué color tengan
Los cuerpos que tocamos; su figura
Es lo más esencial: los elementos
Necesidad no tienen de colores,
Pero sí de figuras variadas,
Que exciten sensaciones diferentes.

158 Pero si los colores de principios
No están sujetos a figuras ciertas,
Y una cualquiera forma de elementos
Recibir puede los colores todos,
¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos
No son privilegiados igualmente?

159 ¿Por qué el color señala las especies?
Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas
En su vuelo los cuervos de ordinario,
Y de negro color, o variado,
Negros por lo común fueran los cisnes.

160 Y cuanto más los cuerpos dividamos
En partes muy menudas, verás cómo
Se mueren y se acaban los colores:

Por eso el oro reducido a polvo,
La púrpura hilo a hilo deshilada,
Pierden su brillo y resplandor del todo:
De aquí puedes sacar que los principios
Dejan todo el color primeramente
Que en el estado de átomos se vean.

161 Y pues forma visible no atribuyes,
Ni sonido ni olor a todo cuerpo,
Porque no todos a la vista hieren
Ni afectan al oído ni al olfato,
Debemos concluir que algunos de ellos
No constan de color, así como otros
No conocen olores ni sonidos:
Un ánimo sagaz concebir puede
Los cuerpos sin color, del mismo modo
Que de otras cualidades despojados.

162 Pero no pienses que naturaleza
Haya negado sólo los colores
A los principios; el calor y el frío,
La tibieza también: y de sonidos
Estériles, y ajenos son de jugos:
Ningún olor exhalan de sí mismos.

163 Así, cuando compones una esencia
De mirra y olorosa mejorana
Y de la flor de nardo, que trasciende,
Tú la echas un aceite que no tenga

Olor alguno ni al olfato envíe
Aura suave, porque no corrompa
Con su hedor los perfumes de las flores
Su vapor, que ha subido en demasía.

164 Y carecen, de olores y sonidos
Los átomos que forman a los cuerpos,
Porque de sí no pueden enviarlos;

165 Ni son sabrosos, fríos, ni calientes,
Ni tibios, sin aquellas cualidades
Que causan la ruina de los cuerpos,
La flexibilidad y la blandura;

166 Corruptibilidad tener no pueden,
Fragilidad, ni mezcla de materia
Y de vacío, si a naturaleza
Queremos dar eternos fundamentos
En los que siempre estribe y se conserve,
Y al aniquilamiento no se rinda.

167 Sin embargo, es preciso que confieses
De átomos insensibles ser formados
Todos los cuerpos que de sentimiento
Están dotados; la experiencia misma
Apoya esta verdad, no solamente,
Sino que te conduce por la mano
Y te muestra nacer los animales
De insensibles recónditas semillas.

168 Así que vemos del hediondo cieno
Nacer gusanos vivos cuando ha sido
Podrida con las lluvias abundantes
La húmeda tierra: vemos transformados
Todos los cuerpos; árboles y ríos
Y los prados risueños se convierten
En ganados, y en nuestros mismos cuerpos
Transfórmase el ganado, y a menudo
Con nuestro cuerpo auméntanse los bríos
De alimañas y de aves carniceras.

169 Así convierte la naturaleza
Todos los alimentos en substancias
Vivas, del mismo modo que transforma
Áridos leños en fogosas llamas.

170 Y ¿dudarás acaso cuánto importa
Considerar la mezcla de los átomos,
Su posición y mutuos movimientos?

171 ¿De qué naturaleza son los cuerpos
Que el mismo ánimo agitan y conmueven,
Y en él excitan varias sensaciones,
Si niegas que produce la materia,
Insensible por sí, sensibles seres?

172 Es cierto que las piedras y los leños,
Aunque la misma tierra se les una,
No pueden producir el sentimiento

De la vida: por eso no pretendo
Que los átomos todos sean capaces
De componer en un momento seres
Sensibles, pero creo de importancia
Atender a su número y grandeza,
su orden, su figura y movimiento,
Y situación; pues nada de esto vemos
En troncos y terrones: sin embargo,
Por medio de las lluvias, corrompidos

173 Estos cuerpos, parecen gusanillos,
Porque sus elementos, removidos
Con esta novedad, se unen de modo
Que deben engendrar los animales.

174 En fin, cuando establecen que resulta
La sensibilidad de los principios
Sensibles, y que aquéstos son formados
De otros también sensibles, hacen luego
Substancias blandas, pues que está juntada
La sensibilidad con las entrañas,
Nervios y venas, y procede todo
De cuerpos blandos y perecederos.

175 Pero aunque sin embargo concedamos
Una existencia eterna a estos principios,
O ellos deben tener el sentimiento
En una parte, o ser animalejos:
Mas no pueden sentir por sí las partes,

Y el sentimiento de los otros miembros
No se les comunica, ni la mano
Separada del cuerpo, ni una parte,
En alguna manera siente aislada:
Luego ellos son perfectos animales,
Dotados de absoluto sentimiento:
Pues ¿cómo se podrán llamar principios,

176 Y cómo evitarán ellos la muerte,
Siendo animales como aquellos otros
Que vemos perecer todos los días?

177 Pero aunque concedamos ser posible,
¿Su conjunción engendrará otra cosa
Que un pueblo numeroso de animales?

178 Así como los hombres, los ganados,
Y alimañas por medio de la Venus
Engendran hombres, fieras y ganados.

179 Pero si acaso dejan los principios
Su propio sentimiento, y toman otro,
¿Por qué razón tal cualidad les dimos
Para quitarla luego por inútil?

180 Pues si vemos los huevos de las aves
En volanderos pájaros mudarse,
Y en gusanos hervir la tierra cuando

Por abundantes lluvias fue tomada
De podredumbre: luego nacer pueden
De átomos no sensibles sentimientos.

181 Y nadie piense que nacer pudiera
El sentimiento de lo no sensible
Por alguna mudanza que se hace,
Como del animal en la nacencia
Antes que salga fuera, pues más claro
Vemos que la radiante luz del día
Que no se verifica nacimiento,
Sino después de formación interna,
Ni se cumple en el ser mudanza alguna
Sin una asociación antecedente.

182 De modo que no existe sentimiento
Antes que el animal formado sea;
Porque antes de formarse andan dispersos
Por el aire y las aguas los principios,
Y por la tierra y fuego: no han tenido
Reunión, ni vitales movimientos,
Ni choques de aquel modo conveniente
Que inflame los sentidos luminosos,
Que al animal custodian y defienden.

183 Y si un choque más fuerte y poderoso
Que el que puede sufrir su resistencia
Aflige al animal en un instante,
Y confunde a la vez las facultades

Del ánimo y del cuerpo; y los principios
El desorden disuelve, y se suspenden
Del todo los vitales movimientos,
Hasta que la materia sacudida
Rompe del alma los vitales lazos,
Y por todos los poros la echa fuera
Estando derramada por el cuerpo:
¿Qué puede producir un igual choque,

184 Sino alterar y disolver los cuerpos?
A las veces sucede, si el ataque
Es menos violento, que los restos
De vital movimiento vencen, triunfan
Y calman los desórdenes del choque,
Y vuelven nuevamente a sus conductos
Las partes ordenadas que dominan
Ya casi a destructores movimientos
Señores de la máquina, y encienden
El sentimiento ya casi perdido.

185 Por lo que el alma de las puertas mismas
De la muerte a la vida es revocada
Primero que ceder a los impulsos
Que ya casi a la muerte la arrastraban.

186 Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo
Cuando de la materia los principios
De alguna fuerza extraña conmovidos
Por las vivas entrañas, por los miembros

Se agitan en desorden; y tenemos
Blando deleite cuando a su orden vuelven:
Inferimos de aquí, que los principios
Ni dolor ni deleite por sí tienen;

187 Supuesto que de partes no se forman,
Cuyo desorden pueda atormentarlos,
O algún fruto coger de alma dulzura;

188 Insensibles por tanto son los átomos.
Si hemos de dar sensibles elementos,
En fin, al animal para que sienta,
Será forzoso, pues, que los principios
Constitutivos de la raza humana
Den grandes carcajadas, y que bañen
Con abundantes lágrimas el rostro
Y que penetren los secretos grandes
De la sabiduría, y que analicen
Sus propios elementos componentes:
Pues siendo en su estructura semejantes
A todos los mortales, deben ellos

189 Resultar de diversos elementos,
Y éstos de otros principios, de manera
Que nunca puedas encontrar el término;

190 Yo no me cansaré; siempre que digas
Reír, hablar y discurrir un cuerpo,
Es preciso que tengan sus principios

Las mismas facultades; mas si vemos
Ser esa pretensión una locura
Y un gran delirio, y si reír se puede
Sin principios risueños, si se puede
Discurrir y explicarse sabiamente
Sin sabios y elocuentes elementos;

191 ¿Por qué seres sensibles no podrían
Resultar de principios insensibles
Que carezcan de todo sentimiento?

192 Todos, en fin, del aire somos hijos;
Él es el padre universal, de todos;
Y alma tierra la madre: recibiendo
De lo alto en gotas líquidas las aguas,
Preñada, pare los hermosos frutos
Y árboles ledos, y la raza humana
Y pare toda especie de animales
Cuando les da alimentos con que todos
Apacientan sus cuerpos, y disfrutan
De dulce vida y sin cesar propagan:
Por lo que con razón madre es llamada.

193 Los cuerpos que han salido de su seno
Los vuelve en sí a abrazar; y la materia
Enviada del aire es recibida
En el espacio etéreo nuevamente:
No dudes ser eternos los principios,
Porque nosotros sin cesar los vemos

Dejar la superficie de los cuerpos,
Y a las veces nacer y morir luego:
No destruye la muerte los principios
Así como los cuerpos; su tejido
Rompe tan solamente, y los reforma,
Y nuevas formas y colores nuevos

194 Hace que estén tomando de continuo;
Los obliga también en un instante
A dar y recibir el sentimiento.

195 Bien sabes tú cuán importante sea
Mirar el orden, mezcla y movimientos
Recíprocos que tienen los principios.

196 Pues lo mismo producen mar y cielo,
La tierra, ríos, sol y las semillas,
Árboles y animales. De igual modo
Que en mis versos contemplas diferente
La combinación y orden de las letras;

197 Pues aunque las palabras se componen
En parte de los mismos elementos,
En el orden difieren solamente:
Así en los cuerpos de Naturaleza
Si cambian las distancias, direcciones,
Uniones, gravedades, orden, choques,
Colocación, reencuentros y figuras,
Serán los resultados muy diversos.

198 Aplícate ahora a la sabiduría,
Pues deseo que entiendas las verdades
Nuevas que va a exponer ante tus ojos
Con nuevo orden de cosas: sin embargo,
Como tan fácil opinión no haya
Que no sea difícil adoptarla
Al principio, y nada hay tan admirable
Y tan extraordinario en sus principios
Que con el tiempo deje de admirarse:
Si el color puro y claro de los cielos,
Y el que contienen los errantes astros,
De sol y luna el brillo luminoso,

199 Si fuera todo junto presentado
A los mortales por la vez primera,
Como si lo pusieran de repente
Y de un golpe a su vista, ¿qué podría
Decirse comparable a estos objetos?

200 ¿O qué nación osara la primera
Creer posibles cuadros tan grandiosos?
Ninguna a mi entender: ¿mas quién podría
Sentir ahora admiración tamaña?

201 De la hartura de ver ya fatigados
Nadie se digna levantar sus ojos.
A la luciente bóveda del cielo.

202 Deja de desechar, despavorido
De aquesta novedad, la razón misma;
Pésalo tú con juicio más delgado
Abraza mis verdades si son ciertas,
O ármate contra ellas, si son falsas;

203 Con la razón el ánimo examina
Lo que hay del otro lado de los muros
Del orbe, en los espacios infinitos.

204 Hasta do quiera penetrar la mente,
Y el espíritu libre remontarse.
Primero, como dije, es infinito
El gran todo hacia arriba. y hacia abajo,
Por izquierda y derecha a todos lados:
Así lo aclama la experiencia misma,
Y lo declara la naturaleza
Del infinito: luego si un espacio
Se extiende ilimitado a todas partes,
Si semillas sin número movidas
Por este espacio inmenso nadan siempre
Desde la eternidad con mil figuras,

205 ¿Es probable que no se haya criado
Mas que el cielo y el orbe de la tierra;
Que estén en los espacios ulteriores
Innumerables átomos ociosos;

206 Habiendo especialmente fabricado
Este mundo por sí naturaleza,
Y los mismos principios de los cuerpos
De suyo por acaso reunidos
Con choques y continuos movimientos
Enteramente inútiles y vanos
Masas particulares produjeron
Como mar, tierra, cielo y animales?

207 ¿Quién no ha de confesar racionalmente
Que forma la materia reunida
Otros muchos compuestos como éste,
Que el aire abraza en su recinto inmenso?

208 Cuando además materia en abundancia
Está dispuesta, y un espacio pronto
A recibirla, ni su movimiento
Impide algún estorbo, es claro deben
Formarse seres; y hay tan grande copia
De principios, que no pueden contarlos
Aunque se junten mil generaciones:
Y si para juntarse en otra parte
Tienen la fuerza y la naturaleza
Igual a los principios de este mundo,
Es preciso confieses que las otras
Regiones del espacio también tienen.

209 Sus mundos, varios hombres y animales.
Además de esto, en la naturaleza
No hay un solo individuo de su especie
Que nazca y crezca único y aislado,
Y que no forme parte de una clase
Muy numerosa: en especial observa
Animales y fieras montaraces,
Hombres y mudos peces escamosos,
Todos los cuerpos de las varias aves;

210 Por lo menos diremos precisados
Que el cielo, tierra, mar, el sol y luna,
Y todo cuanto existe no son cuerpos,
E individuos únicos aislados;

211 Antes llegan a ser innumerables,
Porque su duración es limitada,
Y porque nacen como las especies,
Que constan de infinitos individuos.

212 Después del día genital del mundo,
Cuando mar, tierra y sol también nacieron,
Alrededor del mundo y por defuera
Depositó la Suma en emisiones
Átomos y semillas infinitas,
Con las que el mar y tierra se aumentasen,
De do el cielo tomara la materia
Que sus altos palacios sustentase
Tan lejos de las tierras, y saliese

El aire sin cesar; pues que de todos
Los puntos del espacio se reparten
Los acrecentamientos de principios

213 Con el choque, y se juntan a substancias
De su naturaleza; se une el agua
Al agua, tierra a tierra, el fuego al fuego,
El aire se une al aire; hasta que todos
Los seres ha llevado al fin postrero
De su crecer la poderosa madre
Que todo lo creado perfecciona:
Esto se verifica si repara
En proporción las pérdidas del cuerpo:
La vida entonces queda en equilibrio
Por un momento, y la naturaleza
Refrena con su fuerza el crecimiento.

214 Pues los cuerpos que ves engrandecerse
Con un feliz aumento, y levantarse
Lentamente y por grados al estado
De madurez, adquieren más que pierden:
Mientras todo el sustento fácilmente
Circula por las venas, los conductos
Ni son tan anchos y diseminados
Que gasten y disipen mayor parte
De la que ellos reciben: concedamos

De los cuerpos las pérdidas ser grandes,
Hasta llegar a su postrer aumento:
De allí las fuerzas, el valor y brío

215 Se debilitan insensiblemente,
Y siempre el animal se desmejora,
Pues las emanaciones son mayores,
Cuando al postrero crecimiento llega,
Cuanto es mayor la masa de los cuerpos
Y mayor su extensión: no girarían
Todos los alimentos por las venas,
Ni con facilidad: naturaleza
No puede reparar con mano franca
Los hilos abundantes de materia
Que sin cesar escapan de los cuerpos.

216 Perecen, sí, de cierto enrarecidos
A fuerza de manar, sucumben todos
los eternos choques: pues les faltan
En su vejez por fin los alimentos,
Y en esta postración jamás descansan
Los objetos externos de acabarlos.

217 Y domarlos con choques destructores.
Así también los cercos del gran todo
Por todas partes se vendrán abajo,
Reducidos a pútridas ruinas;

218 Porque todos los cuerpos necesitan
Ser con los alimentos reparados,
Renovados también, y sostenidos:
En vano es todo, porque los conductos
Por do el sustento pasa, no están siempre
Aptos a recibir lo necesario,
Ni la naturaleza suministra
Todo lo que hace falta. Y ya arrugado
De vejez está el mundo, y tan cansada
La tierra, que no pare más que apenas
Ruines animales, la que un tiempo
Parió fecunda todas las especies,

219 Y dio robustos cuerpos a la fieras.
Pues la cadena de oro, yo no creo
Que haya del alto cielo descolgado
Las mortales especies en los campos:
Ni azotadoras olas de peñascos
Ni el mar las produjeron: las criara
La misma tierra, empero sustentadas
Al presente por ella; y de su grado
Ella crió además los frutos bellos,
Y viñedos gustosos a los hombres,
Suaves frutos y risueños pastos.

220 Ella misma ofreció primeramente
Producciones, que apenas nos concede.
Llegar a colmo a fuerza de trabajo:

Consumimos los bueyes y gastamos
Los fuertes brazos de los labradores;

221 Hierro apenas se encuentra para el campo;
Tanto se desmejoran las cosechas,
Y tanto van creciendo los trabajos:
Ya cuántas veces labrador anciano
Suspira meneando la cabeza
Al ver frustados todos sus afanes;

222 Y si el pasado tiempo parangona
Con el presente, alaba de ordinario
La suerte venturosa de sus padres:
Se caen continuamente de sus labios
Aquellos siglos bienaventurados
En que los hombres de piedad henchidos,
Más felices, con menos heredades,
Recogían cosechas abundosas
De aquellos pegujales miserables:
No ve que poco a poco todo cuerpo
Se va menoscabando, y que se estrellan
Contra el tiempo los seres fatigados.

223 Si estas verdades tienes bien grabadas,
Libre al momento es la naturaleza,
De soberbios señores despojada;

224 Ella misma por sí rige su imperio,
Sin dar parte a los dioses. Pechos santos
De las deidades que en eterna calma
Pasan vida pacífica y serena,
Decid: ¿quién de vosotros dará leyes
Al Universo, y sus valientes riendas
Es capaz de llevar entre sus manos?

225 ¿Y hace a la vez rodar todos los cielos?
¿Y quién con los influjos celestiales
En general las tierras fertiliza,
Y hace que en todo tiempo nos socorran?

226 ¿Quién suspende las nubes tenebrosas,
Del cielo atruena la mansión serena,
Y lanza rayos que regularmente
Los propios templos vuestros arruinan,
Y su furor en vano desenvuelven
En desiertos, y pasan con frecuencia
Al lado de los hombres criminales
Y al virtuoso, al inocente matan?

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III

✦

1 Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que llevaste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad, adoctrinando
Sobre los intereses de la vida:
Yo voy en pos de ti, y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas; no codicio
Ser tanto tu rival, como imitarte
Ansío enamorado. ¿Pues acaso
Entrara en desafío con los cisnes
La golondrina? ¿o los temblosos chotos
Volaran por fortuna en la carrera
Así como el caballo vigoroso?

2 Tú eres el padre y creador de cosas:
Sí; tú nos das lecciones paternales;
Y del modo que liban las ovejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Bebemos las verdades más preciosas;

3 Preciosas, varón ínclito, muy dignas
De tener larga y perdurable vida.
Pues al momento que a gritar empieza
Tu razón no ser obra de los dioses
El universo, sin parar escapan

Los terrores del ánimo; se extienden
Los límites del mundo; en el vacío
Veo formarse el universo; veo
La corte celestial y las moradas
Tranquilas de los dioses, que agitadas
No por los vientos son, ni los nublados
Con aguacero enturbian, ni la nieve

4 Que el recio temporal ha condensado
Con blancos copos al caer las mancha;
Y cúbrelas un éter siempre claro,
Y ríe con luz larga derramada.

5 Bienes pródiga da naturaleza
A las inteligencias celestiales:
Ni un instante siquiera es perturbada
La paz de sus espíritus divinos:
La mansión infernal desaparece,
Por el contrario; ni la tierra impide
Que contemplen debajo de sus plantas
En el vacío las escenas varias.

6 Un divino placer y horror sagrado
Se apoderan de mí considerando
Estos grandes objetos que tu esfuerzo
Hizo patentes descorriendo el velo
Con que naturaleza se cubría.

7 Y puesto que hasta aquí las cualidades
De los principios te hemos explicado,
Sus formas diferentes, movimientos
Que recíprocamente experimenta
La materia agitada de continuo,
Y cómo cada ser se forma de ella:
Ya, según esto, aclararán mis versos
De ánimo y alma la naturaleza,
Y con toda violencia extirparemos
De raíz aquel miedo de Aqueronte
Que en su origen la humana vida turba,
Que todo lo rodea en negra muerte,

8 Que no deja gozar a los mortales
De líquido solaz deleite puro.
Y aunque muchos dirán ser más temible
La infamia y el dolor que los abismos
De la muerte; que es la naturaleza
Del ánimo lo mismo que la sangre
Ellos dicen saber; por consiguiente,
Que ellos no necesitan las lecciones
De razón nuestra, debes convencerte
Que un deseo de gloria, o si te agrada
Más bien, la vanidad los lisonjea,
Pues por convencimiento no lo saben:

9 Los mismos desterrados de su patria,
Proscriptos de la vista de los hombres,
Amancillados con delito infame
Viven últimamente rodeados
De muy amargas penas; y hacen honras
Do arrastraron su mísera existencia;

10 Y degolladas las ovejas negras,
Las ofrecen a dioses infernales:
Con más viveza adversidad despierta
Ideas religiosas en sus almas.

11 Los peligros descubren a los hombres,
Les dan a conocer los infortunios,
Pues entonces por fin del hondo pecho
Son proferidas voces verdaderas:
La máscara se quita y queda el hombre.

12 La avaricia, por fin, y ambición ciega,
Que obligan a los hombres miserables
A violar torpemente la justicia,
Y emprenden y acompañan las maldades,
A las veces sujetos noche y día
A afán penoso por hacer fortuna,
Estas miserias de la vida alientan
Con miedo de la muerte en casi todos.

13 La ignominia, el desprecio y la indigencia
Se apartan de tranquila y dulce vida,
Y abren casi las puertas de la muerte:
Entretanto los hombres, agitados
De falso miedo, quieren escaparse
De precursores lúgubres; cimentan
En sangre ciudadana su fortuna,
Y avarientos tesoros amontonan,
Maldad sobre maldad acumulando;

14 En la fúnebre pompa del hermano
Alégranse crueles, y aborrecen
Y temen los banquetes consanguíneos,
El mismo miedo de la muerte roe
Al envidioso en general; le pone
A la vista los grandes de la tierra,
Llenos de distinción y poderío;

15 En vileza y en cieno revolcados
Ellos mismos se quejan; se desviven
Por una estatua o vano nombre algunos.

16 A otros inspira el miedo de la muerte
Un odio tal hacia la luz y vida,
Que con pecho angustiado se dan muerte;

17 Olvidados, sin duda, que este miedo
Es manantial de penas y cuidados;
Que este miedo persigue la inocencia,

Que éste rompe los lazos amistosos,
Que éste se burla de naturaleza,
Pues que a sus caros padres y a su patria
Han vendido los hombres muchas veces
Por huir las mansiones infernales.

18 Los muchachos a obscuras tembletean
Y se asustan de todo en claro día.
¡Somos la diversión de unos terrores
Tan frívolos y vanos! Desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

19 Establezco que el ánimo ante todo,
A quien intelegencia de ordinario
Llamamos, en el cual está sentado
El consejo y el régimen de vida,
Es una parte real de nuestro cuerpo,
Como los pies y manos y los ojos:
Sin embargo de que una turba inmensa
De sabios han creído firmemente
No tener en el hombre sitio fijo
El sentimiento; empero que del cuerpo
Era habitud vital en cierto modo,
Llamada por los griegos armonía,

20 Porque anima la máquina, y no tiene
Lugar determinado: y siendo un modo
De ser la sanidad que goza el cuerpo,
Y no una parte dél, del mismo modo
Al ánimo no asignan sitio cierto,
En lo que me parece van errados.

21 Porque frecuentemente sufre el cuerpo
Su cubierta exterior, cuando el principio
Interior se solaza; y al contrario,
Si el ánimo es comido de pesares,
Se regocija el cuerpo todo entero:
Así cuando en el pie dolor sentimos,
No padece ninguno la cabeza.

22 Cuando además los miembros entregados
A blando sueño, y el pesado cuerpo
En momentos de calma sumergido
Está sin sentimiento, hay en nosotros
Otro principio que en el mismo tiempo
Es agitado de infinitos modos,
Y experimenta en sí las alegrías
Y cuidados estériles del pecho.

23 Para que puedas conocer ahora
Que el alma también queda en nuestros miembros.
Aun cuando se trastorne la armonía,
Sucede que después que se ha perdido
Una parte del cuerpo, el sentimiento

Anima, sin embargo, nuestros miembros,
Y perdiendo el calor algunas partes,
Y el aire respirando simplemente,
Al momento las venas desampara
Y deja sólo huesos, de do infiero
No hacer igual papel en nuestro cuerpo
Todas las partes de que se compone,

24 Ni todas le conservan igualmente:
En aire y en calor la vida estriba:
El aire y el calor son los postreros
Que dejan nuestros miembros moribundos.

25 Mas puesto que del ánimo y del alma
Hemos hallado la naturaleza
Como parte del hombre, da a los griegos
Su palabra armonía, que sin duda
Trajeron de la cumbre melodiosa
Del Helicón o de otra cualquier parte:
Guárdensela por mí, yo se la cedo:
Hagan de este vocablo sus delicias:
Comprende lo demás que voy diciendo.

26 Ahora digo que el ánimo y el alma
Están íntimamente entre sí unidos
Y una substancia forman por sí propios;

27 Pero al juicio tenemos como jefe,
Él domina en el cuerpo bajo el nombre
De inteligencia y ánimo, y en medio
Del pecho tiene su morada fija:
El miedo y el pavor aquí palpitan,
En derredor halagan los placeres,
La sensibilidad aquí hace asiento,
Y la parte del ánima, extendida
Por todo el cuerpo, espera los mandatos
Con que la hace mover la inteligencia:
Consigo mismo él sólo se entretiene,
Y goza de placer en los momentos

28 En que el cuerpo y el ánima no prueban
Alguna sensación: y a la manera
Que el dolor siente el ojo, o la cabeza,
Sin ser atormentado todo el cuerpo,
Así el ánimo a veces abatido
Es de melancolía, y animado
Es por el regocijo, sin que el alma
Alguna novedad sienta en los miembros:
Si el espíritu empero por el cuerpo
De miedo más vehemente es poseído,
Vemos que el alma entera toma parte,
Palidez y sudor a un tiempo embisten,

29 La lengua balbucea y la voz falta,
Ofuscase la vista, el oído zumba,
Aplómanse los miembros: muere el hombre
Por un terror del ánimo a menudo.

30 De aquí cualquiera fácilmente entiende
La íntima misión de ánimo y alma,
Pues comunica al cuerpo el mismo golpe
Que del espíritu ella ha recibido.

31 Esta razón enseña ser corpórea
De ánimo y alma la naturaleza;
Pues si hacen que se muevan nuestros miembros,
Si nos arrancan del profundo sueño,
Y si el color del rostro ellos alteran,
Y a todo el hombre rigen y gobiernan,
Estas operaciones sin contacto
No se pueden hacer, ni ciertamente
El contacto sin cuerpo; ¿por ventura
Negaremos que el ánimo y el alma
Son de una corporal naturaleza?

32 Ves, además, que el alma toma parte
En todas las funciones que hace el cuerpo,
Y se las comunican mutuamente,
Si no daña a la vida horrible fuerza
De la muerte, si el choque no desune
Los huesos y los nervios; sin embargo,
Viene la languidez y un abandono

Suave de los miembros, y una grata
Propensión de caer, a que se siguen
Esfuerzos combatidos a las veces
De incierta voluntad de enderezarse:
Luego del alma la naturaleza

33 Es corporal, puesto que experimenta
Todas las impresiones de los cuerpos.
Voy a enseñarte ahora cuáles sean
De esta alma los principios, y qué especie
De átomos la componen. y la forman.

34 Primeramente, digo ser compuesta
De unos sutilísimos principios
Y muy delgados: convendrás en esto,
Si atiendes a la grande ligereza
Con la que se decide y obra el alma:
No nos presenta la Naturaleza
Más activos los cuerpos; luego debo
Esta movilidad extraordinaria
Componerse toda ella de elementos
Los más redondos y los más delgados,
Que puedan obligarla a que se mueva
Al más ligero impulso, pues si el agua

35 Por causa ligerísima se mueve,
Tiene átomos volubles y pequeños;
La miel es más tardía y más pesada,
Su licor de difícil corrimiento,

Pues sus partes se ligan y se traban
Porque no son tan lisas y sutiles
Y redondas. Disipa en un instante
Un crecido montón de adormideras
El soplo más ligero, y no lo hace.

36 Con un montón de piedras y hacecillos
De lanzas: luego es proporcionada
A lo chico y lo fino de los cuerpos
La movilidad de ellos: consistencia
Tienen tanto mayor cuanto se forman
De elementos groseros y angulosos.

37 El alma así, que de naturaleza
Tan móvil es, debe constar de cuerpos
Los más pequeños, lisos y redondos;

38 Mas de una vez conocerás, lo bueno,
Lo útil e importante de mi aserto.
Te aclarará también otra experiencia
Cuán delicada es la Naturaleza,
Y cuán fino el tejido de este agente,
Y a qué espacio tan corto se ciñera
Si fuera condensable esta substancia.

39 Cuando el quieto reposo de la muerte
Llega a coger a un hombre, y se retiran
El ánimo y el alma por los miembros,
Nada verás perder de peso y forma,

A excepción del calor y sentimiento:
Por lo que esta substancia que ha ligado
A las vísceras, nervios y a las venas
Naturaleza, debe componerse
De partes minutísimas: no causa
Diminución alguna su salida,
Ni por la superficie ni en la masa
De los cuerpos: así cuando de Baco

40 La flor se ha disipado, y ha perdido
El perfume suave sus olores,
O los jugos salieron de algún cuerpo,
No parecen menores a la vista,
Ni mucho más ligeros; pues los jugos
Y los olores no son más que partes
Muy sutiles del cuerpo; lo repito
Que el alma y el espíritu se forman
De átomos muy ligeros, pues huyendo
No roban peso alguno de los cuerpos.

41 No hemos de presumir que sea el alma
Una substancia simple; pues exhalan
Los moribundos un ligero soplo
Revuelto con calor; éste no puede
Sin el aire existir, porque sus partes,
Si no llegan a estar muy bien unidas,
Es preciso se cuelen por los poros

Las moléculas de aire; pues hallamos
Ser ya del alma la Naturaleza
Por los tres elementos producida.

42 Pero todo esto junto no es bastante
Para que se produzca el sentimiento:
No es concebible, pues, que alguno de éstos
Pueda hacer movimientos sensitivos
Que en juego pongan el entendimiento;

43 Y así les damos un principio cuarto:
Éste no tiene nombre conocido,
No hay otro más movible, ni más fino,
Ni más pulido entre los elementos.

44 El imprime el primero en nuestros miembros
Movimiento de vida: él es movido
Primeramente por tener perfecta
Pequeñez de principios: al momento
Él al calor, al soplo comunica
Y al aire el movimiento, y en seguida
En general la máquina se mueve:
La sangre entonces bate: entonces se hacen
En general las vísceras sensibles:
Por último, los huesos y médulas
De placer o dolor son afectados.

45 Penetrar el dolor aquí no puede
Ni algún mal violento sin que cause
En la máquina toda tal desorden
Que no encuentre la vida más asilo,
Y toda el alma sale descompuesta
Por los poros del cuerpo; felizmente
Limitan estos choques destructores
Sus impresiones en la superficie
De los cuerpos: la vida conservamos.

46 Codiciando yo ahora el explicarte
Por qué secreto lazo, o por qué mezcla
Estos cuatro elementos se combinan
Y formar pueden un sensible todo,
Contra mi voluntad no lo permite
De nuestra lengua patria la pobreza:
Yo te haré como pueda un fiel bosquejo:
Mezclados entre sí los elementos
De estos cuatro principios, de concierto
Se mueven, sin que puedan separarse
Ni en parte ejercitar sus facultades
Sino como potencias diferentes

47 De un mismo todo único; y del modo
Que en las entrañas de los animales
Un olor, un color y sabor propio
Hay, por lo general, aunque resulte
De estas tres cualidades reunidas

Una misma substancia; de este modo
Aire, calor y soplo, agente ciego,
Una naturaleza forman juntos
Con esta fuerza activa que principia
A darles movimiento y hace nazca
Por la máquina toda el sentimiento:
Se oculta, pues, este primer agente

48 En lo más interior de nuestros cuerpos;
Partes más interiores no tenemos:
Es alma de nuestra alma, a la manera
Que el alma y el espíritu se juntan
En nuestros miembros y en el cuerpo todo
Secretamente, porque son formados
De pocos y pequeños elementos;

49 Este principio así, falto de nombre,
De átomos sutilísimos compuesto,
En el fondo se oculta de nosotros,
Y él es el alma de la misma alma,
Y señorea por el cuerpo todo:
El viento, el aire y el calor no pueden
Producir de este modo en nuestros miembros
La vida sin estar ellos mezclados;

50 Y aunque domine, o sea dominado
Uno de estos principios por los otros,
Juntos deben de hacer un solo todo

Para que no perezca el sentimiento,
Porque no rompan los vitales lazos
Obrando cada uno separado.

51 Aquel calor la cólera fomenta,
Da también a la sangre efervescencia,
Y arrojan fuego los airados ojos:
En el alma hay también mucha aura fría,
Compañera del miedo, que en los miembros
Excita horror, y hace temblar el cuerpo:
El aire, el más templado de los cuatro,
Es el que tranquiliza nuestros pechos
Y serena el semblante: predomina
En los pechos coléricos fogosos
El calor, pues se aíran fácilmente.

52 La furia violenta de leones
Así es principalmente, cuyos pechos
Se rompen con rugidos espantosos,
Ni su pecho coléricos tumultos
Puede ya recoger: por el contrario,
El viento hiela el alma de los ciervos,
Que excita un aire frío en sus entrañas
Con mayor rapidez, y por sus miembros
Hace que un general temblor se mueva.

53 Mas la naturaleza de los bueyes
Vive con aire mucho más templado.
Ni la hacha de la cólera aplicando

La causa daño, ni jamás la ofusca
Con los negros vapores de sus sombras,
Ni el helado pavón la pone torpe
Con tiros penetrantes: tiene el medio
Entre los ciervos y leones fieros.

54 La raza humana así es constituida;
Aun cuando perfeccione a ciertos hombres
La educación, no puede, sin embargo,
Borrar ella los rasgos dominantes
Que en el alma grabó la misma mano
De la naturaleza: no es posible
De ella arrancar el germen de los vicios:
De vehemente cólera arrastrado
Éste se precipita, aquél tentado
Es de la timidez, y aquel tercero
Se compadece más de lo que debe.

55 Hay en los caracteres diferencias
Esenciales, también en las costumbres,
Que son un resultado cuyas causas
Secretas explicarte yo no puedo:
Tampoco hallo los nombres suficientes
A las figuras de los elementos
De que esta variedad es producida:
Me parece poder asegurarte
Que no pudiendo reflexión y estudio

Destruir los vestigios primitivos,
Los debilitan tanto, que podemos
Pasar la vida bienaventurada

56 Con que los altos Dioses se deleitan.
La cubierta del alma es nuestro cuerpo,
Y ella misma del cuerpo es centinela
Y causa de salud; pues que se unen
Entre sí mismas estas dos substancias
Con raíces comunes, no se puede
Una de otra apartar sin destruirlas.

57 Si al incienso quitar su olor no es fácil
Sin que perezca su naturaleza,
De la misma manera es imposible
Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma
Sin que las dos substancias se disuelvan.

58 De esta manera la Naturaleza
Ha unido íntimamente sus principios
En el instante mismo de formarlas,
Y sujetálas a la misma suerte:
No pueden, pues, obrar ni sentir ellas
Sin darse mutuo auxilio: reunidos,
Empero, sus comunes movimientos,
Nos encienden la antorcha de la vida.

59 Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo,
Ni después de la muerte sobrevive.
Pues aquellas partículas de fuego,
Que contiene en sí el agua cuando hierve,
Pueden generalmente evaporarse
Sin que se descomponga la misma agua
Por esta agua: pero no así pueden
Los miembros resistir desamparados
La salida del alma; su tejido
Se rompe y se empodrece por entero,
Y mutuamente el peso de la vida
Aprenden a llevar desde muy tiernas

60 Estas substancias en el vientre mismo
De las madres; no pueden separarse
Sin perecer: y pues que están unidas
Mutuamente entre sí por conservarse,
Claro verás que su naturaleza
Debe en unión recíproca estrecharse.

61 Si alguno al cuerpo el sentimiento niega,
Y cree que recibe aquél el alma
Por estar derramada en todo el cuerpo,
Ataca abiertamente la evidencia.

62 ¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo
Sino porque está unido con el alma,
Como nos ha enseñado la experiencia?

63 El alma retirada, queda el cuerpo
De todo sentimiento despojado:
Pierde en la vida lo que no era suyo,
Y le roba la muerte mayor presa.

64 Pretender que los ojos nada vean,
Y que el alma divisa los objetos
A través de aberturas, es delirio:
Los sentidos nos dicen lo contrario;

65 Porque trae y recoge simulacros
El sentido en el órgano. Y a veces,
Cuando fijar la vista no podemos
En objetos brillantes, porque altera
Sus funciones la luz bastante viva,
¿Diremos que las puertas por do vemos
Experimentan sensación penosa?

66 Si esta suposición es admitida,
El alma ya verá mejor sin ojos,
Libre de estos estorbos de las puertas.

67 Ni del varón Demócrito presumas
Seguir el voto santo, que nos dice
Corresponder a cada un elemento
Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla
El lazo de los órganos compone;

68 Puesto que si del alma los principios
Más delicados son que los del cuerpo
Y vísceras, en número no exceden
Y con economía están partidos,
Y únicamente asegurar pudieras
Que entre los más pequeños elementos
Cuantos pueden causarnos sensaciones,
Hay divididas otras tantas partes
Del alma en nuestros miembros: no sentimos
El polvo que se pega a nuestro cuerpo
Y el afeite aplicado a nuestros miembros,
Ni el rocío nocturno, ni los hilos

69 Delgados de la araña, cuando andamos,
No sentimos meternos en sus redes,
Ni la camisa vieja que el insecto
Sobre nuestras cabezas caer deja,
Ni las plumas de aves, ni pelusas
Volantes, cuya extrema ligereza
Hace caer a veces lentamente;

70 Tampoco el paso de rastrero insecto,
Ni de los pies la huella señalada
Que dejan los insectos y mosquitos
En nuestro cuerpo; pues primeramente
Es preciso se ponga en movimiento
De átomos gran copia por el cuerpo,
Primero que los átomos del alma

A tan grandes distancias colocados
Puedan sentir aquellas impresiones
Y puedan reunirse, entrechocarse
Y alternativamente repelerse.

71 El espíritu es la esencial base
De la vida; por él nos conservamos
Mucho mejor que por el alma misma:
Sin espíritu y juicio ni un momento
Puede el alma quedar en nuestros miembros;

72 Sus más pequeñas partes se disipan,
Sigue a su compañero por los aires
Y deja sólo los helados miembros
El frío de la muerte: queda vivo
El hombre que conserva el juicio sano
Y el espíritu: el cuerpo, sin embargo,
Podrá ser mutilado, y su alma en parte
Y sus miembros perder; mas vive el tronco,
Y goza auras etéreas de la vida:
Si no es de toda el alma despojado,
Cualquier pequeña parte que subsista
Será bastante para darle vida:

73 Por eso, aun cuando, fueren desgarradas
Las partes que rodean a los ojos,
Si permanece intacta la pupila,
La potencia de ver está en su fuerza;

74 Como no hieras tú la cuenca entera,
Y cortes sólo las vecinas partes,
Y aisladamente dejes la pupila,
No dañará la vista: mas si un poco
Dañan del ojo aquella parte media,
Aunque por otra parte transparente
Estuviere la órbita sin daño,
Apágase la luz en el instante,
Y siguen las tinieblas: estas leyes
Unen siempre el espíritu y el alma.

75 Proseguiré diciéndote en canciones
Dignas de que te ocupen mientras vivas,
Que nacen los espíritus, y mueren
Con nuestro cuerpo las ligeras almas;

76 De un penoso trabajo prolongado
Mi canto es dulce fruto: bajo un nombre
Procura reunir estas substancias,
Pues juntas forman un compuesto solo:
Y cuando te enseñare, verbigracia,
Ser el alma mortal, cree que digo
Ser mortal el espíritu como ella.

77 Primeramente, porque te he enseñado
Constar el alma de pequeños cuerpos,
Y de elementos mucho más delgados
Que los del agua, o nubes, o del humo;

78 Puesto que en ligereza se aventaja,
Y muévese con un ligero impulso,
Como que obran los mismos simulacros
De las nubes y el humo sobre el alma:
Pues simulacros son de estos objetos
El humo y el vapor que en sueños vemos
Exhalarse y subir de los altares.

79 Por todas partes ves correr el agua
Cuando se hace pedazos algún vaso;
Pues si las nubes y humo se disipan
Por los aires, persuádete que el alma
Se disipa saliendo de los miembros,
Y que sus elementos se disuelven
Y perecen más pronto y velozmente.

80 Siendo del alma el cuerpo como vaso,
Por un mortal ataque descompuesto,
O perdida la sangre, enrarecido,
No puede detener su retirada.

81 ¿Podrás tú persuadirte la detenga
El aire, que es un fluido más raro?
Nacer, crecer y envejecer sentimos
El alma juntamente con el cuerpo:
Un cuerpo quebradizo y delicado
Sirve desde la infancia como cuna
A un ánimo tan débil como el alma:
Y los miembros la edad robusteciendo,

El consejo también se robustece,
Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:
Después, cuando el esfuerzo poderoso
De los años el cuerpo ha quebrantado,

82 Y, el brío entorpecido, decayeron
Las fuerzas de los miembros, el ingenio
Claudica, y el espíritu y la lengua
Delira, y faltan todos los resortes
De la máquina a un tiempo; luego el alma
También se descompone y se disipa
Como el humo en los aires, pues la vemos
Nacer y acrecentarse con el cuerpo
Y sucumbir al tiempo fatigada.

83 Como del mismo cuerpo se apoderan
Dolor agudo, enfermedades graves,
Del espíritu así el espanto y duelo
Y molestos cuidados: luego debe
Partícipe como él ser de la muerte.

84 La razón se perturba en las dolencias
Del cuerpo muchas veces: se apodera
Del alma la demencia y el delirio:
Y a veces un letargo profundísimo
La hunde en un sopor alto y eterno,
Los párpados se caen y la cabeza:
Ni oye las voces, ni conoce el rostro

De aquéllos que llamándola a la vida
La cercan y rodean derramando
Lágrimas en el rostro y las mejillas.

85 Es preciso confieses se disuelve
El ánimo también, pues le penetran
Los contagios del mal; amaestrado
Nos ha el acabamiento de otros muchos;

86 Dolor y enfermedad, entrambos juntos,
Son los fabricadores de la muerte.
¿Por qué razón, en fin, luego que el vino,
Este licor ardiente, ha poseído
Un hombre penetrando por sus venas,
Y su ardor escondió metido en ellas,
Están sus miembros graves y pesados,
Sus pies entorpecidos tartalean,
La lengua torpe, y embriagada el alma,
Fluctuantes los ojos, gritos, llantos
Y riñas y pendencias van creciendo,
Y lo demás que a la embriaguez se sigue?

87 Del vino, pues, la fuerte violencia
Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo.
Luego si puede una cualquier substancia
Perturbarse embargada, es necesario
Que de inmortalidad esté privada,
Y que perezca, hallándose ella expuesta
A una causa más fuerte irresistible.

88 De un accidente súbito atacado
Un hombre, cae en tierra a nuestra vista
Como herido de raya: espumajea,
Gime y tiemblan sus miembros,
Se enfurece, se atiesa, y el resuello
Apenas puede echar y se fatiga;

89 Con inquietud se vuelve a todos lados:
Del mal la violencia, derramada
Por los miembros, sin duda al alma llega
Y la trastorna: así en el mar salado
La fuerza impetuosa de los vientos
Hace hiervan las ondas espumosas.

90 Dolor es quien arranca los gemidos;
Los elementos de la voz echados
A un tiempo, de tropel se precipitan
Por el conducto que avezado hubiera
La familiar costumbre a despedirlos.

91 La demencia proviene de que el alma
Y espíritu se turban; separados
Con la fuerza del mal, sus facultades
Ejercen en desorden: pero cuando
El humor que causaba la dolencia
Otro giro tomó, y en escondrijos
El humor corrompido se metiera,
Como tambaleando se levanta,
Recobra poco a poco los sentidos;

92 Y vuelve a su razón: luego si tantas
Enfermedades en el cuerpo mismo
Al alma oprimen con oprobio y mengua,
¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo
Pueda el alma vivir allá en el aire
En medio de los vientos y borrascas?

93 Y pues que vemos que se cura el alma
Como el enfermo cuerpo, y que ella puede,
Restablecerse con la medicina;

94 Esto presagia ser mortal el alma.
Como toda substancia conocida
El alma viene a ser: es imposible
Mudar su estado sin juntar las partes,
Bien se las quiten, bien se las traspongan.

95 Pero si es inmortal una substancia,
Jamás permite el alterar su orden,
Ni sufre se acreciente o disminuya
El número que tiene de principios:
Porque todo aquel ser que ha traspasado
Los límites prescritos a su esencia
Haciendo mutaciones, deja al punto
De ser lo que antes era: luego el alma,
O bien enferme, o bien ya convalezca,
Da señales de muerte, como he dicho.

96 Tan fuertemente la verdad ataca
Al error, y le cierra la salida,
Y con raciocinar sólido y sabio
Se alza triunfante del sofisma vano.

97 Vemos, en fin, la consunción del hombre
Por grados a las veces; y sus miembros
Pierden uno tras otro el sentimiento.

98 Ante todo los pies, uñas y dedos
De lívido color vemos cogidos;
En seguida los pies y piernas mueren;

99 Las huellas de la helada muerte ganan
Después por grados los restantes miembros.
Así que, pues el alma se divide,
Ni al mismo tiempo puede existir toda,
Como mortal debemos reputarla.

100 Si acaso piensas que ella misma puede
Interiormente reunir sus partes,
Y recogerlas todas en un punto,
Dando a todos los miembros sentimiento,
Parece que el lugar donde se junta
Tanta copia de átomos debía
De mayor sentimiento estar dotado.

101 Pues como nada de esto se perciba,
Es preciso, como antes afirmamos,
Que el alma separada de sí misma

Parezca derramada por afuera.

102 Aunque una falsedad te concedamos
Suponiendo que el alma se recoge
En el cuerpo de aquellos moribundos
Que por grados la vida van perdiendo,
Debe, no obstante, ser mortal el alma.

103 No importa que esparcida por los aires
Perezca el alma, o en ocultas partes
Se embrutezca, si el hombre va perdiendo
Gradualmente vida y sentimiento.

104 Y supuesto que el alma es aún parte
Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto,
Así como los ojos, las orejas.

105 Y los demás sentidos que nos guían;
Y no pudiendo separadamente
Existir, ni sentir la mano, el ojo
O la nariz fuera de nuestro cuerpo,
Antes bien al instante se corrompen;

106 Por sí existir tampoco puede el alma
Sin el cuerpo, que viene a ser su vaso,
U otra cosa más íntima, pues juntos
Forman tan solamente una substancia.

107 Últimamente; unidos cuerpo y alma,
Se conservan y existen mutuamente:
Porque el alma del cuerpo separada

No produce vitales movimientos
Aisladamente, ni sin alma el cuerpo
Existe y ejercita los sentidos.

108 Y si arrancado de raíz un ojo,
Separado del cuerpo enteramente,
No puede distinguir objeto alguno,
El alma y el espíritu no pueden
Por sí del mismo modo alguna cosa.

109 Los elementos, pues, diseminados
Por venas, huesos, vísceras y nervios,
Dentro de todo el cuerpo prisioneros,
No pueden apartarse libremente
A unas grandes distancias, encerrados
Ejercen los vitales movimientos;

110 Los que no existen fugitiva el alma
Fuera del cuerpo, echada por los aires,
Por no estar ya sujetos sus principios;

111 Aire animado podría ser el alma,
Si estrecharse pudiera el alma misma,
Y su actividad fuera tan ceñida
Cual lo era antes en el mismo cuerpo.

112 Repito, pues: disuelta la cubierta
De todo el cuerpo, y las vitales auras
Fuera del cuerpo echadas, se disuelve

Del ánimo y del ama el sentimiento,
Como que son efectos de una causa.

113 No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo
La partida del alma sin que exhale
Fétido olor después de corrompido,
¿Dudas que el alma descompuesta escape
De lo íntimo del cuerpo como humo?

114 Y qué ¿tan grande alteración del cuerpo,
De sola corrupción originada,
Y su ruina general no anuncian
Que el alma de su puesto fue arrojada,
Y que sus partes por los miembros manan
Por los conductos que hay en todo el cuerpo?

115 Esto comprueba haber salido el alma
Dividida primero por los miembros,
Y que en el mismo cuerpo descompuesta,
En el fluido aire después nada.

116 Aun no dejando el alma muchas veces
La mansión de la vida, trastornada
Por alguna violenta sacudida,
Parece va a marchar; todos los miembros
Se aflojan, y el semblante desfallece
Como en la postrer hora, y vacilantes
Todos los miembros caen de exangüe cuerpo.

117 Este estado presenta un desmayado
O un hombre que perdió el conocimiento:
Terrible ataque, en que las fuerzas todas
Desea recoger por conservarse
La máquina, pues cae el alma entera,
Y se desploma con el cuerpo entonces;

118 Y pereciera, si llegase el choque
A hacerse más violento. Últimamente:
¿Creerás que escapada de los miembros,
Sin poder resistir ataque externo,
Sin defensa ni abrigo, existir pueda,
No digo eternamente, un solo instante?

119 Ni un moribundo siente cuando sale
El alma libremente de su cuerpo,
Por la garganta al paladar subiendo:
Pero en el mismo sitio ella perece
En que naturaleza la pusiera,
Así como perecen los sentidos.

120 Si ella fuera inmortal, no se quejara
Sintiendo disolverse con la muerte:
Antes con la alegría se partiera
Y saldría del cuerpo a la manera
Que deja sus despojos la culebra
O cuernos elevados ciervo añoso.

121 La sensibilidad y el raciocinio
¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza
Ni en los pies o las manos jamás nacen?

122 ¿Por qué se unen en sitio y región cierta,
Sino porque les dio naturaleza
A entrambos un lugar determinado
Para nacer en él y conservarse?

123 Así de muchos modos lo ha dispuesto
En favor ella de los miembros todos,
Para que nunca su orden invirtiesen.

124 Los efectos y causas se encadenan
Con tanta proporción; pues ni la llama
Tuvo costumbre de nacer en ríos,
Ni el hielo acostumbró a salir del fuego.

125 Pero sí el alma por naturaleza
Es inmortal, y si de nuestro cuerpo
Separada, conserva el sentimiento,
A mi entender la das cinco sentidos:
No podemos nosotros figurarnos
Vagar en Aqueronte de otro modo
Las almas de los muertos, como hicieron
Los antiguos poetas y pintores,
Que las imaginaron con sentidos.

126 Pero no puede el alma sin el cuerpo
Tener ojos, narices, ni aun las manos;
Ni sentir, ni existir sin alma pueden
La lengua y las orejas por sí mismas.

127 Y pues sentimos por el cuerpo todo
La vida el sentimiento difundido,
Y en general lo vemos animado;

128 Si alguna fuerza el tronco separando
Con un rápido golpe de repente,
Sin duda a un tiempo el alma dividiera,
Y junta con el cuerpo la tumbara
Cortada en dos mitades. La substancia
Que se divide en partes nos declara
No ser eterna su naturaleza.

129 Dicen que cortan los falcados carros
Los miembros del guerrero encarnizado
Con tanta rapidez en la pelea,
Que se ve palpitar aquella parte
Cortada por el suelo antes que el alma
Cogida del dolor su falta sienta:
Bien la celeridad del mal la robe
El sentimiento, o bien que el alma entera
Con el recio combate enardecida
Lo restante del cuerpo sólo emplea
En dar o prevenir mortáles golpes.

130 Su brazo izquierdo y su broquel perdidos
Por entre los caballos, otro ignora
Haberse destrozado por las nuedas
Y las hoces rapaces. Presuroso
Los muros escalando, éste no advierte
Que en tierra se cayó su mano diestra:
Aquel otro procura levantarse
En la pierna cortada, cuando al lado
Agita el moribundo pie los dedos
En el suelo. Y cortada la cabeza,
Calor y vida el tronco conservando,
Un semblante animado guarda en tierra

131 Y los ojos abiertos mientras fueron
Las reliquias del alma disipadas.
Si quieres dividir en muchas partes
La cola de serpiente corpulenta,
La cual vibra amenazas por su lengua,
Verás atormentarse cada parte
Con la reciente herida aisladamente,
Y la verás llenar de podre el suelo,
Y la parte anterior con furia herida,
A sí misma se daña por la espalda
Con propio diente de dolor rabiando.

132 ¿Diremos, por ventura, que hay un alma
En cada trozo de éstos? ¿No sería
Llenar un animal de muchas almas?

133 Luego fue con el cuerpo dividida
La única alma que había: pues mortales
Entrambas son, puesto que se dividen.

134 Si el alma es de inmortal naturaleza,
Si al nacer en el cuerpo se insinúa,
¿Cómo es que no podemos acordarnos
De la vida pasada, ni tenemos
De los antiguos hechos resto alguno?

135 Si el alma padeció tan gran mudanza
Que se olvidó de los pasados hechos,
Yo creo que este estado se parece
A la muerte; confiesa, pues, que el alma
De otro tiempo murió, y la del presente
Ha llegado a formarse nuevamente.

136 Si ya perfecto el cuerpo se insinuase
En nosotros el alma al misino tiempo
Que somos engendrados y pisamos
El umbral de la vida, no la vieras
Con los miembros crecer y con el cuerpo
En nuestra misma sangre: antes debía
Como en jaula vivir para sí misma,
Separada del cuerpo que ella anima:
Digamos sin cesar tener origen
Las almas, sin librarse de la muerte.

137 Es imposible que substancia extraña
Con tanta intimidad pudiese unirse
A nuestros cuerpos contra la experiencia;

138 Por venas, nervios, vísceras y huesos
Extenderse de modo, que aun los dientes
Participan de cierto sentimiento,
Como lo indica el mal y tiritona
Que causa el agua fría que bebemos
Y la piedra mascada en el sustento.

139 Añádase que, como estrechamente
Está unida a la máquina, no puede,
Sin que primero se disuelva toda,
El alma verse libre de los nervios
Y de los huesos y articulaciones.

140 Porque si crees tú que el alma corre
Como fluido extraño por los miembros,
Perecerá más pronto con el cuerpo;

141 Puesto que la fluidez es un estado
De disolverse un cuerpo y darle muerte:
Por tanto, nuestro cuerpo se reparte.

142 Si colando en los miembros los sustentos
Toman de suyo otra naturaleza;
El ánimo y el alma así, aunque enteros,
Cuando penetran en reciente cuerpo,
Deben descomponerse circulando;

143 Por todos los conductos esparcidas
Sus partículas, dentro de los miembros
Forman un alma nueva, nueva reina
De nuestro cuerpo, hija de la primera,
Que repartida entonces por los miembros,
Perece: por lo cual no está privada
De nacimiento, ni de muerte exenta.

144 ¿Quedan por fin, o no, semillas de alma
En exánime cuerpo? Pues si quedan,
Por inmortal no puede ser tenida;

145 Con pérdida de partes se ha alejado;
Mas si al contrario, con enteros miembros
Robada se fugó, de tal manera
Que no deja en el cuerpo parte alguna,
¿Por qué razón podridas las entrañas,
Un cadáver da vida a los gusanos?

146 ¿Cómo tan grande copia de animales
Despojados de huesos y de sangre
Se ve bullir por los hinchados miembros?

147 Si crees que las almas de gusanos
Como extrañas substancias han podido
Juntarse por fortuna con sus cuerpos;

148 Si tantas almas súbito allegadas
Después de la partida de una sola
No te proponen reflexión alguna;

149 A una cuestión responde, sin embargo,
Que es preciso te hagamos: ¿cada una
De estas almas escoge la semilla
Que ella quiere animar, y se fabrica
Alguna habitación para si misma,
O en los cuerpos formados se insinúan?

150 Yo no encuentro razón para que se hagan
Su prisión ellas mismas con trabajo,
Las que sin cuerpo vuelan al abrigo
De enfermedad, de frío, de hambre y males
Que le han cabido al cuerpo por herencia,
Y que el alma en unión experimenta:
Mas demos que le sea ventajoso
Un cuerpo fabricarse y habitarle;

151 Yo no se cómo pueden hacer esto:
Luego cuerpos y miembros no fabrican
Las almas para sí, ni se insinúan
En cuerpos hechos: dame tú lecciones
De cómo están unidos cuerpo y alma.

152 ¿Por qué el bravo león, en fin, conserva
Lo feroz de su especie? ¿Por qué heredan
Las zorras el ardid, la huida el ciervo?

153 ¿Y sus miembros agita el pavor patrio?
¿Por qué espirituales afecciones
Que nacen y se engendran con nosotros,

Sino porque el espíritu, teniendo
Su germen y elementos como el cuerpo,
Crecen con todo él al mismo tiempo,
Y del alma se van desenvolviendo
Las cualidades? Pues si inmortal fuese,
Si de uno en otro cuerpo se pasara,
Andarían revueltas las costumbres
De las bestias: se viera con frecuencia
Huir de Hircania el perro la embestida

154 De algún ciervo cornudo, y temblaría
Gavilán fugitivo por los aires
De la paloma: fuera el hombre necio,
Y el bruto sabiamente discurriera.

155 En vano intentan por salir del paso
Que por ser inmortal se muda el alma
Mudando el cuerpo; todo ser mudable
Se disuelve y perece sin remedio,
Porque desordenadas y traspuestas
Sus partes son: luego las almas deben
Desatarse en los miembros, y morirse,
Sin quedar parte suya con el cuerpo.

156 Si dicen que las almas de los hombres
Se pasan siempre a miembros humanales,
Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa
Se puede volver necia un alma sabia?

157 No hay niño, alguno que prudente sea,
Ni tiene el potro la destreza y brío
Del bruto belicoso: el alma tiene
Su germen propio, que se desenvuelve
Y juntamente con el cuerpo crece.

158 Dirán, en fin, por última salida,
Que ella rejuvenece en tierno cuerpo;
La confinas mortal forzosamente,
Pues no puede sufrir tan gran mudanza
El alma por los miembros, sin que pierda
La vida y sentimiento que antes tuvo.

159 ¿Cómo robustecida con el cuerpo
Podrá junto con él tocar el alma
La flor gustosa de la edad que anhela,
Si no nace con él? ¿Por qué desea
Abandonar en la vejez sus miembros?

160 ¿Teme acaso quedarse ella encerrada
En un cuerpo podrido, o que se hunda
Su vieja casa sobre si cansada?

161 Empero lo inmortal no corre riesgo.
Ridículo es, en fin, imaginarse
Estar prontas al coito las almas,
Y a partos de animales, como enjambres
De inmortales substancias esperando
Mortales miembros, y entre sí luchando

Por entrar en el cuerpo la primera
Cada cual de ellas, o entre sí conciertan,
Por evitar disputas, que se meta
La que con más presteza se acercare.

162 Ni el árbol en el aire, ni las nubes
En el profundo mar, existir pueden,
Ni en los campos vivir pueden los peces,
Ni se puede dar sangre en la madera,
Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto
Cada ser donde crezca y donde exista:
No puede el alma así nacer aislada,
Y no puede existir sin sangre y nervios:
Con más razón podría estar el alma
En la cabeza u hombros, o talones,
Y pudiera nacer en cualquier parte,
Y en el mismo hombre y vaso se quedara.

163 Pues si estamos seguros tiene el alma
Y espíritu en el cuerpo lugar fijo,
En donde pueden ir creciendo a un tiempo
Y tener existencia, afirmaremos
Que no pueden nacer y durar fuera:
Luego cuando la máquina perece,
Preciso es que también perezca el alma.

164 Si es locura el juntar mortal a eterno,
Y suponer que están en armonía,
Haciendo mutuamente sus funciones;

165 ¿Se puede imaginar más ardua cosa,
Más distinta y opuesta que juntarse
Una perpetua e inmortal substancia
Con la mortal, haciéndolas que sufran
En mutua unión borrascas espantosas?.

166 Pero subsiste un cuerpo eternamente,
Porque su solidez resiste el choque;
Él es impenetrable, indisoluble,
Como los elementos de materia
Cuya naturaleza he declarado:
O porque no se halla expuesto al choque,
Como el vacío, este impalpable espacio
Donde la destructora acción se pierde:
O porque algún espacio no le cerca
Que pueda contener en cierto modo
Sus reliquias disueltas, como el todo
Cuyas partes no escapan por defuera,

167 Ni hay cuerpos que las choquen y desunan:
Pero del alma la naturaleza
No es de algún cuerpo sólido compuesta,
Porque hay vacío, como te he enseñado:
No lo es como vacío, pues hay cuerpos
En la suma infinita que atacando
Con violencia y rapidez, la pueden
Trastornar y ponerla en gran peligro.

168 Existe de seguro espacio inmenso
Do sus elementales partes pueden
Ser dispersadas, o de cualquier modo
El alma perecer: no se han cerrado
Las puertas de la muerte para el alma.

169 Si inmortal puede ser esta substancia,
Sin peligro de causas destructoras,
Será porque estas causas no la toquen
O porque antes que lleguen se rechazan,
Sin que podamos percibir el daño;

170 Pues los males del cuerpo el alma enferman,
Y la consume a veces lo futuro,
Y la fatiga con cuidado y miedo,
Y los pasados crímenes la roen:
Junta a esto el furor propio del alma
Y un olvido absoluto de las cosas,
Y hundirse en negras ondas del letargo.

171 La muerte nada es, ni nos importa,
Puesto que es de mortal naturaleza:
Y a la manera que en el tiempo antiguo
No sentimos nosotros el conflicto
Cuando el cartaginés con grandes fuerzas
Llegó por todas partes a embestirnos;

172 Cuando tembló todo el romano imperio
Con trépido tumulto, sacudido
De horrible guerra en los profundos aires;

173 Cuando el género humano en mar y tierra
Suspenso estuvo sobre cuál de entrambos
Vendría a subyugarle; pues lo mismo,
Luego que no existamos, y la muerte
Hubiere separado cuerpo y alma,
Los que forman unidos nuestra esencia,
Nada podrá sin duda acaecernos
Y darnos sentimiento, no existiendo:
Aunque el mar se revuelva con la tierra,
Y aunque se junte el mar con las estrellas.

174 Y aunque el alma y espíritu tuvieran
Sensaciones después de divididos,
Interés no tomáramos en ello;

175 Siendo nosotros sólo el resultado
Del enlace y unión del alma y cuerpo:
Ni aunque después de muertos recogiese
Nuestra materia el tiempo, y la juntase
Segunda vez como al presente se halla,
Y a la luz de la vida nos volviese,
Este renacimiento nada fuera
Siendo una vez cortada la existencia.

176 Ninguno de nosotros se molesta
Por lo que un tiempo fue, ni se entristece
Por los sujetos que ha de hacer el tiempo
De la materia nuestra. Pues si miras
La inmensidad de los pasados siglos
Y la asombrosa variedad que tienen
Todos los movimientos de materia,
Podrás tú conocer muy fácilmente
Que en el orden actual se han combinado
Más de una vez los mismos elementos.

177 Esto no lo comprende la memoria,
Porque ha mediado pausa en nuestra vida
Y se han extraviado los principios
De nuestras almas con los movimientos
Nuevos enteramente a los sentidos.

178 No hay, pues, por qué temer desgracia alguna
Si se vive aquel tiempo que podría
Dejarse ésta sentir. Como la muerte,
Quitando de la vista aquel sujeto
A quien pueden caber los infortunios
Que sufrimos nosotros al presente,
Su existencia anterior del todo anula,
Nada debe temer; ni desgraciado
Se puede hacer el hombre que no existe:

Y aquél a quien robó la eterna muerte
Una vida mortal, se halla lo mismo
Que si nunca jamás nacido hubiera.

179 Por eso, cuando veas indignarse
Un hombre por la suerte que le espera
Después de muerto, por servir de pasto
A los gusanos, o por ser quemado,
O desgarrado con ferinos dientes,
No es en verdad sincero, y en su pecho
No advierte la inquietud mal desenvuelta:
Si le oímos no duda que la muerte
Acabe en él cualquiera sentimiento:
Pero no es consiguiente, me parece:
No muere todo él, y sin saberlo
Deja subsistir siempre parte suya.

180 Pues cuando en vida llega a imaginarse
Que será desgarrado su cadáver
Por las aves y fieras, se lamenta
De su mismo infortunio y desventura;

181 Porque no se despoja de sí mismo
Ni del caído cuerpo se retira
Bastante el infeliz, y se figura
Que existe aún, y sin dejar su lado,
Le anima con su propio sentimiento:
Porque si es ciertamente una desgracia
En la muerte servir de pasto a fieras,

Encuentro yo no ser menos sensible
Ser tostado con fuegos y con llamas,
O ahogado con la miel, o bien transido
De frío, cuando yace en el sepulcro
De mármol frío, y ser pisoteado

182 Además de oprimido con la tierra.
No te verá ya, empero, alegre casa,
No te verá la esposa virtuosa,
Ni los dulces hijuelos al encuentro
Saldrán corriendo a arrebatar tus besos
De tácita dulzura hinchendo el pecho:
Ni a ti, ni a tus amigos escudarte
Podrás jamás con tus gloriosos hechos:
«¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día
Fatal te roba todas las delicias
De la vida feliz»; pero no añaden:
«Ya no te queda sentimiento alguno.»

183 Si esta verdad tuvieran bien sabida,
Y siguiera la práctica a sus dichos,
De gran pena y de miedo se libraran.

184 En un sopor tus párpados sumidos
Con la muerte, en los siglos venideros
No te molestarán seguramente
Dolores melancólicos: empero,

Al lado de las lúgubres hogueras
Derramaremos lágrimas a mares
Nosotros sobre ti, ya hecho ceniza;

185 Ni el tiempo borrará de nuestro pecho
El eterno dolor. Si preguntamos
Qué significa amor tan acendrado,
Si todo para en sueño y en reposo,
¿A qué podrirnos en perpetuo llanto?

186 También de corazón dicen los hombres
En los convites, con la copa en mano
Y sombreando el rostro las guirnaldas:
«Entreguémonos, pues, al regocijo;

187 El fruto del placer se pasa luego;
Muy pronto va a dejarnos para siempre.»
El mal primero que en la muerte temen
Es que a los miserables los abrase
La sed, y los devore la sequía,
O los moleste otro cualquier deseo.

188 Nadie a sí y a la vida echa de menos
Cuando en sueño reposan cuerpo y alma,
Pues aunque este reposo eterno sea,
Ni nos moleste falta de existencia,
No se han extraviado, sin embargo,

Tan lejos los sensibles movimientos
Durante el sueño, que, despierto el hombre,
No pueda colocarlos como antes.

189 Pues la muerte impone mucho menos
Que el sueño, si es posible tenga grados.
La nada, ¿por qué causa mas desorden
Y confusión la muerte en los principios,
Y no permite que despierte el hombre
Que una vez consiguió reposo frío?

190 Si de repente, en fin, la voz alzara
Naturaleza, y estas reprensiones
A cualquier de nosotros dirigiera:
«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?

191 ¿Por qué te das a llanto desmedido?
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?
Si la pasada vida te fue grata,
Si como en vaso agujereado y roto
No fueron derramados tus placeres,
E ingrata pereció tu dicha entera,
¿Por qué no te retiras de la vida
Cual de la mesa el convidado ahíto,
¡Oh necio! y tomas el seguro puerto
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,
Has dejado escapar todos los bienes
Que se te han ofrecido, y si la vida

192 Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas
Multiplicar los infelices días
Que en igual desplacer serán pasados?

193 ¿Por qué no pones término a tus penas,
y a tu vida más bien? Pues yo no puedo
Inventar nuevos modos de deleite
Por más esfuerzos que haga; siempre ofrezco
Unos mismos placeres: si tu cuerpo
No se halla aún marchito con los años,
Ni tus ajados miembros se consumen,
Verás, no obstante, los objetos mismos,
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante
De los futuros siglos, y aunque nunca
A tu vida la muerte sujetare».

194 ¿Qué responder a la naturaleza,
Sino que es justo el pleito que nos pone,
Y es clara la verdad de sus palabras?

195 Mas si sumido alguno en la miseria
Al pie de su sepulcro se lamenta,
¿No será su clamor mucho más justo,
Y nos reprenderá con voz robusta?

196 «Vete de aquí, insensato, con tus llantos;
No me importunes más con tus quejidos».
A este otro, empero, que los años rinden,
Que en sus últimos días aún se queja:

«¡Insaciable, dirá, tú que has gozado
De todos los placeres de la vida,
Aun te arrastras en ella! Consumido
En los deseos del placer ausente,
Despreciaste el actual, y así tu vida
Se deslizó imperfecta y disgustada,
Y sin pensarlo se paró la muerte
En tu misma cabeza, que antes lleno

197 Y satisfecho de la vida puedas
Retirarte: la hora es ya llegada:
Deja tú mis presentes; no son propios
De la edad tuya: deja resignado
Que gocen otros, como es ley forzosa.»

198 Con razón a mi ver, reprendería,
Y con razón se lo echaría en cara,
Porque a la juventud el puesto cede
La vejez ahuyentada, y es preciso
Que unos seres con otros se reparen:
Ninguna cosa cae en el abismo,.

199 Ni en el Tártaro negro: es necesario
Que esta generación propague otra:
Muy pronto pasarán amontonados,
Y en pos de ti caminarán: los seres
Desaparecerán hora existentes,
Como aquéllos que hubiesen precedido.

200 Siempre nacen los seres unos de otros,
Y a nadie en propiedad se da la vida;
El uso de ella se concede a todos.

201 Mira también los siglos infinitos
Que han precedido a nuestro nacimiento
Y nada son para la vida nuestra.

202 Naturaleza en ellos nos ofrece
Como un espejo del futuro tiempo.
Por último, después de nuestra muerte,
¿Hay algo aquí de horrible y enfadoso?

203 ¿No es más seguro que un profundo sueño?
Y hallamos en la vida ciertamente
Cualquier horror que en Aquerón profundo
Dicen haber. El infelice Tántalo
De espanto helado bajo enorme peña
Amenazante teme como es fama;

204 Vano temor de dioses irritados
E incertidumbre de futura suerte
Acongoja al varón supersticioso
Mucho más que ese trémulo peñasco.

205 Tampoco a Ticio en Aquerón tendido
Devoran aves; ni en su vasto pecho
Algo que escudriñar encontrarían
Por una eternidad seguramente;

206 Aunque nueve yugadas ocupasen
Sus miembros y su vasta corpulencia,
O aunque toda la tierra él ocupara:
Ni un eterno dolor sufrir podría,
Ni ser su cuerpo pasto perdurable:
Para nosotros es de cierto Ticio
Aquél a quien amor ha derribado;

207 Éste es despedazado por las aves,
Y a éste consume pena roedora;
O rasgan los cuidados sus entrañas
De otra cualquier pasión con el deseo.

208 En la vida tenemos a la vista
Sísifo también, el cual se obstina
En pretender del pueblo las segures
Crueles y los fasces, se retira
Desatendido siempre y con tristeza:
El pretender el mando, que no es nada,
Sin conseguirlo nunca y de continuo
Sufrir duro trabajo por lograrlo,
Esto es mover la peña con ahínco
De un monte hacia la cima, la cual rueda
Sin embargo, otra vez; desde la cumbre
Busca precipitada las llanuras.

209 Estar apacentando siempre el hombre
A su alma colmándola de bienes
Sin hartarse jamás; ver de estaciones

La vuelta anual, y recoger los frutos;

210 Embriagarse en sus dulzuras varias,
Y con estas ventajas no saciarse,
Esto es a mi entender, según nos cuentan,
Echar el agua jóvenes doncellas
En vaso agujereado sin llenarle.

211 Empero ya las Furias y Cerbero,
Y tenebroso Tártaro, lanzando
Horribles llamaradas por sus bocas,
Ni existen, ni existir pueden de cierto.

212 Porque aquí los insignes malhechores
Con miedo igual a sus delitos pagan
Su merecido, y lastan sus maldades
La cárcel, y el horrible precipicio
De la roca Tarpeya, los azotes,
La tortura, la pez, columna, teas,
Láminas, y si faltan los verdugos,
Sobresaltada la conciencia misma
Su corazón desgarra a latigazos
Y martiriza con remordimientos.

213 La incertidumbre de futura suerte
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo
Tendrán por fin un término sus males,
Y temen que se agraven en la muerte:
La vida es el infierno de los necios.

214 .....

Puedes también decirte tú a ti mismo,
Hombre injusto, a las veces: «el buen Anco
Perdió también la lumbre de sus ojos,
Teniendo más virtudes que tú tienes:»

215 Murieron muchos reyes y señores
Que dominaron gentes poderosas:
Murió también, y abandonó su alma
El cuerpo moribundo de aquel mismo
Que antiguamente anduvo por los mares,
Y enseñó a caminar a sus legiones
Y a marchar sobre el mar hondo y salado,
Y despreció la cólera del Ponto,
Desafiando bramadoras olas.

216 Escipión, aquel rayo de la guerra,
El terror de Cartago, dio sus huesos
A la tierra cual siervo de vil precio:
Los inventores de las ciencias y artes,
También los compañeros de las Musas,
Y el mismo Homero, soberano de ellos,
En el mismo reposo que los otros
Dormido se quedó, y últimamente,
Cuando sintió Demócrito caduco
Que iba ya la vejez debilitando
Los resortes del alma, salió él mismo
A ofrecer a la muerte su cabeza

217 De propia voluntad: murió Epicuro,
Que en ingenio venció a la raza humana,
Y eclipsó todos los brillantes genios
Como el naciente sol a las estrellas.

218 ¿Y de morir tú dudas, y te indignas,
Tú a quien la vida es muerte continuada,
Sintiéndote morir a cada instante?

219 ¿Que pasas grande parte de tu vida
En dormir y roncar, aunque despierto,
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta
El alma con quiméricos terrores?

220 Ni puedes dar a veces con la causa
De tu dolencia, cuando miserable
Te rodea inquietud devoradora,
Y pierdes la cabeza e irresoluto
En el incierto error del alma vagas.

221 Si fuera fácil conocer los hombres
Estas causas del mal que el pecho oprimen
Con su tamaña mole, como sienten
El peso abrumador que los aplana,
Tan desgraciada vida no pasaran,
Ni se les viera andar en busca siempre
De aquello que no saben que desean,
Mudando de lugar, como si fuera
Posible descargarse de aquel peso.

222 Uno a las veces deja su palacio
Por huir del fastidio de su casa,
Y al momento se vuelve, no encontrando
Algún alivio fuera a sus pesares:
Corre a sus tierras otro a rienda suelta,
Como a apagar el fuego de su casa;

223 Se disgusta de pronto cuando apenas
Los umbrales pisó, o se rinde al sueño
Y procura olvidarse de sí mismo,
O vuelve a la ciudad de nuevo al punto:
Cada uno a sí se huye de este modo:
Mas no puede evitarse; se importuna,
Y siempre se atormenta vanamente:
Porque enfermo, no sabe la dolencia
Que padece; si bien la conociera,
Dejando a un lado ya todo remedio,
Antes se dedicara a la noticia
De la naturaleza de las cosas,

224 Supuesto que tratamos al presente,
No del destino sólo de una hora,
Sino de aquel estado perdurable
Que sigue a los mortales en la muerte.

225 ¿Qué tamaño deseo de la vida
Mal fundado, por último, nos fuerza,
A temblar en peligros tan dudosos?

226 El plazo de la vida está marcado
A todos los mortales: no es posible
Huir la muerte sin partirnos luego.

227 Además, que viviendo mucho tiempo,
La misma tierra siempre habitaremos,
Ni con vivir nuevo placer se inventa;

228 El bien que no tenemos nos parece
El mayor bien de todos: conseguido,
Suspiramos por otro; y anhelantes,
Deseo sucesivo de la vida
Nos aprisiona siempre: incertidumbre
Hay de lo porvenir y de la suerte
Que nos prepara y trae la edad futura.

229 Ni por más que alarguemos nuestra vida
Algún tiempo robamos a la muerte;
Sus víctimas seremos sin remedio:
Si la revolución de muchos siglos
Fuese posible ver, eterna muerte
No por eso dejara de aguardarnos;

230 Y aquél que acaba de cubrir la tierra
No estará muerto ya por menos tiempo
Que el otro que murió mil años antes.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IV

✦

1 Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,
Y agotarlas del todo; y me da gusto,
Cortando nuevas flores, rodearme
Las sienes con guirnalda brilladora,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno, las divinas musas:
Primero, porque enseño, cosas grandes,
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora;

2 Después, porque tratando las materias
De suyo obscuras con pieria gracia,
Hago versos tan claros: ni me aparto
De la razón en esto: a la manera
Que cuando intenta el médico a los niños
Dar el ajenjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel, para que pasen
Sus inocentes labios engañados
El amargo brebaje del ajenjo,
Y la salud les torne aqueste engaño,
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;

3 Así yo ahora, pareciendo austera
Y nueva y repugnante esta doctrina
Al común de los hombres, exponerte
Quise nuestro sistema con canciones
Suaves de las musas, y endulzarle
Con el rico sabor de poesía:
¡Si por fortuna sujetar pudiera
Tu alma de este modo con enlabios
Armónicos, en tanto que penetras
El misterio profundo de las cosas
Y en tal estudio el ánimo engrandeces!

4 De los átomos, pues, las cualidades
Y la diversidad de sus figuras
Antes de demostrado, y cómo giran
De suyo eternamente en el espacio
Los dichos elementos de las cosas,
Y cómo pueden producirse de ellos
Todos los seres: puesto que he enseñado
Cuál es del alma la naturaleza,
Y a qué principios debe su existencia
La actividad que tiene unida al cuerpo,
Y cómo en sus primeros elementos
Se resuelve después de separada;

5 Ahora daré principio a una materia
Que se une íntimamente a lo que he expuesto.
Digo que existen cuerpos a quien llamo

Simulacros, especies de membranas,
Que, de las superficies de los cuerpos
Desprendidos, voltean por el aire
Al azar, de continuo, noche y día,
Y el espíritu agitan con terrores,
Nos hacen ver figuras monstruosas
Y espectros y fantasmas horrorosos
Que el sueño nos arrancan muchas veces:,
No creamos quizá que de Aqueronte

6 Las almas huyen, y las sombras vuelan
Entre los vivos; ni después de muertos
Puede quedar alguna parte nuestra,
Cuando el cuerpo y el alma separados
Se vuelven a sus propios elementos.

7 Pues de la superficie de los cuerpos
Digo salir efigies y figuras
De gran delicadeza, que llamamos
Membranas, o cortezas, porque tienen
La misma forma y la apariencia misma
Que los cuerpos de donde se separan
Para andar por los aires esparcidas.

8 El hombre más estúpido bien puede
Conocer la existencia de estos cuerpos:
Primero, porque existen muchos seres
Cuyas emanaciones son muy claras:
En unos se difunden libremente

Sus partes separadas, como el humo
Que sale de la leña, y los vapores
Que despiden los fuegos: una tela
En otros viene a ser mejor urdida;

9 Así en estío dejan las cigarras
Las túnicas añosas, y desprenden
Los nacientes becerros las membranas,
Y la serpiente lúbrica en las zarzas
Se despoja también de su camisa,
Pues vemos los zarzales coronados
Con aquellos despojos voladores:
Y puesto que sucede lo que digo,
Debe la superficie de los cuerpos
Enviarnos imágenes iguales,
Aunque sutiles; porque de otro modo
No se puede explicar cuál es la causa

10 De que existan figuras tan groseras,
Más bien que las sutiles y delgadas,
Siendo la superficie de los cuerpos
De infinitos corpúsculos compuesta,
Los que apartados pueden conservarse
En el orden y forma que tenían,
Y arrojarse con tanta ligereza
Cuanto menos obstáculos se oponen,
Por ser tan delicados y sutiles
Y estar en superficie colocados.

11 Porque vemos salir seguramente
Partículas sinnúmero, no sólo
De lo interior del cuerpo, como dije,
Antes bien de su misma superficie,
Como el color. Esto hacen las cortinas
Amarillas y negras y encarnadas
Que cuelgan de las vigas y columnas,
Y flotan en teatros espaciosos;

12 Porque allí con sus brillos tembladores
Espectador y escena toda embisten,
Y a senadores, dioses y matronas
De móvil luz coloran: más vistoso
Y encantador al ojo es su reflejo
La luz robando al día, si el recinto
Del teatro cerrare exactamente.

13 Luego enviando de la superficie
Colores estos lienzos, todo cuerpo
Debe enviar también efigies finas,
Pues dela superficie salen ambas.

14 Tenemos así ya señales ciertas
De las formas que vuelan por el aire
Con tan finos contornos, que no pueden
Verse tomadas separadamente.

15 Si además el olor, calor, el humo
Y otras emanaciones semejantes
Aquí y allí se esparcen, es por causa
Que de adentro del cuerpo desprendidas
No encuentran su salida en línea recta;

16 Por sendas tortuosas se dividen,
Por medio de las cuales se abren paso:
De los colores la sutil membrana
Que sale de la misma superficie
No puede ser de obstáculo rasgada.

17 En fin, los simulacros que observamos
En espejos, en agua, en brilladuras,
Siendo de todo punto semejantes
A los objetos que ellos representan,
Por sus mismas imágenes se forman.

18 Luego ya no hay razón para que existan
Las efigies groseras de los cuerpos
Mejor que aquellas otras delicadas.

19 Porque todos los cuerpos nos envían
Similares imágenes delgadas,
Que nadie puede ver aisladamente;

20 Antes sus emisiones reflejadas,
Y juntas, de continuo por espejos,
Los órganos nos hieren: de otro modo

No fuera tan exacta y adecuada
La completa visión de los objetos.

21 La grande sutileza de la imagen
Voy a explicarte, porque sus principios
Son infinitamente más delgados
Y más imperceptibles a la vista
Que los mismos corpúsculos que empiezan
A no poderse ver. Atiende en breve,
Por dejarte del todo convencido,
De qué delicadeza están dotados
De la materia toda los principios.

22 Existen animales tan exiguos,
Que es invisible el tercio de su grueso:
¿Qué será un intestino de su cuerpo?

23 ¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos?
¿Qué de sus miembros y articulaciones?
¡Cuánta delicadeza! ¿Concibieras
Un tejido más fino y delicado
Como es preciso tengan los principios
Que el alma y el espíritu componen?

24 Si mueves blandamente aquellas plantas
Que olor subido exhalan, la penase,
El abrótano acerbo, ajenjo amargo
Y la centaura ingrata, al punto sientes
La existencia de muchos simulacros

Que vuelan de mil modos sin esfuerzo,
E imperceptibles. Pero cuán pequeña
Sea la imagen comparada al cuerpo
De que ella emana, no puede ninguno
Apreciar ni explicar bastantemente.

25 Mas para que quizá no te persuadas
Que vagan sólo aquellos simulacros
Que emanan de los cuerpos; por sí mismos
Se forman también otros, y se ponen
En aquella región llamada el aire,
Do se remontan bajo muchas formas,
Mudan a cada instante de figura,
Y de mil modos el aspecto tornan.

26 Así a las veces vemos congregarse
Las nubes por lo alto en un instante,
Enlutando la hermosa faz del cielo,
Con movimiento al aire festejando:
Parecen ser gigantes espantosos
Que vuelan y derraman a lo lejos
La obscuridad: o bien grandes montañas
Y peñas arrancadas de los montes
Que preceden al Sol o que le siguen;

27 En fin, un monstruo que amontona nubes
Y las va derramando a todas partes.
¡Con cuánta prontitud; cuán fácilmente

Ahora se forman estos simulacros,
Y con cuánta abundancia se desprenden
Y fluyen sin cesar de los objetos!

28 Las superficies de los cuerpos todos
Son como emanaciones perenales
Que llegadas a objetos exteriores
Penetran unos; como los vestidos,
En otros se dividen sin que puedan
Reflejárnos la imagen, como en leños
Y ásperas rocas; pero no es lo mismo
Si encuentran cuerpo denso y alisado,
Así como el espejo, pues no pueden
Atravesarle como los tejidos,
Y no se descomponen sin que hayan
Sido primeramente reflejados

29 Enteros por la plana superficie.
Por esto nos envían simulacros
Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo
Y con cualquiera prontitud que opongas
A éstos el espejo, allí al momento
Aparece su imagen: sacaremos
Que fluyen de su misma superficie
Sin cesar los tejidos delicados,
Y sutiles figuras: luego al punto
Se forman infinitos simulacros,
Y a su pronto nacer nada equivale.

30 Si debe derramar en cierto modo
Luz abundante el Sol en poco tiempo
Para que en claridad rebose todo
Perpetuamente; así del mismo modo
Es preciso que salgan de los cuerpos
De pronto amontonados simulacros
En todas partes de infinitos modos;

31 Si se vuelve el espejo a cualquier lado,
Con su forma y color se ve el objeto.
Cuando el cielo purísimo estuviere
Se enluta y obscurece de repente
Por todas partes, tanto que pensaras
Haber abandonado las tinieblas
El Aqueronte por llenar a una
Las bóvedas inmensas de los cielos:
Formada así la noche tenebrosa
Por los nublados, vemos suspendido
Horrible espanto encima de nosotros
Bajo infinitas formas: mas ninguno

32 Puede explicar la relación pequeña
Que estos espectros tienen con su imagen.
Yo en muy breves canciones armoniosas
Declararé al presente el movimiento,
De aquestos simulacros velocísimos,
Con cuánta agilidad corren los aires,
Y los grandes espacios que atraviesan.

33 En un instante, hacia cualquiera parte
Que su diversa dirección los lleva:
A la manera que el acento débil
Del cisne más recrea las orejas
Que aquel clamor ingrato de las grullas
Por la región del aire derramado.

34 Observemos que deben ser veloces
Los cuerpos que de suyo son ligeros
Y formados de átomos sutiles:
La luz del Sol y su calor entre ellos,
Pues se forman de finos elementos;

35 Los que empujados fácilmente pasan
Los intersticios de aire sacudidos
Por el siguiente choque: cuando al punto
Luz a la luz sucede, y se acelera
La suma ligereza de los rayos,
Con nueva agitación de los siguientes.

36 Por la misma razón los simulacros
Deben correr espacios increíbles
En un momento; pues primeramente
Un posterior impulso de continuo
Sacude los corpúsculos sutiles;

37 Siendo además tan fino su tejido,
Fácilmente penetran cualquier cuerpo
Y por los huecos de aire así se cuelan.

38 Si vemos los corpúsculos nacidos
De las mismas entrañas de los cuerpos
Esparcirse de pronto, a la manera
Que la luz y el calor del Sol lo hacen
Por toda la extensión de la atmósfera
En un instante y por el mar y tierras.

39 Se derraman y al cielo se remontan
Y le bañan de luz por todas partes
Tirándole con suma ligereza,
¿Como no ves que ya los simulacros
Que de la superficie se desprenden,
Su emisión ningún cuerpo retardando,
Deben abalanzarse más ligeros
Y atravesar mucho mayor espacio
En tiempo igual al que la luz emplea
Del Sol en extenderse por el cielo?

40 Quiero también poner una experiencia
Que compruebe la suma ligereza
Con que se mueven estos simulacros:
Si pones al sereno una agua clara,
En ella vienen a pintarse luego
El estrellado cielo y las lumbreras
Rutilantes del mundo: pues la imagen
Ya ves cuán poco tiempo necesita
Para llegar del cielo hasta la tierra.

41 Por lo cual es preciso que confieses
Las emisiones de los simulacros
Que hieren muchos ojos y producen
La visión: en efecto, los olores
De ciertos cuerpos son emanaciones
Continuas: de este modo emana el frío
De los fluidos; calor del Sol emana,
Y la sal que se come las riberas
Del mar emana: y los sonidos varios
Sin cesar por el aire van volando:
Cierto sabor salado afecta el gusto
Cuando nos paseamos en la playa;

42 Y si miramos preparar ajenjos
Sentimos amargor: tanta certeza
Tenemos de que envían emisiones
De sí todos los cuerpos de continuo,
Que a todas partes giran sin pararse,
Y sin interrumpir jamás su flujo,
Pues tenemos continuas sensaciones,
Ver, oler y aun oír podemos siempre.

43 Si tocamos a obscuras algún cuerpo
De una cierta figura, conocemos
Ser el mismo que vimos por el día;

44 Es preciso también que el tacto y vista
Excite semejante mecanismo:
Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,

Y nos excita sensación a obscuras,
¿Qué otro objeto afectando nuestra vista
Podrá durante el día presentarse,
Si no es que sea su cuadrada imagen?

45 Luego por medio de la imagen vemos;
Sin ellas no podemos ver los cuerpos.
Giran los simulacros de que hablamos
Y en toda dirección se arrojan siempre:
Mas como sólo vemos con los ojos,
A do los dirigimos nos los hieren
Con su color y forma los objetos,
Y la imagen nos hace que veamos
La distancia que media hasta las cosas,
Porque al salir impele y echa el aire
Que medie entre la imagen y los ojos;

46 Por el tacto del aire conmovidos,
Y lame en cierto modo la pupila,
Y en modo rapidísimo se aleja:
Entonces la distancia conocemos.

47 Cuanto más prolongada es la columna
Que agitada delante toca al paso
Nuestros ojos, parece más distante
Cualquier objeto; y este mecanismo
De rara y portentosa ligereza
Nos hace ver objetos y distancias.

48 No debe sorprenderte que nos hieran
Los ojos simulacros invisibles,
Y no obstante se vean los objetos:
Porque generalmente no sentimos
Las moléculas de aire que recrea,
Ni del frío que punza fuertemente
Cada uno de por sí, más bien sentimos
Todas las impresiones reunidas:
Las sentimos obrar sobre nosotros
Como objetos que afectan nuestros cuerpos
Con un choque exterior. Cuando ponemos
Sobre una piedra el dedo, los extremos

49 Tocamos del color y superficie:
Sentimos solamente la dureza,
Propiedad de la masa de la piedra.

50 Oye por qué razón se ve la imagen
Mas allá del espejo y bien distante:
No de otro modo vemos los objetos
Por fuera de las casas ciertamente
Cuando por sí la puerta proporciona
Veamos claramente lo que pasa
Por la parte de afuera; dos columnas
De aire, pues, entonces se interponen;

51 La una entre ojo y puerta, a la que sigue
La imagen de la puerta y de los cuerpos
De adentro por derecha y por izquierda:

La otra, a quien precede luz externa,
Y que viene a pasar por nuestros ojos,
Es seguida también de los objetos
Que se ven ciertamente por afuera.

52 Lo mismo hace el espejo: de su imagen
La proyección llegando a nuestros ojos
Hecha delante de ella el aire puesto
Entre su superficie y nuestra vista;

53 Y la impresión de esta columna de aire
Hace sintamos de antemano aquella
Imagen del espejo; mas al punto
Que percibimos el espejo mismo
Llega a dar en su luna nuestra imagen,
La cual no es reflejada a nuestros ojos
Sino después de haber hecho que pase
Otra columna de aire sobre el ojo,
Que es impelida por la imagen nuestra:
Por eso ves la imagen tan distante
Del espejo: no debes admirarte,
De dos columnas de aire siendo efecto.

54 Si la parte derecha de un objeto
Vemos en los espejos a la izquierda,
Consiste en que después de haber tocado
La superficie plana del espejo,
Sufre la imagen antes que se vuelva,
Una mudanza que el envés refleja

Bajo el aspecto mismo que tenía
Su derecha. Y si entonces aplicando
Una máscara térrea antes de seca
A algún poste o columna, se pudiese
Hacer que sin perder su antigua forma
Sus partes saledizas se volvieran

55 En sí mismas a entrar, y que en seguida
Se ordenasen de nuevo para afuera,
Por necesaria ley sucedería
El estar colocado a mano izquierda
El ojo de derecha, y al contrario.

56 La imagen pasa de uno a otro espejo
De manera que suele presentarnos
Cinco o seis simulacros: los objetos
Por detrás en el fondo colocados,
Aunque están muy oblicuos y distantes,
A fuerza de continuas reflexiones
Salen del fondo, al parecer formados,
Por los muchos espejos en un cuarto.

57 Pasa la imagen de un espejo a otro;
Si el primero la pone a mano izquierda,
La refleja el segundo a la derecha,
Vuelve el tercero su primera cara.

58 Los espejos también de muchos lados
Hacen ver los objetos con la cara
Que les es presentada; bien ya sea
Porque la imagen llega transmitida
De un espejo en el otro a nuestra vista
Después de padecer dos reflexiones;

59 Bien porque sobre sí rueda la imagen
Cuando viene a nosotros; pues la obliga
La misma curvatura de los lados
A dar la vuelta entera hacia nosotros.

60 Parece entran y salen igualmente
Con nosotros también los simulacros
Imitando los gestos y actitudes,
Pues la parte que dejas del espejo
No puede hacer que vuelva ya la imagen,
Porque Natura sabia y providente
De reflexión el ángulo dispuso
Que fuese siempre igual al de incidencia.

61 Los ojos huyen de brillantes cuerpos
Evitando mirarlos; también ciega
El Sol si se le mira de hito en hito;

62 Porque además que tiene propia fuerza,
Sus simulacros, de los altos cielos
Lanzados a través de un aire puro,
Rápidamente hieren nuestros ojos,

Sus organizaciones perturbando:
Un vivo resplandor quema los ojos
Frecuentemente, puesto que contiene
De moléculas ígneas grande copia,
Cuando al entrar causan dolor en ellos.

63 Los ictéricos ven cualquier objeto
Amarilleado, porque de sus cuerpos
Emanan abundantes las semillas
De amarillez, que se unen en el aire
De los objetos con los simulacros,
Y tienen los humores de sus ojos
Gran copia de partículas mezcladas
Que pintan amarillos los objetos.

64 Se ven desde lo obscuro los objetos
Que están en medio de la luz, sin duda
El aire tenebroso más cercano
Metiéndose en el órgano el primero,
Y cogiéndole abierto, es al instante
Seguido de aire claro, que despeja
Los ojos y disipa las tinieblas
Por más móvil, sutil y poderoso.

65 En el momento que de luz llenara
Las vías de los ojos este aire,
Y abrió las que obstruían las tinieblas,
Al punto se introducen simulacros
De cuerpos puestos a la luz, y vemos.

66 Viniendo de la luz es imposible
Ver en la obscuridad, por el contrario,
Porque llegando el aire tenebroso
Y más denso el segundo, llena a un tiempo
Y cierra los conductos de los ojos,
Sin que puedan pasar los simulacros
De los cuerpos que llegan a la vista.

67 Si a lo lejos parece son redondas
De las ciudades las cuadradas torres,
Consiste en que todo ángulo parece
Obtuso desde lejos; o diremos
Mejor que no se ve; su acción se acaba:
Tampoco llega el golpe a nuestros ojos,
Pues son debilitados en gran trecho
Los simulacros por continuos choques
Del aire; y cuando el ángulo gastado
Llegó a hacerse insensible, se ve sólo
Como un montón cilíndrico de piedras:
No así cuerpos redondos a la vista

68 Nos aparecen, mas con una forma
Confusa en cierto modo e imperfecta.
También parece que en el Sol se mueve
Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos,
E imitando los gestos; si creyeres
Poder andar y remedar los gestos
Un aire que de toda luz carece,

Un aire que solemos llamar sombra:
Siendo la tierra sucesivamente
Privada de la luz del sol o herida
Según que nuestros cuerpos van andando
Cierran el paso, o le abren a sus rayos,

69 Se nos figura que la misma sombra
Viene en pos de nosotros: consistiendo
La luz en unos rayos sucesivos
Que mueren y renacen de continuo,
Como si se devana lana al fuego,
Fácil es concebir cómo la tierra
Se despoja de luz y se rellena.

70 Sin embargo, tampoco concedemos
Que los ojos padecen aquí engaños,
El ver la luz y sombra do las haya
Es propio de los ojos: ¿por ventura
Es o no ciertamente la luz misma?

71 ¿Y la misma la sombra que se pasa?
¿O sucede más bien como hemos dicho?
La razón debe sólo decidirlo.

72 En fin, no pueden conocer los ojos
A la naturaleza de los cuerpos;
Por lo mismo, no quieras imputarle
Los errores del ánimo nacidos.

73 La nave donde vamos embarcados
Navega pareciendo estarse quieta,
Y aquella que está inmóvil en la rada
Creemos la arrebata la corriente:
Y parece que campos y colinas
Huyen hacia la popa, hinchando el viento
A lo largo de aquéllos nuestras velas:
Y parece que todas las estrellas
En las etéreas bóvedas clavadas
Inmóviles están; tienen, no obstante,
Continuo movimiento, pues que nacen
Para reveer una lejana puesta,

74 Después que con su claro cuerpo el cielo
Midieron: Sol y Luna estacionarios
De la misma manera nos parecen,
Aunque sus movimientos nos declara
La razón por sí misma; y las montañas
Que dominan los mares, entre quienes
Pasarían escuadras libremente,
Un mismo todo ofrecen desde lejos,
Y aunque estén muy distantes unas de otras,
Ofrecen, sin embargo, a nuestros ojos
Una grande isla congregadas todas.

75 Y están tan persuadidos los muchachos
Que la pieza se mueve a la redonda,
Y en rededor moverse las columnas,

Que tomen acabando de dar vueltas
Que los sepulte el techo de sus ruinas.

76 Cuando principia ya naturaleza
A remontar los fuegos tembladores
Del encarnado Sol, y al levantarla
Sobre la cima de los montes, tiene
Al parecer en ella el Sol reposo,
Tocándola de cerca con su fuego;

77 Apenas distan ellos de nosotros
Dos mil o cuando más quinientos tiros
De saeta o de dardo: inmensos mares
Entre el Sol y los montes se comprenden
Debajo de las bóvedas celestes;

78 Y se hallan a otro lado de estos mares
Infinitas regiones habitadas
De hombres y de animales diferentes.

79 Empero un charco de agua que no tenga
Más que una pulgada de profundo,
Estancada en las piedras de la calle
Debajo de los pies, hace veamos
El espacio tan vasto, que separa
El cielo de la tierra por encima
De nosotros: creyéramos que el globo,
De parte a parte atravesado, ofrece
Otros nuevos nublados a la vista,

Y a los ojos presenta un nuevo cielo,
Y otros cuerpos hundidos en las tierras
Vemos en este espacio prodigioso.

80 Si se nos para en medio de algún río
El arrogante bruto, y si bajamos
La vista hacia la rápida corriente,
Parece que una fuerza arrastra el cuerpo
Del inmóvil caballo río arriba,
Y por cualquiera parte que miremos
Nos parece que son así arrastrados
En general los cuerpos velozmente,
Y suben la corriente de este modo.

81 Un pórtico formado de columnas
Paralelas o iguales en altura
Mirado en su largor desde un extremo,
Se angosta poco a poco como en cono,
El techo se deprime hacia la tierra,
Y el lado izquierdo juntase al derecho,
Hasta que no descubren más los ojos
Que el ángulo confuso de su cono.

82 Del seno de los mares ven que sale
El Sol los marineros; y se pone
Y sepulta su luz también en ellos;

83 Sus ojos no ven mas que cielo y agua;
No debes tú tachar de mentirosos
Ligeramente en todo a sus sentidos.

84 Los ignorantes de la mar se creen
Ver deformes y rotos los navíos
En el ponto sus olas resistiendo:
La parte del timón y de los remos
Que sobresale por el agua es recta,
Y la parte que está dentro del agua
Parece que se dobla, y se levanta
En línea horizontal, que en cierto modo
Flota por refracción sobre las aguas.

85 Cuando llevan los vientos por el aire
En medio de la noche claras nubes,
Parece que los fuegos celestiales
Se van contra las nubes resbalando
Y que con una dirección contraria
Al curso natural ruedan sobre ellas.

86 Si apretamos un ojo con la mano
Por la parte inferior, parecen dobles
Los objetos que vemos: la luz doble,
Doble el rico menaje, y que los hombres
Tienen doblada cara y doble cuerpo.

87 Cuando el sueño por fin los miembros ata
Con un dulce sopor, y cuando el cuerpo
En profundo reposo está tendido,
Entonces nos parece estar despiertos,
Y hacer también de nuestros miembros uso;

88 Creemos ver el Sol y luz del día
En medio de la noche tenebrosa:
Y en una pieza estrecha y bien cerrada
Mudar de climas, mares, montes, ríos,
Y atravesar a pie llanuras grandes;

89 Y en el profundo y general silencio,
De la noche parece oír sonidos,
Y silenciosos responder acordes.

90 Vemos, en algún modo sorprendidos,
Semejantes fenómenos, que tienden
Todos a destruir la confianza
Debida a los sentidos, pero en vano:
El engaño proviene en nuestra parte
De los juicios del alma que nosotros
Pintamos con aquellas relaciones
De los sentidos, suponiendo visto
Aquello que los órganos no vieron;

91 Porque la distinción de relaciones
Evidentes de inciertas conjeturas
Que el ánimo de suyo nos asocia

Es la cosa más rara y excelente.

92 Si alguno dice no saberse nada,
Si se puede saber él mismo ignora,
Supuesto que confiesa nada sabe:
¿Quién podrá disputar con quien impugna
Las nociones más claras y evidentes?

93 No obstante, aun cuando y le concediera
Por cosa cierta no saberse nada,
De qué modo aprendió le preguntara
Saber y no saber qué cosa sea,
Sin que jamás lo cierto haya encontrado;

94 Y cómo se formó el conocimiento
De falso y verdadero, y de qué modo
Distingue la certeza de la duda.

95 Encontrarás que nace la noticia
De la verdad de los sentidos mismos,
Que al error nunca pueden inducirnos,
Que merecen muy grande confianza,
Porque, según la fuerza y energía,
Si oponen la verdad, pueden lo falso
Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos
Conductor más seguro que el sentido?

96 Dirás, que en estos órganos falaces
Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos
Deponer la razón, que su existencia

Enteramente a los sentidos debe?

97 ¿Que no es más que un error si engañan ellos?
¿Argüirán los oídos a los ojos?
¿El tacto a los oídos? ¿A este tacto
Con argumentos refutar podrían
Por ventura el olfato, el gusto, u ojos?

98 Pues no sucede así, según yo creo:
Tiene cada sentido sus funciones,
Tiene sus facultades separadas,
Y es preciso inspeccione así un sentido
Lo blando o duro, lo caliente o frío:
Distingue otro el olor de los colores:
Los sabores, olores y sonidos
Su propio tribunal tienen aparte:
No pueden mutuamente los sentidos
Rectificarse; ni ellos a sí mismos
Reprenderse podrán, puesto que siempre
Merecerán la misma confianza:

99 Inferimos de aquí que en cualquier tiempo
Serán sus relaciones verdaderas.
Si no pudiera, la razón decirnos
Cómo se ven redondos desde lejos
Los objetos que cerca son cuadrados,
Nos es más ventajoso, sin embargo,
Dar en defecto de solución cierta
Falsa razón de esta apariencia doble,

Que soltar la evidencia de las manos,
Y destruir la confianza toda,
Y arrancar de raíz la base entera
En que conservación y vida estriban:

100 Pues la razón no sólo se arruina,
Sino también la misma vida al punto,
Si no osares creer a los sentidos
Y huir de aquellos sitios peligrosos
Y los demás objetos que nos dañen,
Y buscar los que traen utilidades.

101 Vana declamación es el discurso
Que contra los sentidos se dirige.
Pues en la construcción de un edificio
Se sirve el arquitecto de una regla
Mal formada, y si no guarda la escuadra
La perpendicular, si se ladea
El nivel de su asiento hacia una parte,
Es preciso que salga el edificio
Muy lleno de defectos, ladeado,
Hundido, sin nivel, sin proporciones:
Parecerá amenaza desplomarse
Ya alguna parte dél; seguramente

102 Todo se vendrá abajo, porque ha sido
Mal dirigido desde sus principios:
Así en la relación de los sentidos

Si no hay seguridad y confianza,
Los juicios que formares es preciso
Te salgan todos falsos e ilusorios.

103 Es cosa fácil explicar el cómo
Son afectados los demás sentidos
Por el objeto propio a cada uno:
El sonido y la voz se oyen primero
Cuando sus elementos insinuados
En el oído, el órgano tocaron,
Porque de corporal naturaleza
Debemos confesar que se componen
El sonido y la voz, puesto que impelen
Los sentidos. La voz frecuentemente
Lastima la garganta, y los clamores
La tráquea irritan: porque los principios

104 De la voz, en gran número saliendo
Rápidamente fuera, llenan luego
El estrecho conducto, desgarrando
El orificio y lastimando el paso
Por do la voz escapa por los aires.

105 Así que las palabras y las voces
Constan de corporales elementos,
Supuesto que nos pueden hacer daño.

106 Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo,
Cuánto se debilitan fuerza y nervios
De los que conversaron largamente
Desde que asoma la brillante aurora
Hasta la sombra de la obscura noche,
Si ha sido la disputa acalorada.

107 Es corpórea la voz, puesto que pierde
El parlero gran parte de substancia.
La aspereza de voz y la dulzura
Nacen de la figura de los átomos;

108 Pues no hieren lo mismo los oídos
Cuando los graves y profundos toques
Oímos del clarín, y en ronco estruendo
Retumban las bocinas retorcidas,
Y los cisnes nacidos en los valles
Frescos del Helicón con voz de llanto
Entonan sus lamentos, armoniosos.

109 Al punto que nosotros despedimos
De lo íntimo del pecho los sonidos
A lo interior del paladar la lengua,
De las palabras móvil formadora,
Las articula, y modifica en parte
La inflexión de los labios; y si es corto
El espacio que corre aquel sonido
Para llegar al órgano, se oyen
También perfectamente las palabras,

Las articulaciones se distinguen
Porque sus inflexiones y carácter
La voz conserva; pero si el espacio

110 Que se interpone es demasiado largo,
Confunde las palabras el mucho aire,
Y se pierde la voz atravesando:
Luego pueden oírse los sonidos
Sin distinguir qué dicen las palabras:
Tan confusa y revuelta la voz llega.

111 De todo el pueblo hiere los oídos
Con un solo pregón el pregonero:
Una voz sola se divide al punto
En otras infinitas repartidas
Por todos los oídos, distinguiendo
Las articulaciones y sonidos.

112 Las voces que no llegan al oído
Mueren desvanecidas por los aires,
Continuando su marcha; o estrelladas
En algún cuerpo sólido, el sonido
Repiten rechazadas; muchas veces
Engañan reflejando la palabra,
Así como la imagen el espejo.

113 Bien enterado tú de lo que digo,
Puedes a los demás y a ti explicarte
Cómo en las soledades los peñascos

Repiten las palabras por su orden
Y en articulación cuando buscamos
Entre montes opacos los perdidos
Compañeros, llamándolos a voces.

114 Sitios he visto yo que repetían
Seis o siete palabras, diciendo una:
Las palabras así de cerro en cerro
Reflejadas muy bien se distinguían.

115 Los pueblos comarcanos se figuran
Que las ninfas habitan estos sitios,
Y caprípedos sátiros, diciendo
Los faunos ser, que en estas soledades
Interrumpen la calma silenciosa
Con su nocturno estrépito y retozo
Y que hieren las cuerdas con destreza,
Que acompaña la flauta bien tocada:
Y aseguran sentir los campesinos
Cuando Pan, agitando en su cabeza
Anfibia la corona de los pinos,
Recorre con sus labios retorcidos

116 Los caramillos, porque nunca deja
De sonar canción rústica la flauta.
Otros muchos prodigios de esta clase
Refieren, y los venden por milagros,
Bien porque no se mire aquella tierra
Que habitan ellos como abandonada

De los dioses, o bien sean movidos
De otra cualquier razón, como que toda
La raza humana fábulas ansía.

117 Luego ya no debemos admirarnos
Que lleguen y nos hieran el oído
Las voces por los sitios do no pueden
Los ojos percibir a los objetos:
Con las puertas cerradas nos hablamos:
Todos lo vemos, pues sin duda alguna
Libremente la voz puede meterse
Por conductos sinuosos de los cuerpos:
Se niegan a esta acción los simulacros:
Así, pues, se dividen si los poros
No están en línea recta como aquéllos
Del vidrio que la imagen atraviesa.

118 Se divide la Voz por todos lados,
Pues nacen espontáneas unas de otras;
Una sola produce muchas voces,
Como la chispa se divide en muchas.

119 La voz penetra al sitio más oculto:
Se oye tan bien detrás del que está hablando
Como en todas las piezas inmediatas.

120 Los simulacros llegan a los ojos
En línea recta desde los objetos.
Nadie puede mirar sobre sí mismo;

121 Se oyen fuera las voces, al contrario;
Sin embargo, también esta voz misma
Se embota penetrando las paredes,
Y nos llega confusa a los oídos:
Más bien oímos ruido que palabras.

122 Algo más complicado y trabajoso
Es declarar cómo los jugos obran
Sobre la lengua y paladar; sentimos
Primero los sabores en la boca
Cuando exprimimos al mascar el jugo
Del alimento, al modo del que aprieta
Y hace salir el agua de una esponja.

123 Exprimimos así todos los jugos,
Del paladar se cuelan por los poros
Y vías complicadas de la lengua.

124 Hieren suavemente si se forman
De fluidos y lisos elementos,
Y por la húmeda estancia de la lengua
Van excitando general deleite.

125 El paladar nos punzan y laceran
Si sus átomos son más angulosos.
Al fin, el paladar es do sentimos
El placer del sabor. Los alimentos,
Cuando por el esófago cayeron,
Cuando se distribuyen por los miembros,

Ningún placer se siente: nada importa
Con qué vianda se alimenta el cuerpo,
Con tal que esté cocida la que comas
Para poder colarse por los miembros,
El estómago habiendo humedecido.

126 Explicaré al presente por qué causa
No convienen los mismos alimentos
A cualquiera animal generalmente,
Y por qué el alimento que es amargo
Para unos animales, puede a otros
Parecer gustosísimo: es tan grande
La diferencia y variedad en esto,
Que lo que es alimento para unos
Fue para otros un veneno activo.

127 También vemos morir a la serpiente
Humedecida con saliva humana,
Y se devora con sus mismos dientes:
El eléboro da la muerte al hombre,
Y las cabras engorda y codornices.

128 Para poder saber en qué consiste
Ni apartes de tu mente lo que he dicho,
Ser muy diversas las combinaciones
De átomos formadores de los seres.

129 Siendo desemejantes ciertamente
En lo exterior los animales todos,
Con formas y contornos variados
Deben diferenciarse en la figura
Con mucha más razón, de sus principios;

130 Debe haber en sus poros diferencia,
En vías e intersticios de los miembros,
De boca y paladar generalmente:
Más ancho debe ser o más estrecho,
Muchos triangulares, o cuadrados,
Redondos o polígonos muy varios;

131 Pues deben las figuras de los poros
Variar en razón de la figura
Y el vario movimiento de los átomos,
Y deben variar las de las vías
En razón del tejido que las cerca.

132 Así, cuando los mismos alimentos
Gustan a un animal, y al otro amargan,
Es porque fácilmente se insinúa
Jugo en el paladar de los primeros
Bajo una forma lisa y redondeada,
Y al contrario, lastima la garganta
De los otros, por ser muy escabroso.

133 Estos conocimientos facilitan
La solución de otro cualquier problema:
Así cuando la bilis dominante
Enciende calentura, o acarrea
Otra cualquiera causa la dolencia,
Ya se trastorna entonces la armonía
Del cuerpo en general, se desordenan
Todas las posituras de elementos:
Los corpúsculos que antes se juntaban
Con los órganos, rompen su armonía,
Y pasan los que excitan los dolores.

134 El gusto de la miel, en fin, resulta
De entrambos elementos, como he dicho.
Trataremos ahora de qué modo
Hiere un cuerpo oloroso nuestro olfato.

135 Precisamente existen muchos cuerpos
Que despiden olores infinitos;
Que éstos fluyen y corren, y se esparcen
De continuo debemos presumirnos:
Que es mayor o menor su analogía
Con unos animales que con otros
Según la diferencia de figuras:
El olor de la miel desde muy lejos
Convida a las abejas, y a los buitres

Convidan los cadáveres podridos,
Y los galgos se van en pos del rastro:
El guarda del romano Capitolio,

136 El blanco ganso, humano olor ventea:
Así el olor que es propio a cada especie
Dirige el animal a pastos buenos,
Y le hace huir mortífero veneno,
Conservándose así los animales.

137 Porque la actividad de los olores
Que llegan a tocarnos el olfato
Puede circunscribirse más o menos;

138 Sin embargo, no llegan a extenderse
Tanto como la voz y los sonidos,
Y mucho menos que los simulacros
Por quienes todos los objetos vemos;

139 Extraviados llegan lentamente,
Perecen poco a poco descompuestos
En medio de los aires fácilmente,
Porque apenas exhalan las substancias
De lo más interior emanaciones:
Como declara el ver que todo el cuerpo
Exhala y fluye olores más subidos
Cuando es molido y arrojado al fuego.

140 Claramente se ven que son más gruesos
Los principios que forman los olores
Que aquéllos que componen el sonido,
Porque el olor no pasa las paredes,
Por do voz y sonidos se entran luego:
Por lo que no es tan fácil el que atines
Dónde se halla el olor, porque en los aires
Su acción apagan las continuas pausas;

141 No corren a decirnos de do vienen:
El perro así se pierde y busca al rastro.
Estos efectos no son peculiares
En realidad de olores y sabores
Las imágenes mismas de los seres
Y colores no están proporcionadas
A los órganos todos de manera
Que no haya cuerpos cuya vista cause
Un más vivo dolor que la de otros.

142 Sacudiendo a la noche con las alas
De esta manera el gallo, que acostumbra
Aplaudir a la aurora con voz clara,
No le resisten rápidos leones
Ni le pueden mirar; luego al momento
Huyen de él, porque emanan de sus miembros
Átomos que, metidos en los ojos

De los leones, su pupila hieren,
Y tal dolor excitan, que no pueden
Resistir el coraje y valentía;

143 Cuando dañar no pueden nuestros ojos
O porque no penetran los principios.
O porque, introducidos, les dan paso
Francamente los ojos de manera
Que no pueden herirlos al volverse.

144 Ora con brevedad decirte quiero
Qué cuerpos dan al alma movimiento
Y de dónde la vienen sus ideas.

145 Digo que vagan muchos simulacros
En toda dirección con muchas formas,
Tan sutiles, que se unen fácilmente
Si llegan a encontrarse, por los aires,
Como el hilo de araña y panes de oro;

146 Porque aun exceden en delicadeza
A las efigies por las cuales vemos
Los objetos, supuesto que se meten
Por todos los conductos de los cuerpos,
Y dan interiormente movimiento
Del alma a la substancia delicada,
Y la ponen en juego sus funciones.

147 Los centauros, Scilas y Cerberos
Y fantasmas de muertos así vemos,
Cuyos huesos abraza en sí la tierra:
Pues la atmósfera hierve en simulacros;

148 De suyo unos se forman en el aire,
Otros emanan de los varios cuerpos,
De dos especies juntas constan otros.

149 La imagen de un centauro no se forma
Seguramente de un centauro vivo:
No ha criado jamás naturaleza
Semejante animal; es un compuesto
De simulacros de caballo y hombre
Que el acaso juntó; y cual dicho habemos,
Su tejido sutil y delicado
La reunión al momento facilita: 1030
Como esta imagen se combinan otras,
Que por su extraordinaria ligereza
El alma afectan al primer impulso,
Porque el ánimo mismo es delicado,

150 Y de movilidad extraordinaria.
Es una prueba cierta de lo dicho
Parecerse en un todo los objetos
Que el alma mira a los que ven los ojos,
Porque nacen del mismo mecanismo:
Si enseñé que veía yo leones
Con el auxilio de los simulacros

Que llegando nos hieren en los ojos,
Se infiere que igualmente el alma mueven
Los demás simulacros de leones,
Que ve tan bien como los mismos ojos.

151 No de otro modo el alma está despierta
Cuando se extendió el sueño por los miembros
Porque llegan al alma tan deveras
Los simulacros que de día hieren,
Que nos parece ver aquel desierto,
A quien la muerte y tierra ya dominan.

152 A esta ilusión naturaleza obliga,
Porque reposan todos los sentidos
En un profundo sueño las verdades
No pueden oponer a los errores,
Porque está adormecida la memoria,
Y con el sueño lánguida no pugna;

153 Que aquél que el alma cree ver con vida,
Despojo es de la muerte y del olvido.
Por lo demás, no es una maravilla
El movimiento de los simulacros,
Y agitación de brazos y de miembros
Según las reglas, pues durante el sueño
Deben tener lugar las apariencias;

154 Como que si el primero se disipa
Y viene a sucederle otro distinto,
Parece que es el mismo simulacro
Que ha mudado de gesto en un instante.

155 Muchas cuestiones hay sobre este asunto,
Y muchas dudas que poner en claro,
Si deseamos profundar las cosas.

156 La primera cuestión que se propone
Es por qué el alma en el instante tiene
La idea del objeto que la gusta:
¿Miran la voluntad los simulacros?

157 ¿Viene la imagen luego que queremos?
Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo,
Los congresos, la pompa, los banquetes,
Si los combates, si otro objeto agrada,
¿Nos crea y guarda la naturaleza
Las efigies de todo a cualquier seña,
Mientras que en la región y sitio mismo
Profundamente están las almas de otros
De ideas muy distintas ocupadas?

158 ¿Qué diré cuando vemos en el sueño
Ir bailando a compás los simulacros,
Cuando mueven sus miembros delicados,

Y cuando tienden sus flexibles brazos
Alternativamente con destreza,
Y lo vuelven a hacer con pie ligero?

159 ¿Estudiaron acaso reglas y arte
Para poder de noche divertirse?
Tengo yo por más cierto y verdadero
Que percibimos estos movimientos
En un instante solo, como cuando
Se da una sola voz, y sin embargo,
Pasan muchos instantes, que distingue
La razón solamente: ésta es la causa
De presentarse muchos simulacros
En cualquier tiempo, y en cualquiera parte:
¡Tanta es su muchedumbre y ligereza!

160 Y siendo tan delgado su tejido,
No puede el alma verlos claramente
Sin recogerse dentro de sí misma:
Si ella no se dispone a recibirlos
Con grande aplicación, todos perecen,
Y lo logra por medio de esperanza
De ver aquello que realmente mira.

161 ¿No adviertes tú también cómo los ojos
No pueden distinguir aquel objeto
Poco sensible, porque se tendieron
Sin recogerse y prepararse mucho?

162 Aun los cuerpos expuestos a la vista
Son para el alma, si ella no se aplica,
Como si cien mil leguas estuvieran:
¿A qué viene admirarse de que el alma
Deje escapar los simulacros todos
Menos los que la tienen ocupada?

163 Tal vez abulta el alma simulacros,
Y nos lleva al error y nos engaña:
También transforma el sexo de la imagen,
Y en vez de una mujer, sólo tocamos
Un hombre transmutado en un instante,
U otro cualquier sujeto que en pos viene,
De semblante y edad muy diferentes:
Esto proviene del olvido y sueño.

164 Debes siempre evitar lo más que puedas
Entre otros un error: pensar no debes
Que fue criada para ver tan sólo
La órbita brillante de los ojos:
Y las móviles piernas y los muslos
Sobre la base de los pies alzados,
Porque alargar pudiéramos los pasos,
Y con robustos músculos los brazos
Y que una y otra mano fueron dadas
Para poder buscarnos lo preciso.

165 El orden respectivo de las causas
Y de efectos ha sido trastornado
Con interpretaciones semejantes:
Pues no han sido formados nuestros miembros
Para servicio nuestro: los usamos,
Porque hechos nos los hemos encontrado:
La vista no nació antes que los ojos;

166 La lengua fue criada antes que el habla;
La lengua fue mucho antes que el lenguaje;
Los oídos también fueron criados
Mucho antes que se oyeran los sonidos;

167 Y en fin, todos los miembros existieron
Antes de que, se usaran, según pienso:
No es la necesidad la que los hizo.

168 Los hombres se batían a puñadas,
Y se hacían heridas con las uñas,
Y sangre por sus miembros chorreaba,
Mucho antes que las flechas brilladoras
Volasen por el aire: y las heridas
A evitar enseñó naturaleza
Antes que le colgara al brazo izquierdo
El arte algún broquel para escudarle:
Y dar reposo al cuerpo fatigado
Más antiguo es que camas y plumones
Y el apagar la sed antes que el vaso:
Estos descubrimientos, que son fruto

169 De la necesidad y la experiencia,
Podemos persuadirnos que se han hecho
Por utilidad nuestra: no sucede
Con los demás objetos esto mismo,
Cuyo uso es posterior al nacimiento,
Como son nuestros órganos y miembros
Ni por asomo debes presumirte
Para utilidad nuestra ser criados.

170 Tampoco es maravilla que se busque
Sustento el animal, naturalmente:
Porque enseñé, fluían de los cuerpos
De mil modos corpúsculos sin número:
Que debe ser su emanación copiosa
Por su mucho ejercicio y movimiento
En unos animales: se evaporan
Por la transpiración otras porciones
De lo interior del cuerpo: otras exhalan
Por la respiración los animales
Que lánguidos jadean: estos males
Envarecen el cuerpo, y se destruye

171 Con dolores la máquina en seguida.
Por lo mismo se toma el alimento,
El cual, metido por los intersticios
Asegura los miembros, y da fuerzas,
Y llena los conductos ensanchados
Con el deseo que a comer incita.

172 De igual modo se extienden las bebidas
Por la parte que quiere humedecerse,
Y el volcán de calor que devoraba
El estómago, al punto se disipa,
Y se extingue el ardor que hay en los miembros
De este modo se apaga sed ardiente,
De este modo se sacia y harta el hambre.

173 Ahora voy a explicarte cómo andamos
Cuando queremos, cómo meneamos
Los miembros de maneras diferentes,
Y cuál es el agente acostumbrado
Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo,
De peso tan crecido: pon cuidado.

174 Vienen los simulacros, como he dicho,
A tocar el espíritu, y le invitan
Al movimiento: luego de aquí nace
La voluntad: porque ninguno emprende
Cosa alguna sin que haya examinado
El alma aquel objeto que la gusta;

175 Operación que exige la presencia
De simulacros: pues determinado
De este modo el espíritu declara
Su voluntad con cierto movimiento,
Que comunica al alma en un instante,

Repartida por todos nuestros miembros,
Y es muy fácil de hacerse, porque unidas
Están íntimamente ambas substancias.

176 El rechazo del alma siente el cuerpo,
Y así toda la mole se menea
Y avanza lentamente: además de esto,
El cuerpo se enrarece al tiempo mismo,
Y el aire siempre móvil, como debe,
Se hace dueño de todos los conductos,
Copioso se derrama por los poros,
Y por las partecillas más sutiles
Del cuerpo se reparte de este modo.

177 Así, el alma y el aire son las velas
Que mueven nuestro cuerpo como nave.
Sin embargo, no debes admirarte
Que puedan los corpúsculos tan finos
Empujar y volver a su albedrío
Una mole tan grave como el cuerpo:
El viento así sutil y muy delgado
Es poderoso para hacer que anden
Las más disformes naves por las ondas:
Por rápida que sea su derrota,
Una mano tan sola las dirige,
Y las vira doquier un timón solo.

178 Por medio de poleas y de ruedas
Las máquinas manejan y levantan
Los pesos más enormes sin esfuerzo.

179 Para explicarte ahora cómo el sueño
Derrama por los miembros el descanso
Y ahuyenta los cuidados de los pechos,
Recurriré al encanto de los versos,
Y no a su multitud. Así del cisne
Los débiles acentos más regalan
Las orejas que aquel cridar de grullas
Que se llevan los aires. Pronta oreja
Y un ánimo sagaz préstame ahora
Para que no me niegues ser posible
Lo que voy a decirte: no repruebes
Con obstinado pecho la evidencia:

180 De tu ceguera cúlpate a ti mismo.
El sueño viene cuando el alimento
Llega a descomponerse por los miembros;

181 Y alguna de sus partes sale fuera
Y otra se junta más y se condensa
En lo interior del cuerpo; se desatan
Y se aflojan entonces ya los miembros;

182 Pues debemos al alma el sentimiento
De que no puede el sueño despojarnos,
Sin que entonces nos fuera perturbada

Y echada fuera el alma, aunque no toda,
Pues yacería el cuerpo rodeado
Con el eterno frío de la muerte:
La más leve partícula de alma
No quedara escondida por los miembros,
Como el fuego tapado con ceniza,
Que encendiera de nuevo el sentimiento
De pronto por los miembros como fuego.

183 Diré la causa de este nuevo estado,
Y cómo puede el alma perturbarse,
Y el cuerpo desfallece lentamente:
Haz que no azote el viento con palabras.

184 Como la superficie de los cuerpos
El contacto del aire experimenta,
Es preciso que sea sacudida
Sin cesar por sus golpes repetidos.

185 Razón por qué los seres casi todos
Están cubiertos de pellejo, o cerda,
O de conchas, o callos, o cortezas:
Y el aire respirado de continuo,
Por medio de su flujo y su reflujo
Los azota también interiormente.

186 Así es chocado el cuerpo por los lados,
Y este choque por medio de los poros
Llegando a los primeros elementos

La destrucción prepara poco a poco.

187 Los principios del ánimo y del cuerpo
Se trastornan de modo que una parte
Del alma es arrojada, y otra queda
En lo interior del cuerpo recogida:
Repartida en los miembros la tercera,
No puede reunirse, ni su parte
Alarga al movimiento de la vida,
Porque ha cortado la naturaleza
Las vías y conductos: huye al punto
El sentimiento en medio del desorden.

188 Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,
Todo él se debilita y descaece,
Los brazos caen, los párpados se cierran,
Y quedan los jarretes aplomados.

189 Después de la comida viene el sueño,
Porque el efecto que produce el aire,
Ese mismo produce el alimento
Cuando se va escondiendo por las venas;

190 Y aquel sopor es mucho más profundo
Que se sigue a la hartura, o la fatiga,
Pues trastorna ésta más los elementos,
Deja el alma encerrada por adentro
Y la echa más copiosa y dividida,
Y la desune más entre sí misma.

191 Y aquello en que más uno se ha ocupado,
Y en las cosas que más se ha detenido
Y en que más atención hubiese puesto,
Eso mismo en el sueño nos parece
Hacer por lo común; los abogados
Defienden causas, e interpretan leyes;

192 Combates dan y asaltos los caudillos;
Con los vientos se baten los pilotos;
Yo mismo no interrumpo mi trabajo,
Y siempre busco la naturaleza,
Y encontrada, a mi patria la declaro.

193 De este modo las otras facultades
Y los estudios de ordinario ocupan
En sueños a los hombres con engaños.

194 Y aquéllos que a los juegos de continuo
Asisten muchos días de seguida,
Los vemos casi siempre, aun cuando deje
La diversión de herir a sus sentidos,
Conservar en sus almas paso franco
Por do puedan los mismos simulacros
Introducirse; y los objetos mismos
Por muchos días se les representan:
Aunque despiertos ven los danzarines
Meneando sus miembros diestramente
Y oyen la consonancia de la lira,
Y el lenguaje suave de las cuerdas;

195 Ven el mismo concurso, y ven la escena
Que brilla con adornos variados.
La inclinación, el gusto y la costumbre
Tanto influyen en hombres y animales.

196 Como que los caballos animosos,
Sepultados sus miembros en el sueño,
Los verás en sudor todos bañados
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes,
Soñando así como si disputaran
Sobre la palma, abiertas las barreras.

197 También los perros de los cazadores
Durante el blando sueño de repente
Sus pies agitan, ladran y a menudo
Oliscar se les ve cual si tuvieran
El rastro de la caza descubierto;

198 Y volviendo del sueño continúan
Persiguiendo los vanos simulacros
De los ciervos que huyendo se figuran,
Hasta que en sí volviendo, el error dejan.

199 Mas el perro leal y cariñoso
Que vive con nosotros en la casa,
Sacude en un instante el leve sueño
Que sus ojos velaba, y se levanta
Listo como si viera cara nueva

Y rostro sospechoso: porque inquietan
Los simulacros tanto más en sueños
Cuanto sus elementos son más rudos.

200 Las varias aves huyen, al contrario,
Y agitando sus alas, al momento
Se acogen a los bosques de los dioses,
Por la noche, si en blando sueño vieron
El gavilán sobre ellas arrojarse
Y con rápido vuelo perseguirlas.

201 A la verdad que grandes movimientos
Agitan a las almas de los hombres:
Proyectos vastos forman y ejecutan;

202 Soñando hacen los reyes prisioneros;
Esclavos son en sueños de los mismos;
Un combate se sigue a otro combate;

203 Claman como si allí los degollaran;
Muchos bregan y gimen doloridos
Y como si pantera o león fiero
Los hicieran pedazos a bocados,
Así llenan el aire de chillidos:
Muchos tratan negocios importantes,
Y su acción declararon muchas veces;

204 Otros. en sueños ven venir la muerte;
Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra
Desde elevados montes arrojados,

Con gran congoja se despiertan muchos,
Y a duras penas vuelven en sí mismos
Con tanta agitación como han tenido:
Un sediento también a par de un río
O de una fuente amena está sentado,
Y se quiere beber el agua toda;

205 De ordinario, dormidos los muchachos
Al lado de un servicio o meadero
Para orinar creen alzar la ropa,
Inundando las telas exquisitas
Que hizo para su cama Babilonia.

206 Mas los que sienten por la vez primera
La juventud lozana cuando el tiempo
El semen por los miembros desenvuelve,
Se les ofrecen muchos simulacros
De cualquier cuerpo en sueños mensajeros
De un rostro hermoso, fresco y agraciado,
Que provocan el órgano atestado
De semilla abundante; y así como
Hubieran penetrado muchas veces,
El santuario del placer, arrojan
Chorros de semen que los contaminan.

207 Bulle en nosotros, como dije, el semen
Cuando la juventud nos robustece:
Cada órgano es movido y provocado

Por el objeto propio: humana imagen
El órgano prolífico conmueve;

208 Cuando de sus depósitos se sale
El semen esparcido por el cuerpo,
Y se junta en los nervios destinados
Y penetra de pronto el mismo sitio
Engendrador, se atiesan los conductos,
Quiere arrojarlo la naturaleza
Do el bárbaro deseo se encamina:
Y el alma se dirige a aquel objeto
Que la hirió con sus flechas amorosas:
Todos salen heridos del combate
Y los tiros asestan hacia aquélla
Que hiriéndonos se dio ella por vencida,

209 Y el mismo vencedor ensangrentado
En medio de su triunfo se presenta.
Así, pues, a quien Venus ha llagado,
Ya tomando los miembros delicados
De un muchacho, o haciendo que respire
Una mujer amor por todo el cuerpo,
Se dirige al objeto que la hiere,
Impaciente desea a él ayuntarse
Y llenarle de semen todo el cuerpo:
El deleite presagia la ansia ciega:
Ésta, pues, es la Venus que tenemos,
De aquí el nombre de amor trajo su origen,

210 De aquí en el corazón se destilara
Aquella gota de dulzor de Venus
Que en un mar de inquietudes ha parado:
Porque si ausente está el objeto amado,
Vienen sus simulacros a sitiarnos
Y en los oídos anda el dulce nombre.

211 Conviene, pues, huir los simulacros,
De fomentos de amores alejarnos,
Y volver a otra parte el pensamiento,
Y divertirse con cualquiera objeto;

212 No fijar el amor en uno solo,
Pues la llama se irrita y se envejece
Con el fomento, y el furor se extiende
Y el mal de día en día se empeora.

213 Si no entretienes tú con llagas nuevas
Las heridas que te hizo amor primero,
Y haciéndote veleta en los amores
No reprimes el mal desde su origen
Y llevas la pasión hacia otra parte.

214 Las dulzuras de Venus no renuncia
Aquél que huye de amor: por el contrario,
Coge sus frutos solo sin disgusto.

215 Gozan siempre las almas racionales
De un deleite purísimo y seguro,
Mejor que los amantes desgraciados,

Que al mismo tiempo de gozar fluctúan
Sobre el hechizo de su amor incierto.

216 No saben do fijar ojos y manos;
Aprietan con furor entre sus brazos
El objeto primero que agarraron,
Le molestan muchísimo, y sus dientes
Clavan cuando le besan en los labios,
Porque no tienen un deleite puro;

217 Secretamente son aguijoneados
A maltratar aquel objeto vago
Que motivó su frenesí rabioso:
Pero Venus mitiga los dolores
Gozando del amor suavemente,
Y con blando placer las llagas cura.

218 Pues los amantes tienen esperanza
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado
Su pecho en amor ciego, puede él mismo
Apagar el incendio que ha movido;

219 Pero se opone la naturaleza:
Y es la única pasión de cuyos goces
Con bárbaro apetito se arde el pecho;

220 Pues el hambre y la sed se satisfacen
Fácilmente por dentro repartidos
Bebidas y alimentos en los miembros,
Y se pueden pegar a ciertas partes.

221 Pero un semblante hermoso y peregrino,
Sólo deja gozar en nuestro cuerpo
Ligeros simulacros que arrebata
Miserable esperanza por los aires.

222 Así como un sediento busca en sueños
El agua ansiosamente, y no la encuentra,
Para apagar el fuego de su cuerpo,
Y sólo da con simulacros de agua,
Y con vana fatiga de sed muere
Bebiendo en un río caudaloso;

223 Del mismo modo engaña a los amantes
Venus con simulacros: ni la vista
De un cuerpo hermoso hartura puede darlos,
Ni quitar de sus miembros delicados
Alguna parte pueden con sus manos
Que inciertas manosean todo el cuerpo.

224 En fin, cuando sus miembros enlazados
Gozan el fruto de la edad florida,
Cuando el cuerpo presagia los contentos
Y a punto Venus de sembrar los campos,
Los amantes agárranse con ansia,
Y juntando saliva con saliva
El aliento detienen apretando
Los labios y los dientes; pero en vano,
Porque de allí no pueden sacar nada
Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;

225 Al parecer son estos sus intentos;
Venus los junta con ansiosos lazos
Cuando en el seno del placer sus miembros
En licor abundante se derriten
Conmovidos en fuerza del deleite;

226 En fin, cuando la Venus recogida
De los nervios saltó, por un momento
El ardor violento se amortigua
Vuelve después con más furor la rabia,
Buscando sin cesar tocar el blanco
De sus deseos; pero no hallan medio
Con que puedan triunfar de su desgracia:
¡Tan ciega herida errantes los consume!

227 Agrega a los tormentos que padecen
Sus fuerzas agotadas y perdidas,
Una vida pasada en servidumbre,
La hacienda destruida, muchas deudas,
Abandonadas las obligaciones,
Y vacilante la opinión perdida:
Perfumes y calzado primoroso
De Sición, que sus plantas hermosea:
Y en el oro se engastan esmeraldas
Mayores y de verde más subido
Y se usan en continuos ejercicios
De la Venus las telas exquisitas,

228 Que en su sudor se quedan empapadas:
Y el caudal bien ganado por sus padres
En cintas y en adornos es gastado:
Le emplean otras veces en vestidos
De Malta y de Scio: le disipan
En menaje, en convites, en excesos,
En juegos, en perfumes, en coronas,
En las guirnaldas, pero inútilmente;

229 Porque en el manantial de los placeres
Una cierta amargura sobresalta,
Que molesta y angustia entonces mismo;

230 Bien porque acaso arguye la conciencia
De una vida holgazana y desidiosa
Pasada en ramerías; o bien sea
Que una palabra equívoca tirada
Por el objeto amado, como flecha,
Traspasa el corazón apasionado
Y toma en él fomento como fuego;

231 O bien celoso observa en sus miradas
Distracción hacia él mirando a otro,
O ve en su cara risa mofadora.

232 Si en el amor feliz hay tantas penas,
Innumerables son las inquietudes
De un amor desgraciado y miserable:
Se vienen a los ojos tan de claro,

Que es mejor abrazar, como he enseñado,
El estar siempre alerta, y no dejarse
Enredar en sus lazos; pues más fácil
Es evitar las redes, que escaparse
Y de Venus romper los fuertes lazos
Cuando el amor nos tiene ya prendidos,
Y aunque fueras cogido y enredado
Podrías evitar el infortunio

233 Si tú mismo no fueras a buscarle;
Si primero los ojos no cerraras
Sobre todos los vicios de su alma
Y sobre los defectos corporales
De aquel objeto por quien sólo anhelas:
Ciega por lo común a los amantes
La pasión, y les muestra perfecciones
Aéreas; porque vemos que las feas
Aprisionan los hombres de mil modos,
Y hacen obsequio grande a las viciosas:
Y unos de otros se burlan y aconsejan
El aplacar a Venus mutuamente

234 Que los aflige con amor infame:
Si es negra su querida, para ellos
Es una morenita muy graciosa;

235 Si sucia y asquerosa, es descuidada;
Si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;
Si seca y descarnada, es una corza

Del Ménalo; si enana y pequeñita,
Es una de las gracias, muy salada;

236 Si alta y agigantada, es majestuosa,
Llena de dignidad; tartamudea
Y no pronuncia bien, es un tropiezo
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;

237 Colérica, envidiosa, bachillera,
Es un fuego Vivaz que no reposa;
Cuando de puro tísica se muere,
Es de un temperamento delicado;

238 Si con la tos se ahoga y desfallece,
Entonces es beldad descaecida;
Y si gorda y tetuda, es una Ceres,
La querida de Baco: si chatilla,
Es silla de placer; ¡nadie podría
Enumerar tan ciegas ilusiones!

239 Pero demos que sea ella un hechizo
Y que la haya agraciado Venus misma;
No faltan en el mundo otras hermosas,
Y sin ellas pasamos. La hermosura
A las mismas miserias está expuesta,
Y a las mismas flaquezas que la fea;

240 Tenemos evidencia: y la infelice
Por su hedor insufrible se sahúma,
De la cual huyen mucho sus doncellas,

Y a escondidas dan grandes carcajadas.

241 Llorando, empero, el despedido amante
Muchas veces adorna los umbrales
Con flores y guirnaldas, derramando
Perfumes en los postes altaneros,
Y da en las puertas besos infelices;

242 A quien si ya una vez introducido
Un ligero olorcillo molestara
Al entrar en la casa buscaría
Al punto algún pretexto de alejarse;

243 Se olvida de las quejas elocuentes
Tanto tiempo pensadas, y se acusa
De mentecato por haber supuesto
En aquella mortal más perfecciones
Que és justo conceder: muy bien lo saben
Nuestras diosas: ocultan por lo mismo
Estas flaquezas de la vida a quienes
Desean sujetar de amor con grillos:
Muy necias son en esto; porque puedes
Correr el velo a todos sus misterios,
E informarte de todos sus secretos:
Y si es de buena índole y modesta,

244 A mal no llevará que tú igualmente
Veas y observes la miseria humana.
No siempre la mujer con amor falso

Suspira: cuando el cuerpo de su amante
Contra su seno aprieta entre sus brazos;

245 Cuando sus labios húmedos imprimen
Besos que fluyen el deleite, entonces
Su amor es verdadero, y deseosa
De gozar el placer común a entrambos,
Le incita a que concluya la carrera
Del amor: no podrían de otro modo
Las aves, los ganados y las fieras
Y yeguas a los machos ayuntarse,
Si las hembras calientes no estuvieran,
Sin ellas no excitaran los hervores
Del placer esta dulce resistencia
Tan favorable a la caliente Venus.

246 ¿Por ventura no ves también aquéllos
Que un deleite recíproco ayuntara
En mutua ligadura atormentados?

247 ¿Y queriendo los perros desligarse,
En las encrucijadas muchas veces
Cada uno tira mucho por su parte
Cuando los tiene Venus aún pegados
Con fuertes ataduras? No lo harían
Si no fueran comunes los contentos
Que en aquel dulce lazo los unieron,
Teniéndolos a entrambos en prisiones
Sólo el placer recíproco es deleite.

248 Y por fortuna en el ayuntamiento,
Cuando ordeñó con suma ligereza
Y el viril semen embebió la hembra,
Al padre o a la madre se parecen
Los hijos, en razón que dominare
El semen de uno u otro; y si de entrambos
Fueren los hijos un retrato vivo,
De la sangre más pura de sus padres
Fueron formados, cuando las semillas
Excitadas por Venus en los miembros
El recíproco ardor equilibrara,
Y con igual influjo concurrieron.

249 A las veces sucede parecerse
A los abuelos, o a los bisabuelos,
Porque encierran los padres de ordinario
En su cuerpo muchísimos principios
Que, de padres a hijos transmitidos,
Vienen de un mismo tronco: después Venus
Varía las figuras, y remeda
El semblante, la voz y los cabellos
De los abuelos, porque son formadas
Aquestas partes de nosotros mismos
No menos que la cara, cuerpo y miembros
De germen fijo. Y la viril semilla

250 En producir el sexo femenino
Influye, y los varones engendrados
Son del materno semen; porque el hijo
Resulta siempre de las dos semillas,
Y aquel a quien el hijo más saliere
Suministró más parte de elementos,
Como en varones y hembras verlo puedes.

251 No impiden a ninguno las deidades
El propagar su especie, y que le llamen
Padre sus dulces hijos; o que vivan
En un perpetuo estéril himeneo,
Como lo creen muchos, y afligidos
Las aras bañan de copiosa sangre
Y llenan de presentes los altares
Para que con raudales de semilla
Empreñen sus mujeres: pero en vano
A los dioses y oráculos fatigan.

252 Estériles se quedan las mujeres
Cuando el semen es fluido o espeso
Con extremo: muy fluido no puede
Fijarse en los parajes destinados,
Se corre y se derrama en el momento;

253 Muy espeso, su misma consistencia
No le deja saltar bastante lejos
Y penetrar los sitios igualmente,

O penetrando en ellos, con el semen
De la mujer no es fácil se entrevere.

254 Porque en efecto, hay mucha diferencia
Por la organización en las uniones,
Y unos mejor empreñan unas que otras,
Y muchas fueron antes infecundas
En varios himeneos, y no obstante
Llegaron a tener un buen marido
Que supo fecundarlas, y quedaron
Enriquecidas con sabrosos hijos:
Y después de infinitos matrimonios
Infructuosos, encontraron otros
Apoyos de vejez con nueva esposa:
Tan esencial es la correspondencia

255 De la organización en los esposos,
Para poder unirse las semillas
Con las que tengan más analogía
Y adquieran la precisa consistencia.

256 Es preciso también ser circunspecto
Sobre la calidad del alimento,
Pues se espesan los sémenes con unos,
Con otros se atenúan y disuelven.

257 También debe observarse la manera
De tratar a la misma dulce venus;
Pues como los cuadrúpedos se ayuntan

Muchos son de opinión que los esposos
Deben hacerlo, porque de este modo
Pueden las partes recibir el semen
Echando el pecho y levantando el lomo.

258 No conviene que hagan las esposas
Movimientos lascivos, porque impiden
Hacerse la mujer embarazada
Cuando con los meneos de las nalgas
La venus del varón estorba inquieta
Y da oleadas con el tierno pecho;

259 La reja del arado echa del surco,
Y el chorro seminal quita del sitio.
Por utilidad propia las rameras
Tuvieron la costumbre de moverse,
Por no hacerse preñadas con frecuencia
Y porque al mismo tiempo los varones
Tuviesen una venus más gustosa:
Mas la honesta mujer no las imite.

260 No es preciso el auxilio de los dioses
Ni las flechas de Venus para amarse.
A veces la más fea mujercilla,
Su conducta, su agrado su limpieza,
Sus artificios inocentes hacen
Que se acostumbre el hombre fácilmente
A vivir en su trato y compañía,
Porque engendra cariño el mucho trato:

Golpes reiterados, aunque leves,
Al cabo de años triunfan de los cuerpos
Más sólidos. ¿No observas que las gotas
De la lluvia que caen sobre las peñas
261 Después de mucho tiempo las socavan?

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO V

✦

1 ¿Quién con robusto pecho cantar puede
Según la majestad de los objetos
Estos descubrimientos asombrosos;

2 O quién tan elocuentes labios tiene
Que pueda celebrar las alabanzas
Según merece aquel sublime genio
Que nos dejó los frutos de su mente?

3 Nadie que mortal cuerpo haya tenido;
Porque, si como exige la grandeza
De los descubrimientos de las cosas
Es preciso que hablemos de las mismas,
Un dios fue aquél, un dios, ínclito Memmio,
Que primero inventó aquel plan de vida
Que hoy de sabiduría tiene nombre,
Haciendo que por medio de este arte
Sucediese la calma a las tormentas,
Y a las tinieblas una luz hermosa.

4 Los inventos antiguos de otros dioses
Compara tú con éstos: porque dicen
Haber a los mortales enseñado
Ceres el modo de coger los frutos
Y el zumo de la vid el padre Baco;

5 Pudiéndose vivir sin estos dones,
Como cuentan que viven al presente
Muchas naciones: pero sin virtudes,
Vivir no se podría felizmente:
Tenemos, pues, justísimos motivos
De ser un dios para nosotros éste
Cuyos dulces consuelos extendidos
Por todas las naciones de la tierra
Los ánimos halagan en sus cuitas.

6 Estás muy engañado si presumes
Que los trabajos de Hércules le exceden;
¿Pues , qué daño al presente nos harían
Aquella boca del león nemeo
Anchurosa, y las cerdas erizadas
Del jabalí de Arcadia? ¿qué podrían
De Creta el toro, y la lernea plaga
De la hidra atrincherada de serpientes
Ponzoñosas? o ¿qué de los tres cuerpos
Del enorme Gerión se nos daría?

7 ¿Y acaso los caballos de Diomedes,
Cuyas narices fuego resollaban
Allá cerca del Ísmaro en la Tracia
Y en las Bistonias costas nos dañaran?

8 ¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,
Del Estínfalo horribles moradoras?
¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fiero

Del jardín y fulgentes pomas de oro
De Hespérides, aquel dragón furioso
Que vibraba amenazas de sus ojos,
Y cuyo enorme cuerpo el rico tronco
Con roscas y más roscas abrazaba
Del océano Atlántico las playas
Y cerca de aquel mar inaccesible
Sobre el cual nunca osaron exponerse
Ni romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,

9 Aunque se viesen monstruos semejantes
Y el mundo no estuviera limpio de ellos?
No causarían daño, según pienso;

10 Ahora hierve la tierra todavía
En alimañas, y el espanto reina
Por los bosques, y selvas y montañas;

11 Podemos evitarlas sin embargo.
Pero si no tenemos limpio el pecho,
¡Qué combates tan recios sostendremos!

12 Y a pesar nuestro, entonces, ¡cuántos riesgos
Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes,
De qué cuidados y de qué temores
No es desgarrado el corazón del hombre
Que se entrega sin freno a sus pasiones!

13 ¡Cuántos estragos hacen en su alma
Orgullo, obscenidad y petulancia!
¡Cuántos el lujo y la desidia torpe!

14 Así el que a todos estos enemigos
Hubiera sujetado, y de su pecho
Los hubiese lanzado con las armas
De la razón tan sólo, ¿no debemos
Colocar este hombre entre los dioses?

15 ¿Qué diremos si en términos divinos
Su lengua desató este mismo sabio
Para hablar de los dioses inmortales
Y para descubrir a nuestros ojos
De la naturaleza los misterios?

16 Entrando yo en la senda que me he abierto,
Proseguiré enseñándote las leyes
Que hacen que todo ser tenga su límite
Según su formación, y que no pueda
Pasar jamás los límites prescritos
A su duración propia: pues habiendo
Probado nace el alma con nosotros,
Que no puede durar eternamente,
Que no son más que vanos simulacros
Las fantasmas, imágenes de muertos,
Que creemos en sueños ver nosotros:
Y el orden mismo de mi objeto ahora

17 Me conduce a tratar del nacimiento
Del mundo y de su término postrero;
Y también a explicarte de qué modo
Los átomos unidos han formado
La tierra, el cielo, el mar, el Sol, los astros,
Y el globo de la Luna: qué animales
Ha parido la tierra, y cuáles nunca
Pudieron existir: y por qué encanto,
Variando los hombres las palabras
Entre sí, establecieron el comercio
De las ideas; cómo se introdujo
Aquel miedo a los dioses en los pechos

18 Que en todos los países de la tierra
Conserva templos, lagos, bosques, aras,
Y las santas estatuas de los dioses.

19 Explicaré las leyes que ha prescrito
Del Sol al curso la Naturaleza
Y a las revoluciones de la Luna;

20 Para que no creamos falsamente
Que por un espontáneo movimiento
Eternamente ruedan estos astros
Tan obsequiosos entre cielo y tierra,
Para acrecentamiento de los frutos
Y de los animales: o que sea
A los dioses debido en cierto modo
El período de sus revoluciones:

Porque los que estuvieren persuadidos
Del descuido en que viven las deidades,
Si no obstante se admiran de las causas,
Aun de las naturales apariencias

21 Que se observan encima de nosotros
En la región etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo
Y nos ponen tiranos inflexibles,
A quienes para colmo de miseria
Conceder un poder ilimitado,
Por no saber qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que ha señalado la Naturaleza,
En fin, a la energía de los cuerpos.

22 Yo no ignoro cuán nueva e increíble
Es la opinión de que la tierra y cielo
Se acabarán, y cuán difícil sea
Para mí convencer a los mortales
De una verdad que hasta ahora no ha llegado,
A sus oídos; que por otra parte
No pueden a la vista sujetarla
Ni al tacto, los dos únicos caminos
Que a la evidencia guían hasta el templo
Del espíritu humano: sin embargo,
Yo romperé el silencio: la experiencia
Vendrá quizá en apoyo de mi aserto;

23 Verás quizá dentro de poco tiempo,
Agitado de horribles terremotos,
Todo el orbe en ruinas convertido.

24 Aleje de nosotros el destino
Desastre semejante; el raciocinio
Convénzanos más bien que la experiencia
De que es posible se hunda todo el Globo
Con un fragor horrísono deshecho.

25 Antes de que yo empiece a revelarte
Los decretos del hado más sagrados
Y mucho más seguros que no aquéllos
Que pronuncia la Pitia coronada
De laurel en la trípode de Apolo,
Quiero infundirte aliento con verdades
Consoladoras, por si acaso piensas,
De la superstición aherrojado,
Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo,
Los astros y la Luna son substancias
Eternas y divinas; presumiendo
Que son impíos como los gigantes,

26 Dignos de los suplicios más atroces
Por su horrible atentado, los que quieran
Desbaratar las bóvedas del Mundo
Y apagar la clarísima lumbrera
Del Sol con vanas argumentaciones,
Tratando lo inmortal con mortal labio.

27 Pero están estos cuerpos tan distantes
De la divinidad, y nos parecen
Tan indignos de estar entre los dioses,
Que, al contrario, más bien nos dan ideas
De una materia bruta inanimada:
No se debe creer que el sentimiento
E inteligencia sean propiedades
De cualquier cuerpo indiferentemente.

28 Así como en el aire estar no puede
El árbol, ni en el mar salado nubes,
Ni peces en los campos, ni en los leños
La sangre, ni los jugos en las piedras,
Porque ha prescrito la naturaleza
A cada ser el sitio donde nazca,
Y do se desarrolle; así no puede
Nacer el alma aislada sin un cuerpo,
Sin nervios y sin sangre: si posible
Y fácil fuera, mucho más podría
Formarse en la cabeza o en los hombros,
O en los talones o en cualquiera parte

29 Del cuerpo; porque al fin ella estaría
En el mismo hombre y vaso de continuo.
Mas como estamos ciertos que en el cuerpo
Tienen ánimo y alma en sitio fijo
Donde nacen y crecen apartados;

30 Por lo mismo diremos que no puede
El alma subsistir sino en un cuerpo,
Y sin forma animal en los terrones
Pesados de la tierra, o en el fuego
Del Sol, o en el agua o en los aires:
Luego no están dotadas estas masas
De alma divina, puesto que no pueden
Gozar el movimiento de la vida.

31 Tampoco puedes presumir que tengan
Los dioses sus moradas sacrosantas
En una de las partes de este mundo:
Porque ellos son substancias tan sutiles,
Que el sentido no puede percibirlas,
Ni el espíritu apenas comprenderlas:
Si escapan al contacto de las manos,
No deben tocar ellos ningún cuerpo
Que podamos tocar; porque no puede
Tocar el que de suyo es intangible:
Luego muy diferentes de las nuestras
Deben ser sus moradas, tan sutiles

32 Como sus cuerpos: lo que extensamente
Te probaré en la serie de mi escrito.
Decir, a la verdad, que en favor nuestro
Han querido los dioses disponernos
El orden bello de naturaleza;

33 Que debemos loar por esto mismo
Esta obra admirable de los dioses;
Por inmortal y eterna reputarla;

34 Que es un crimen minar con lengua osada
De este edificio eterno los cimientos,
Que levantó para la especie humana
El saber de los dioses inmortales:
Estas fábulas y otras semejantes
Indicio, ¡oh Memmio!, son de gran locura.

35 ¿Qué utilidad nuestro agradecimiento
Podría acarrear a aquellos seres
Inmortales por sí y afortunados,
Para empeñarlos en obsequio nuestro
A emprender esta obra y concluirla?

36 ¿O qué nuevo interés pudo inducirlos
Pacíficos después de tantos siglos
A codiciar nuevo tenor de vida?

37 Aquél sólo apetece las mudanzas
Que de suerte infeliz es perseguido:
Pero aquél que jamás probó infortunio
Gozando de tranquila y dulce vida,
¿Qué nuevo estado pudo enamorarle?

38 ¿En las tinieblas y en angustia estaba
Su vida acaso hundida hasta el momento
En que nueva brilló naturaleza?

39 Y de no haber nacido, ¿qué desgracia
Nos podía venir? Cualquier nacido
Tan sólo debe apetecer la vida
Mientras blando placer le tenga en ella:
Pero aquél que jamás contado fuera
Entre los que gustaron su dulzura,
¿En no haber existido, qué perdiera?

40 ¿De dónde, pues, sacaron las deidades
Para la creación del Universo
El ejemplar y la primera idea
De los hombres, de modo que pudiesen
Concebir claramente su proyecto
Y ejecutarle? o ¿cómo conocieron
Las cualidades de los elementos,
Y lo que pueden sus combinaciones
Diferentes, a no ser que la misma
Naturaleza lo haya declarado?

41 Porque al cabo de siglos infinitos
Los muchos elementos de materia
Por choques exteriores sacudidos,
Y de su mismo peso arrebatados
Y llevados con raudo movimiento,
De diversas maneras se juntaron,
Probaron todas las combinaciones
De que pudiesen resultar los seres;

42 Por lo que no es extraño que hayan dado
Con la disposición y movimientos
Que forman este mundo y le renuevan.

43 Suponiendo que yo mismo ignorara
De los principios la naturaleza,
A asegurar, no obstante, me atreviera,
Cielo y naturaleza contemplando,
Que no puede ser hecha por los dioses
Máquina tan viciosa e imperfecta.

44 Cuanto coge la bóveda celeste
Del globo que habitamos, en gran parte
Las montañas y selvas y las fieras
Como si fuera propio lo dominan;

45 El mar que nos lo estrecha con sus brazos
Las rocas y lagunas lo poseen;
Un ardor insufrible, un hielo eterno
Casi dos partes roba a los mortales:
Y llenara de abrojos lo restante
Naturaleza a si misma entregada,
Si la industria del hombre no acudiera,
Hecho a gemir por alargar la vida
Bajo penoso afán, y a abrir la tierra
Con la pesada reja; si volviendo
Con ella los terrones, y domando
El suelo ingrato no le precisamos.

46 Los gérmenes no pueden por sí mismos
Salir y levantarse al aire puro:
Y a veces estos frutos son costosos
Cuando ya tienen hoja y ya florecen,
O los abrasa el sol con sus ardores,
O con ellos acaban los turbiones,
O frecuentes heladas los destruyen.

47 ¿Por qué causa sustenta y multiplica
En mar y tierra la Naturaleza
Esa horrífera casta de las fieras
Que a la raza humanal es tan dañosa?

48 ¿Por qué las estaciones traen los morbos?
¿Por qué vaga la muerte prematura?
Y el niño, semejante al marinero
Que a la playa lanzó borrasca fiera,
Tendido está en la tierra, sin abrigo,
Sin habla, en la indigencia y desprovisto
De todos los socorros de la vida,
Desde el momento en que naturaleza
A la luz le arrancó con grande esfuerzo
Del vientre de la madre, y llena el sitio
De lúgubre vagido como debe
Quien tiene que pasar tan grandes cuitas.

49 Crecen las fieras y ganados varios,
Y ni el chupar ruidoso necesitan,
Ni con alma nodriza se les pone

Para acallarlos con lenguaje tierno;

50 Ni acomodan al tiempo sus vestidos
Ni de armas ni de muros elevados
Necesitan, en fin, con que defiendan
Sus bienes y riquezas; pues la tierra
Y la naturaleza largamente
Abastecen de todo a cada uno.

51 Primeramente, si la tierra y agua
Y los soplos ligeros de los aires
Y los vapores cálidos del fuego
A nacimiento y muerte están sujetos,
Debe correr la misma suerte el mundo,
Que de estos elementos se compone;

52 Porque siendo nativas y mortales
Las partes, debe el todo ser lo mismo:
Por lo que cuando veo renacidas
Las partes y los miembros agotados
Del mundo, me persuado que han tenido
Algún primer instante Cielo y Tierra,
Y me persuado su final ruina.

53 No te presumas, Memmio, que yo avanzo
Una proposición aventurada
Al decir que es mortal la tierra y fuego
Y que perecerán el aire y agua;

54 Que los mismos renacen y se aumentan.
Abrasada una parte de la tierra
Por los continuos soles, y hecha polvo
Con el pisar, se agrupa en torbellinos
Que los vientos robustos desparraman
Como ligeras nubes por los aires.

55 Parte de los terrones se resuelve
En agua con las lluvias y los ríos
Continuamente roen las orillas:
Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro
Con su propia substancia, se consume;

56 Y puesto que la Tierra es común madre
Y general sepulcro de los cuerpos,
Se gasta se repara de continuo.

57 Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan
Y arrojan sin cesar copiosas aguas,
Lo declara la inmensa copia de ellas,
Que a enriquecerlos va por todas partes:
Mas las continuas y hórridas tormentas
Impiden llegue a ser muy abundante:
Barriéndola los vientos con su soplo
Y etéreo Sol chupándola con rayos
Reducen su volumen: otra parte
Se sume por las tierras y se filtra.

58 Se limpia de sus sales, se recoge
Toda en el nacimiento de los ríos,
Fluye sobre la tierra dulcemente
Por donde, una vez rota, facilita
Que con líquido pie corran las aguas.

59 Del aire voy a hablar, que cada instante
Prueba vicisitudes infinitas,
Pues todo cuanto fluye de los cuerpos
En este vasto océano se pierde;

60 El cual, si no les diera partes nuevas
Y sus pérdidas siempre reparara,
Ya se hubiera disuelto todo cuerpo
Y convertido en aire: luego siempre
Es producido el aire por los cuerpos
Y los cuerpos en aire se resuelven,
Pues es ley de la vida que los seres
Fluyan en general continuamente.

61 Y la perenne fuente de luz pura
El Sol etéreo, baña de continuo
El cielo con un brillo renaciente,
Y alimenta la luz con otra nueva;

62 Pues sus rayos se pierden al ponerse.
Lo puedes observar cuando las nubes
Hacia el Sol empezaron a arrimarse,
Y los rayos de luz casi ya cortan;

63 Toda su inferior parte en el momento.
Desaparece, obscúrase la tierra
Por todo cuanto abrazan los nublados,
Para que veas necesitan siempre
De nueva luz los cuerpos, y que muere
Cada rayo en su mismo nacimiento;

64 Y sería imposible de otro modo
Percibir los objetos sin que diera
El manantial de luz rayos perpetuos.

65 La misma luz artificial de casa
Y las coloradas lámparas y teas,
Que despiden de sí unos torbellinos
De llama y humo, corren de este modo
Con auxilio de fuegos tembladores
A dar una luz nueva de continuo,
Sus emisiones nunca se interrumpen:
Con tanta rapidez todos los fuegos
Reemplazan a la llama que se apaga
Con otra luz de súbito formada.

66 Así en vez de tener el Sol, la Luna
Y estrellas como cuerpos inviolables,
Debes creer que sólo nos alumbran
Siempre por emisiones sucesivas,
Que sin cesar se pierden y renuevan.

67 Por último; ¿no ves triunfar el tiempo
Aun de las piedras, y venirse al suelo
Altas torres, y a polvo reducirse
Los peñascos, hundirse y arruinarse
A pesar de los dioses, sus estatuas;

68 Que la deidad no puede hacer traspasen
Los límites prescriptos por el hado,
Ni ella misma luchar contra las leyes
Que la Naturaleza ha establecido?

69 ¿No vemos los humanos monumentos
Caer desmoronados ciertamente
Como si fueran por vejez minados?

70 ¿No ves rodar desde los altos montes
Peñascos desprendidos, incapaces
De resistir a las gigantes fuerzas
De un tiempo limitado? De repente
No se desprenderían ni cayeran,
Si al cabo de un gran número de siglos
Hubieran resistido los asaltos
Del tiempo, sin jamás rendirse a ellos.

71 Esa bóveda inmensa, en fin, contempla
Que dentro de sí abraza todo el orbe;
El cielo mismo, que al decir de algunos

Crea todos los seres, y disueltos
Los vuelve a recibir, tuvo principio,
Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso;

72 Porque el ser que otros seres alimenta
Con su substancia, debe consumirse,
Cuando acción creadora los repara.

73 Si la Tierra y el Cielo no tuvieron
Jamás principio y fueron siempre eternos,
¿Cómo es que no cantaron los poetas
Los sucesos también que precedieron
A la guerra tebana y fin de Troya?

74 ¿Dó fueron a parar tantas hazañas
De varones ilustres, excluidas
De los eternos fastos de la fama?

75 Nuevo es empero el mundo según pienso,
En la infancia está aún, y muy reciente
Tiene la fecha: pues se perfeccionan
También algunas artes al presente,
Y ahora se inventan otras; se adelanta
En la navegación bastante ahora;

76 Inventaron los músicos ha poco
Las Voces y sonidos melodiosos:
Esta naturaleza de las cosas

Y esta filosofía ahora han nacido
Y ahora soy yo mismo el que primero
Puedo de ellas hablar en nuestra lengua.

77 Pues si acaso presumes tuvo el Mundo
Todas estas ventajas en lo antiguo,
Mas que generalmente perecieron
Con voraz llama las generaciones,
O que se destruyeron las ciudades,
Aun debes afirmar más convencido
La ruina también de Cielo y Tierra:
Porque atacado de tan grandes males
Y expuesto el universo a tantos riesgos
Se hubiera destruido y arruinado
Si hubieran atacado más de recio;

78 Una prueba clarísima tenemos
De que somos mortales, enfermando
Con las mismas dolencias que enfermaron
Aquéllos que salieron de la vida.

79 Subsiste, pues, un cuerpo eternamente,
O porque siendo sólido resiste
Al choque y no permite le penetre
Otro que pueda disociar sus partes,
Como hacen los principios de materia,
Cuya naturaleza expliqué antes;

80 O porque es inaccesible al choque
Como el vacío, el impalpable espacio
A que acción destructora nunca llega;

81 O porque no le cerca algún espacio
Que pueda recibir en sí los restos
Después de disolverse; como el todo,
Fuera del cual no escaparán sus partes,
Ni hay cuerpos que las choquen y dividan.

82 Aunque sólido el Mundo, como dije,
No es inmortal, porque se da vacío
En la Naturaleza: ni tampoco
Lo es como el vacío, porque hay cuerpos
Innumerables en el vasto espacio
Cuyos ataques súbitos conmueven
Nuestro Mundo y le ponen en peligro
De perecer. Espacios hay inmensos
También en donde pueden dispersarse
Todas las partes de sus elementos,
O de otro cualquier modo aniquilarse.

83 No se cierran las puertas de la muerte
Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares;
Antes para tragarlos les presenta
Una boca disforme y anchurosa:
Por lo que a confesar te ves forzado
Haber tenido todos estos cuerpos
Principio, porque siendo destructibles,

Después de haber corrido tantos siglos,
De ningún modo hubieran resistido
De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo.

84 La lucha, en fin, que reina entre los miembros
Vastísimos del Mundo, guerra impía
Que siempre los agita, ¿no declara
Que pueden acabarse y concluirse
Estos largos combates algún día?

85 Cuando hubieren el Sol y todo el fuego
Las aguas totalmente consumido,
Y hubieren conseguido una victoria
A que todas sus fuerzas se dirigen
Sin un feliz suceso todavía,
Pues abastecen tanto al mar los ríos,
Y amenazan los mares anegarnos
Desde el profundo abismo inútilmente:
Porque siendo barridos por los vientos,
Y del Sol absorbidos por los rayos,
Se van disminuyendo y los secaran
Primero que su fin lograse el agua.

86 De grandes intereses animados,
Estos dos elementos se hacen guerra
Con fuerza igual; aunque, según es fama,
Habiendo una vez sola dominado
El fuego ya en la tierra, y habiendo otra
Reinado el agua sobre el continente,

Triunfó no obstante el fuego, y una parte
Del mundo consumió con voraz llama
Cuando fue arrebatado Faetonte
Del Sol por los caballos desbocados,
Y por el aire y climas le arrastraron;

87 Pero entonces el Padre Omnipotente
Colérico y furioso lanzó a tierra
Un pronto rayo desde el mismo carro
A Faetón magnánimo, y su padre
Volvió a tomar después de su caída
La sempiterna lámpara del mundo;

88 Y ordenó nuevamente los corceles
Por el terror atónitos, dispersos,
Y su antigua carrera prosiguiendo,
Calmó de nuevo la naturaleza:
Los poetas antiguos de la Grecia
Así cantaron; la razón lo impugna,
Puesto que puede superar el fuego,
Si moléculas ígneas abundantes
Caen desde el Universo en nuestro Globo;

89 O algún poder contrario sobrepuja
La acción del fuego o a la vez perecen
Los seres vorazmente consumidos.

90 Cuentan también que en otro tiempo el agua
Victoriosa quedó, cuando anegadas
Dejó muchas ciudades; pero cuando
Desvaneció contraria fuerza al agua
De todo el Universo congregada,
Se pararon las lluvias y los ríos
Refrenaron el ímpetu furioso.

91 Pero de qué manera haya fundado
El casual concurso de principios
Cielo y Tierra y abismos de los mares,
La carrera del Sol y de la Luna,
Lo dirá por su orden este canto:
No por efecto de su inteligencia
Ni por su reflexión se colocaron
En el orden que vemos los principios;

92 Ni entre sí, a la verdad, han concertado
Sus movimientos; sino que infinitos
Los principios, movidos de mil modos,
Sujetos a impulsiones exteriores
Después de tanto número de siglos,
Y conducidos a su mismo peso,
Cuando de todos modos se juntaron,
Y cuando todas las combinaciones
Posibles, entre sí experimentaron,

Después de mucho tiempo y muchas juntas
Y movimientos, se coordinaron
Por último, y se hicieron grandes masas,

93 Que llegaron a ser en cierto modo
El bosquejo primero de la Tierra,
Del mar, del Cielo y seres animados.

94 No se veía entonces remontado
Por los aires el carro luminoso
Del Sol, ni las estrellas del gran mundo,
Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra,
Ni el aire ni otra cosa semejante
A las que nos rodean; sí un conjunto
De confusos principios borrascoso;

95 Después algunas partes empezaron
De esta masa disforme a separarse,
Los homogéneos átomos se juntan,
Desenvolviose el mundo y se formaron
Sus vastos miembros, y sus grandes partes
De toda especie de átomos se hicieron:
La discordia que había en los principios
Turbaba y confundía grandemente
Los intervalos, direcciones, lazos,
Las pesadeces, fuerzas impulsivas,
Combinaciones, y los movimientos
A causa de sus formas diferentes,

96 Y por la variedad de sus figuras
No podrían así quedar unidos;
El Cielo separose de la Tierra,
Y se atrajo la mar todas las aguas
Y los fuegos del éter también fueron
A brillar separados con luz pura.

97 Porque los elementos de la Tierra
Más graves y embrollados se juntaban
Y en el centro ocupaban las regiones
Más inferiores; cuanto más estrecho
Su enlace fue, tanto mejor sacaron
Con superabundancia la materia
Que formase los mares, las estrellas,
El Sol y Luna y el recinto vasto
Del mundo; porque siendo los principios
De todos estos cuerpos más sutiles,
Esféricos y lisos que los otros
De la Tierra, rompiendo por lo mismo

98 El éter del primero por sus poros
Se subió a lo más alto, y muchos fuegos
Robó consigo en su ligera marcha:
No de otro modo así por la mañana
Cuando la luz dorada del Sol tiñe
Sus rayos en las hierbas esmaltadas,
Los lagos y los ríos perennales
Exhalan una niebla, y a las veces

Parece que la misma tierra exhala
Una especie de humor; emanaciones
Sutiles que, después de levantadas
Y en la atmósfera unidas, se dilatan

99 Debajo de las bóvedas del Cielo
En opaco tejido; y así el éter
Fluido y leve entonces condensado
Formó un vasto recinto, y esparcido
Por todas partes y hacia todos lados,
Todo lo rodeó con cerco inmenso.

100 Después el Sol y Luna se formaron,
Cuyos globos dan vueltas en el aire
Por entre Cielo y Tierra; sus principios
No se agregaron a los de la Tierra
Ni a los del éter vasto, porque ni eran
Tan pesados que a lo ínfimo bajasen,
Ni tan ligeros que a la parte opuesta
Pudieran elevarse; están en medio
Suspensos de manera que voltean
Como cuerpos vivientes, como partes
Las más activas de Naturaleza:
No de otro modo algunos miembros nuestros

101 Inmóviles se quedan en su puesto
A pesar de que hay otros que se mueven.
Por fin, entresacados estos cuerpos,
Se hundió la Tierra de repente, abriendo

Un hondo foso a las saladas aguas,
Por do al presente la llanura inmensa
Se extiende de los mares azulados;

102 Y cuánto más la tierra cada día
Abierta por la misma superficie,
Estaba recogida y condensada
Y más metida hacia su propio centro
Por la acción repetida de los fuegos
Del éter, y del Sol por todos lados,
Más el sudor salado se exprimía
De su cuerpo, y los mares aumentaba
Con sus emanaciones; y asimismo
Infinitas moléculas de fuego
Y del aire, escapando de la tierra
Por esta misma compresión, volaban

103 Y espesaban la bóveda fulgente
Del Cielo, tan distante de la Tierra:
Los campos se bajaban por lo mismo,
Las cumbres de los montes se empinaban,.

104 Porque hundirse las peñas no podían,
Ni la tierra allanar todas sus partes.
De esta manera el orbe condensado
A la vez adquirió peso y firmeza;

105 Todo el limo del mundo se hundió abajo,
Si así puede decirse, con su peso,
Y quedó allí sentado como poso:
Encima de la tierra quedó el agua;

106 Después el aire; luego el mismo éter,
Con sus fuegos; los más puros principios
Hicieron estos fluidos que no tienen
La misma ligereza; el fluido éter,
Que es el más transparente más ligero,
Circula sobre el aire sin mezclarse
Con las auras del aire borrascosas;

107 Le permite que todo lo revuelva
Con raudo torbellino; le permite
Con borrasca inconstante alborotarlo:
Con ímpetu arreglado él resbalando
Lleva consigo sus brillantes fuegos;

108 Porque el poder así uniformemente
Moverse el fluido éter lo declaran
Las olas de los mares, cuyo flujo
Periódico y reflujo sigue siempre
En continuo mover las mismas leyes.

109 Ora indaguemos cuál será la causa
Que a los astros obliga al movimiento:
Y diremos primero, que si rueda
Del Cielo la gran bóveda, debemos

Suponer comprimidos los dos polos
Del mundo, y encerrados y cogidos
Por dos corrientes de aire, la una de ellas
Que empuja por encima y mueve el Cielo
Según la misma dirección que siguen
Del mundo eterno los brillantes astros;

110 Por debajo la otra los traslada
En dirección contraria, como vemos
Volver los ríos ruedas y arcaduces.

111 También podría ser que el firmamento,
Estando inmóvil, sus lucientes astros
Describiesen un círculo; bien sea
Que la materia etérea recogida
Dentro del Cielo y sin cesar rodando
En derredor para encontrar salida,
Haga que se revuelvan por el Cielo
Los astros; o que en círculo los mueva
El aire externo; o bien que puedan ellos
Irse arrastrando a donde su alimento
Los llama y los convida recogiendo
En su carrera la materia ardiente

112 Que anda por todo el cielo derramada:
Porque es difícil explicar el cómo
En nuestro mundo pasan estas cosas:
Con exponer tan sólo me contento
Todos los medios que naturaleza

Puede emplear y en realidad emplea
En el gran todo, en estos mundos varios
Que de distinto modo ha fabricado:
Y prosigo explicando ya las causas
Todas posibles de los movimientos
De los astros, entre las que una sola
Necesariamente obra en nuestro mundo,

113 La cual no puede señalar quien sigue
Paso tras paso la naturaleza.
Y para que la Tierra quede inmóvil
En el centro del mundo, lentamente
Es preciso que pierda de su peso,
Y que se desvanezca; que sus partes
Más inferiores hayan contraído
Nueva naturaleza por haberse
Unido íntimamente con el aire,
Sobre el que están sentadas, y a quien ellas
Desde el principio fueron agregadas:
Y así la Tierra no es de peso al aire,

114 Ni en él se engulle: al modo que cada hombre
No siente el peso de sus propios miembros,
Ni pesa sobre el cuello la cabeza,
Ni sentimos del cuerpo todo el peso
Sobre los pies: al paso que fatiga
Cualquier peso, aunque leve, en nuestros hombros.

115 Es fuerza el observar atentamente
Con qué cuerpo otro cuerpo se incorpora:
Así la Tierra no es un peso extraño
De pronto a extraño fluido agregado,
Sino que concebida con el aire
A un mismo tiempo fue desde el primero
En que el mundo nació, del que parece
Una parte distinta, a la manera
Que hacen parte del cuerpo nuestros miembros.

116 El estremecimiento que ocasionan
Los truenos violentos en la Tierra
De tal modo la agitan, que al instante
Se comunica por los cuerpos todos:
Lo cual no sucediera si cogida
No la tuvieran las aéreas partes
Del mundo todo y la materia etérea;

117 Porque se enlazan estas tres substancias
Con raíces comunes muy unidas
Entre sí mismas desde aquel instante
En que fueron formadas. ¿No reparas
Cómo sostiene el alma el peso enorme
De nuestro cuerpo, aunque es tan delicada,
Porque se une con él íntimamente?

118 ¿Quién puede, en fin, con un ligero salto
El cuerpo levantar, si no es el alma,
Que gobierna y dirige nuestros miembros?

119 Ya ves puede adquirir muy grande fuerza
La substancia ligera cuando se une
Con substancia pesada como el aire
Con la Tierra y el alma con el cuerpo.

120 Ni mayor ni menor de lo que vemos
Puede el disco del Sol ser al sentido;
Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos
Y calentar los miembros con su llama
Por distante que esté, nada nos roba
De su grandeza esta distancia misma,
Ni su aparente dimensión estrecha;

121 Como el calor del Sol y su luz hieren
Nuestros sentidos, cuando se derrama,
Y bañando con ella los objetos,
De aquí es que debe ser tal la apariencia
De su forma y figura, que no puedes
Suponerlas más grandes o más chicas.

122 Y la Luna, bien sea nos refleje
Una prestada luz, o bien la saque
Del mismo cuerpo, sea lo que fuere,
El Cielo no recorre con volumen
Mayor que el que aparece a nuestros ojos;

123 Porque desde muy lejos los objetos
Por entre aire densísimo mirados
Un aspecto confuso nos presentan

Más bien que sus finísimos contornos:
Así pues, ofreciéndonos la Luna
Clara apariencia y una forma cierta,
Y aun de su superficie los extremos,
Es preciso que sea allá en los Cielos
Lo mismo que aparece aquí en la tierra.

124 Si los fuegos, por último, que vemos
A cualquiera distancia que estén puestos,
No aparentan tener mudanza alguna
En su grandor, mientras que distinguimos
Su luz y su temblor, deduciremos
No poder ser mayores ni menores
De lo que vemos los etéreos fuegos.

125 Tampoco es de admirar cómo el Sol puede
Con su circunferencia tan estrecha
Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo,
Y extender su calor por todas partes:
Tal vez puede que no haya en todo el mundo
Más que esta fuente y manantial copioso
Por do salga la luz del mundo entero;

126 O que sea tal vez único foco
Donde los elementos de los fuegos
De todas partes puedan congregarse
Para correr por todo el Universo.

127 ¿No ves también cómo una fuentecilla
Riega los prados y rebosa el campo?
Suceder también puede que los fuegos
Del Sol, aunque no muchos, arder hagan
El aire a ellos vecino, suponiendo
Que al más mínimo ardor es inflamable
El aire, como vemos a las veces
Las mieses y la paja consumidas
Por una sola chispa; al Sol acaso,
A esta rosada lámpara, rodean
Innumerables fuegos invisibles
Privados de fulgor, para que aumenten

128 El calor y la fuerza de sus rayos.
Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer,
De esta región ardiente, al signo helado
De Capricornio, para dar la vuelta
De nuevo hacia el solsticio del Estío;

129 Y cómo es que la Luna en un mes anda
El espacio que el Sol corre en un año;
Estos problemas digo se resuelven
De muchos modos, y es dificultoso
El asignar la causa verdadera.

130 Parece verisímil la que pone
Demócrito, hombre sabio y respetable;
Pues cuanto más vecinos a la Tierra
Están los astros, tanto menos puede

A su entender el torbellino etéreo
Conmoverlos; porque la ligereza
Y acción del firmamento poco a poco,
Se va debilitando hacía el extremo
Inferior: que el Sol, mucho más bajo
Que las constelaciones abrasantes,
Debe quedarse atrás muy lentamente
Con los signos más bajos: que la Luna,

131 Cuanto del Cielo está más apartada
Y cuanto más vecina de la Tierra,
Debe experimentar mayor trabajo
En seguir la carrera de los astros:
Que cuanto el torbellino que la lleva
Es más pesado que el del Sol, los signos
La deben alcanzar más fácilmente
Y adelantarla; por lo cual la Luna
Parece que a los signos del Zodiaco
Con mucha más presteza torna a unirse,
Siendo en la realidad los que se acercan
Aquellos signos otra vez a ella.

132 Puede también que de la parte opuesta
Del Mundo aire periódico se agite
Que alternativamente empujar pueda
El Sol desde los signos del Estío
Del Septentrión hasta las frías playas,
Y volverle a traer desde estos climas

Tenebrosos y helados a la ardiente
Mansión de Cáncer, y se explicaría
Entonces con el aire alternativo
El giro de la Luna y las estrellas,
Que tardan un gran número de años
En describir sus círculos inmensos.

133 ¿No ves también cómo las nubes mismas,
Impelidas por vientos encontrados,
Siguen unas abajo, otras arriba,
Direcciones opuestas? ¿Transportados
No podrán ser por aires diferentes
Los astros en los cielos dilatados?

134 Cubre la noche con tiniebla espesa
La Tierra, o porque el Sol, en fin, llegando
Al último confín del firmamento
Y fatigado de su largo curso
Deja expirar sus fuegos entibiados
Por el largo camino y aire inmenso
Que han penetrado; o porque la acción misma
Que transporta su disco por encima
Le hace rodar debajo de la Tierra.

135 También en tiempo fijo Lenestea
Pasea por en medio de los aires
A la rosada Aurora, para que abra
Las puertas de la luz: porque el Sol mismo,
Que debajo de Tierra se ocultaba,

De vuelta, adelantándole sus rayos,
Procura iluminar el firmamento:
O bien porque un gran número de fuegos
Y corpúsculos ígneos se congregan
A tiempo fijo y horas señaladas,
Y hacen un nuevo Sol todos los días.

136 Así cuenta la Fama que se observa
Desde las cumbres elevadas de Ida
Recogerse al momento que abre el día
Fuegos dispersos bajo la figura
De un globo luminoso que anda el Cielo.

137 Tampoco debe ser maravilloso
Que se junten así los elementos
De fuego en cierto tiempo, y que reparen
El resplandor del Sol, puesto que vemos
Infinitos fenómenos sujetos
En todo el universo a tiempo fijo.

138 Los árboles florecen, y a su tiempo
De la flor se despojan; y al anciano
A cierto tiempo se le caen los dientes;

139 Se llena el joven de un suave vello,
Y tierna barba arrojan sus mejillas:
A ley eterna e inviolable yace
La serie de fenómenos sujeta;

140 Porque de cada causa la energía
Habiendo sido así determinada,
Y una vez dada la impulsión primera
Desde su formación al Universo,
Los rayos, nieve, lluvias y nublados
De la varia estación el curso siguen.

141 Y vemos además crecer los días
Y descrecer las noches, y al contrario;
O porque el Sol, quedando siempre el mismo
Y describiendo desiguales arcos
Sobre nuestras cabezas y debajo
De nuestros pies, el Cielo corta y parte
Su orbe en dos porciones desiguales,
Pero con tal compensación, que vuelve
Al hemisferio que le está más próximo
La porción de la luz que él ha quitado
Del hemisferio opuesto, hasta que llega
A este signo del Cielo que hace iguales

142 Las noches y los días, cuando corta
El Ecuador y Eclíptica en un punto,
Pues la parte del Cielo que describe
Se halla del Aquilón y Mediodía
A igual distancia por la positura
Oblicua del Zodiaco, en que describe
Su anual carrera el Sol y desde donde
Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra:

Así lo enseñan estos hombres sabios,
Que todas las regiones representan
Fielmente de los Cielos en sus mapas
De imágenes sensibles adornados.

143 Mucho más craso el aire en ciertas partes
Tal vez para debajo de la Tierra
También del Sol los fuegos tembladores,
Que no pueden pasar tan fácilmente
Este fluido inmenso y remontarse
Hacia el Oriente, por lo cual se espera
Mientras las noches largas del invierno
A que vuelva la tarda luz del día:
En fin, quizá los fuegos reunidos
Que hacen salir el Sol en puntos fijos
Del horizonte alternativamente
Con más o menos prontitud se juntan

144 Según las estaciones alternadas.
Puede tomar del Sol su luz la Luna,
Y puede más y más de día en día
Una faz luminosa presentarnos
Cuanto del solar disco se apartare
Hasta que puesta enfrente dél reluce
Con luz bien llena, y desde el alto sitio
Do se levanta ve que el Sol se pone:
Debe esconder después en cierto modo

Detrás de sí su luz muy poco a poco,
A medida que el Sol se va acercando,
La otra mitad de círculo en los signos

145 Corriendo; así lo explican los que fingen
Ser la Luna a una bola semejante
Que siempre por debajo del Sol rueda:
Su explicación parece verisímil.

146 Aun dándola luz propia se podían
Sus varias fases concebir: bastaba
Suponer otro cuerpo para esto
Que tenga un movimiento paralelo
Al que tiene en su órbita la Luna,
Y que a su disco sin cesar se oponga
Bajo todos aspectos y figuras,
Mas que invisible fuese el mismo cuerpo
Desprovisto de luz: puede la Luna
Rodar sobre sí misma a la manera
De gran pelota, cuya mitad fuera
Con luz teñida, y sus distintas fases

147 Con esta rotación central pudiese
Ir descubriendo hasta que aquella parte
Nos vuelve iluminada enteramente;

148 Después nos va por grados ocultando
Su parte luminosa, que de nuevo
Detrás de sí se lleva: así pretende

La doctrina caldea establecerlo
En ruinas de griega astrología:
Como si verisímiles no fueran
Las dos explicaciones igualmente;

149 O como sin razón alguna hubiese
Que forzase a seguir una más que otra.
¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza
Producir una Luna cada día
Con una serie regular de formas
Y aspectos diferentes, destruyendo
La de ayer reparándola con otra?

150 La imposibilidad de lo que digo
No es fácil demostrar, principalmente
Cuando ves producciones semejantes
Cada día surgir en tiempo fijo.

151 Viene la primavera, y Amor viene;
Viene junto con el Céfiro alado,
Precursor del Amor, mientras que Flora
Su madre llega derramando flores
Y olorosos perfumes de antemano
Por donde pasa: en comitiva vienen
Seco calor y polvorienta Ceres
Y los vientos etesios Aquilones.

152 El otoño en seguida se presenta:
Viene en su compañía el dios de viñas,
Y detrás las tormentas y borrascas,
Vulturno atronador, y el Austro, fuerte
En rayos; y, por último, entorpecen
Las nieves y los hielos y los fríos
A la Naturaleza, y tras sí arrastran
El frío invierno, el aterido viejo
Que da diente con diente. No es milagro
El que sea formada y destruida
La Luna en tiempo fijo, cuando vemos
Que pueden infinitas producciones

153 Aparecer en tiempo señalado.
Los eclipses del Sol y de la Luna
Pueden de muchos modos explicarse:
Si a la Tierra robar puede la Luna
La luz del Sol, y su brillante frente
Ocultar a la Tierra, interponiendo
Su masa opaca a los ardientes rayos,
¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento
Y privado de luz perpetuamente
No puede producir el mismo efecto
En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo
Eclipsarse y perder en cierta hora

154 También su brillo, que recobra al punto
Que atravesó por medio de los aires
Regiones enemigas de sus llamas
Y le precisan a extinguir sus fuegos?

155 Si puede despojar también la Tierra
De su luz a la Luna, y prisioneros
Tener todos los rayos, colocada
Sobre el Sol ella misma ínterin pasa
El astro de los meses por la sombra
De nuestro Globo cónica y espesa,
¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo
Rodar bajo del globo de la Luna,
Y resbalarse sobre el mismo disco
Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso
A sus rayos y luz? Y si la Luna
Con brillo propio luce, ¿no puede ella

156 Lentamente eclipsarse en cierta parte
Del Mundo, atravesando por parajes
Capaces de apagar sus mismos fuegos?

157 Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido
Formarse cualquier cuerpo de este Mundo
En el recinto azul del firmamento,
Y cómo conociéramos nosotros
De Sol y Luna las revoluciones

Diversas, y la causa y energía
Que dan a estos dos astros movimiento
Y de qué modo suelen eclipsarse;

158 Cómo se cierran estos grandes ojos
De la naturaleza y alternando
Se abren de nuevo, y de repente esparcen
Sobre la Tierra inesperada noche,
Y toda la hermosean con luz clara;

159 A la infancia del Mundo vuelvo ahora,
Y a los nacientes campos de la tierra,
A examinar las nuevas producciones
Que aventuró exponer la vez primera
A los aires y vientos inconstantes.

160 La tierra engalanó primeramente
De diferentes hierbas y verduras
Los cerros, y los campos extendidos,
Y brillaron los prados con las flores
Así como si fueran esmaltados;

161 Los árboles después, llenos de savia,
A porfía crecieron por los aires:
Como las plumas, pelos y las cerdas
Es lo primero que en el cuerpo sale
De animales cuadrúpedos y de aves;

162 De este modo la tierra, entonces nueva,
Echó primero hierbas y arbolillos.
Las especies mortales creó luego
Variadas de modos muy distintos;

163 Porque es un imposible hayan caído
Del Cielo las especies de animales,
Y que los habitantes de la tierra
Hayan nacido de la mar salada.

164 La Tierra con razón adquirió el nombre
De madre, por haber sido criados
Todos los seres por la misma Tierra;

165 Y existiendo al presente muchos seres
En la Tierra formados con las lluvias
Y del calor del Sol, no es maravilla
Que naciesen entonces animales
En número mayor y más robustos,
Estando en su vigor el aire y Tierra.

166 Las varias aves por la vez primera
Salían de sus huevos, y el verano
En libertad a todas las ponía,
Como ahora las cigarras en estío
Se quitan los zurrones delicados,
Buscándose la vida y el sustento.

167 Por la primera vez la Tierra entonces
Crió la raza humana, porque entonces
El mucho fuego y aguas abundantes
De los campos hicieron que creciesen
En los parajes más acomodados
Especies de matrices, agarradas
Por medio de raíces a la tierra:
Cuando la edad y madurez abrieron
Una salida a nuevos embriones
Causados de humedad e impacientes
Por respirar el aire, dirigía
Hacia aquel lado la Naturaleza

168 Los poros de la tierra, y enviaba
Por estas venas jugo como leche;
Como al presente la mujer parida
Rebosa en dulce leche, dirigiendo
Ella todo su ímpetu a los pechos:
Y la tierra a los niños sustentaba,
Y vestido el calor, y blanda cama
Las hierbas y los céspedes les daban.

169 Pero en su infancia el Mundo no tenía
Los duros fríos, ni calores nimios,
Ni vientos destructores; porque crecen
Y van robusteciéndose estas plagas
Como todos los seres: lo repito;

170 Hemos llamado con razón la Tierra
Madre común, porque ha criado el hombre,
Y casi al mismo tiempo ha producido
Todos los animales cuya furia
Se desenfrena por los grandes montes,
Y produjo también distintas aves,
Que atraviesan los aires libremente.

171 Mas como debe un término preciso
Tener la facultad engendradora,
La Tierra se cansó, como la hembra
Consumida de años, porque el tiempo
Hace mude de faz el mundo entero,
Y un nuevo orden de cosas se sucede
Al primer orden necesariamente:
Ni siempre guarda un mismo ser su estado:
Todo a la ley del cambio está sujeto;

172 Todo lo muda la Naturaleza,
Todo lo altera, todo lo transforma:
Pues empobrece un cuerpo y se consume
A fuerza de años; otro crece y sale
A la verdad del cieno: de este modo
Todo lo muda el tiempo, y de continuo
Pasa la tierra de un estado a otro
Y pierde la energía que tenía
Por hacerse de nuevas propiedades,

Y la Tierra aún entonces se esforzaba
Por sacar animales de figura
Y de disposición extraordinaria:

173 Se vio el hermafrodita monstruoso,
Que teniendo la forma de ambos sexos,
Igualmente difiere de uno y otro;

174 Cuerpos sin pies, sin manos y sin boca
Y sin ojos salieron; también otros
Cuyos miembros lo largo que tenían
Al tronco íntimamente se pegaban;

175 Los cuales no podían manejarse,
Ni dar un paso, ni evitar un riesgo,
Ni buscarse el sustento necesario.

176 Viéronse además de éstos otros monstruos
Y otros prodigios, pero inútilmente,
Porque Naturaleza les quitara
El poder ir creciendo y avanzando
Hacia la edad florida; no pudieron
Encontrar su alimento, ni ayuntarse
Con los lazos de Venus: es preciso
Para que se propaguen las especies
El concurso de un número infinito
De circunstancias, y primeramente
Los alimentos son indispensables:
Es preciso que estén diseminadas

177 Las fecundas semillas por los miembros,
Y los conductos por do vengan éstas
Desde cualquiera parte de los miembros:
Por último, en los órganos externos
Tal proporción, que puedan macho y hembra
Ayuntarse entre sí con mutuos gozos.

178 Y entonces fue preciso perecieran
Muchas especies, y que no pudiesen
Reproducirse y propagar su vida;

179 Porque los animales existentes
Que ves ahora, sólo se conservan
O por la astucia, o fuerza, o ligereza
De que ellos al nacer fueron dotados,
Menos un cierto número que habemos
Puesto nosotros bajo nuestro amparo
Por las utilidades que acarrean.

180 La fuerza protegió a la raza fiera
De los leones y feroces bestias,
A las zorras el dolo y fuga a ciervos:
Empero el fiel y vigilante perro,
Y acémilas, y ovejas regaladas,
Y bueyes laboriosos son especies
Generalmente confiadas, Memmio,
A la guarda y tutela de los hombres:
Huían de las fieras alimañas

Y tras la paz se andaban, y querían
Los pastos con largueza y sin trabajo:
Se los damos nosotros como en premio

181 De los muchos servicios que nos hacen.
Empero aquellos otros animales
A quien no diera la Naturaleza
Lo necesario para que viviesen
Independientes, o que no traían
Alguna utilidad, ¿a qué meternos
En darles el sustento y ampararlos?

182 Encadenados con fatales lazos,
A otros servían de seguro pasto,
Hasta que destruyó Naturaleza
De todo punto sus especies todas.

183 Pero ni hubo centauros, ni ha podido
Formarse en algún tiempo una substancia
Con dos naturalezas y dos cuerpos,
De heterogéneos miembros un compuesto:
No podría existir una substancia
De fuerzas entre sí tan desiguales:
Aun el hombre más rudo lo conoce.

184 Primeramente, al cabo de tres años
En la flor de su edad está el caballo;
¡No los niños así; buscan entonces
Entre sueños los pechos de sus amas.

185 Cuando después va la vejez gastando
Las fuerzas y vigor de los caballos,
Cuando escapa la vida fugitiva
De sus lánguidos miembros, entra entonces
La juventud, por fin, en los muchachos,
Robustece sus miembros, y les cubre
Con un ligero bozo las mejillas:
No creas tú, quizá, que los centauros
Pudieron engendrarse de semillas
De hombre o de caballo, o las Escilas
De los marinos perros rodeadas,
O los demás compuestos monstruosos

186 De incompatibles miembros, que no llegan
A la flor de la edad al mismo tiempo,
Ni en madurez ni en la vejez iguales,
Ni sus inclinaciones son las mismas,
Ni los abrasa Venus igualmente,
Ni comen unos mismos alimentos;

187 Viendo engordar las cabras con cicuta
Que es un mortal veneno para el hombre.
Como la llama abrase ciertamente
Y consuma no sólo el cuerpo rojo
De los leones, mas también la sangre
Y las entrañas de los animales
Que tienen existencia; ¿cómo pudo
Acontecer que esta Quimera misma

Con la cabeza de león, y el cuerpo
De cabra al propio tiempo, y con la cola
De dragón, viva llama resoplase
Del hondo de su pecho monstruoso?

188 Por lo que, defender como posibles
Estas y semejantes producciones
En la infancia del Cielo y de la Tierra
Sin más razón que esta palabra vaga
De novedad, esto es abrir la puerta
A todas las ficciones más absurdas.

189 Dígannos que los ríos de aquel tiempo
Corrieron oro puro por las tierras;
Que brotaban los árboles diamantes;

190 O que el hombre, nació de una estatura
Y de una fuerza tan extraordinarias,
Que podía pasar el mar de un tranco,
Y alrededor de sí volver el cielo
Con sólo el movimiento de sus manos:
Porque el haber la tierra en si encerrado
Semillas infinitas y diversas
Cuando sacó a la luz los animales,
Ninguna prueba es de que pudiese
Criar unas especies tan opuestas,
Y en un mismo individuo reunirse
Los miembros de animales diferentes,

191 Cuando las hierbas, árboles y frutos
Que aún hoy día produce en abundancia
Jamás pueden nacer entre sí unidos.

192 Cada ser tiene su progreso propio,
Y conforme a las leyes inmutables
De la Naturaleza entre sí guardan
Todas las diferencias de su especie.

193 Y los hombres que dio la tierra entonces
Eran más vigorosos que al presente:
Y así debía ser, porque la Tierra,
De quien ellos nacieron, por entonces
Estaba en su vigor y lozanía:
Era más basta la armazón de huesos
Y de más solidez, y era el tejido
De sus nervios y vísceras más fuerte;

194 Ni el frío ni el calor les molestaba,
Ni les dañaban los sustentos nuevos,
Ni las enfermedades empecían;

195 Vivían un gran número de lustros,
Errantes a manera de alimañas;
Ninguno manejaba el corvo arado,
Ni sabía domar con hierro el campo,
Ni meter en la tierra los renuevos,
Ni con hoces cortar los viejos ramos
De árboles grandes; lo que el sol y lluvias

Les alargaban, y lo que la tierra
Producía de suyo, les bastaba:
Estos dones sus pechos aplacaban:
En medio de glandíferas encinas
Mantenían sus cuerpos con bellota,

196 Y llevaba la tierra en aquel tiempo
Muchos y más crecidos los madroños
Que ahora al madurar en el invierno
Ves que como la púrpura coloran.

197 Y la florida novedad del mundo
Llevó entonces sabrosos alimentos
Para hartar a los hombres infelices.

198 Más; los ríos y fuentes convidaban
A apagar nuestra sed, como al presente
Los torrentes que caen de montes altos
Convidan a las fieras con su ruido
Que vengan a saciarse en sus raudales.

199 Por fin; de noche en los sagrados bosques
De las ninfas venían a esconderse,
En estas soledades, do nacían
Perennes manantiales de aguas vivas
Que, después de correr entre las guijas,
Caían lentamente sobre el musgo
Verde de los peñascos, para luego
O saltar en los campos o inundarlos.

200 El uso no sabían aún del fuego,
Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo
Con despojos de fieras; antes se iban
A los bosques y cóncavas montañas
Y a las selvas, metiendo entre hojarasca
Sus miembros asquerosos, precisados
A guarecerse allí contra las lluvias
Y furor de los vientos: no podían
Por el público bien interesarse;

201 Ni leyes ni morales relaciones
Entre si establecer ellos sabían;
Y la primera presa que ofrecía
La suerte cada cual se la llevaba:
Sólo les enseñó Naturaleza
A vivir para sí y a conservarse.

202 Y Venus ayuntaba los amantes
En medio de las selvas: sus placeres
Entre sí mutuamente compensaban;

203 Ora arrancados fuesen por violencia
De brutal apetito, o los gozasen
A trueque de algún don, como bellotas,
O madroños, o peras escogidas.

204 Y confiados en sus fuertes manos
Y en sus ligeros pies, hacían guerra
A las fieras silvestres, arrojando

De lejos piedras, y de cerca dando
Con la pesada maza, y las vencían
Y huyendo a sus guaridas las burlaban;

205 Y cuando las tinieblas de la noche
Los sorprendían, sus desnudos miembros
En la tierra tendían a manera
De jabalí cerdoso, y se envolvían
Entre hojarasca y broza. No buscaban
En medio de las sombras de la noche,
Sobrecogidos de temor con gritos
La luz del Sol, errantes por los campos;

206 Antes bien esperaban silenciosos
Y en sueño sepultados que subiendo
El Sol al horizonte, iluminase
Con su rosada luz de nuevo el cielo;

207 Porque desde la infancia acostumbrados
A ver siempre alternando noche y día,
No se maravillaban ya sus ojos:
No llegaron jamás a recelarse
Que a la Tierra cubriese eterna noche,
La luz del Sol robada para siempre.

208 Empero mucho más les inquietaban
Las fieras que turbaban su reposo,
Funesto para aquellos infelices,

Y haciéndolos salir de su vivienda,
Huían a las cuevas, si llegaba
Enorme jabalí o león furioso;

209 Y, pavoridos, a la media noche
Cedían a estos huéspedes crueles
Sus camas con follaje aderezadas.

210 Ni entonces más que ahora los mortales
Dejaban la sabrosa luz de vida:
Muchos de ellos es cierto que cogidos
Y desgarrados con feroces dientes
Un pasto vivo daban a las fieras,
Y los bosques y montes y las selvas
Llenaban de gemidos espantosos,
Viendo que sus entrañas palpitantes
En un sepulcro vivo se enterraban.

211 Pero aquellos que huyendo se salvaron,
Lleno de mordeduras todo el cuerpo,
Y sus trémulas manos aplicando
En las malignas úlceras, llamaban
Al infierno con voces formidables,
Hasta que de la vida los privaban
Los gusanos crueles sin amparo,
Sin saber qué aplicar a sus heridas:
Sin embargo, no daba un solo día

A la muerte millares de guerreros
Que seguían banderas diferentes,
Ni estrellaban los mares borrascosos

212 Los hombres y navíos en escollos:
El mar se enfurecía vanamente;
Sus bramidos en vano suspendía;

213 Ni la engañosa calma de sus ondas
Era capaz de seducir a alguno
Con falsa risa: se ignoraba entonces
De la navegación el arte fiero.

214 La falta de alimento daba entonces
Muerte a los flacos miembros; la abundancia
Es la que mata hoy día: entonces ellos
Eran por ignorancia envenenados;

215 A otros con mas arte ahora envenenan.
Cuando por fin, supieron hacer chozas,
Y de pieles y fuego hicieron uso,
Y cuando la mujer y el hombre aparte
Se fueron a vivir en compañía,
Y cuando los placeres amorosos
Se limitaron sólo a las dulzuras
Del casto matrimonio, y cuando vieron
Los padres a sus hijos porción suya,

Entonces empezó la especie humana
A suavizarse por la vez primera:
El fuego hizo los cuerpos mas sensibles

216 Al frío, de manera que ya el cielo
Abrigo suficiente no prestaba
Debajo de su bóveda; y las fuerzas
Disminuyó la Venus excesiva,
Y las tiernas caricias de los hijos
Blando y suave hicieron su trabajo
El natural altivo de los padres.

217 Entonces los que estaban más vecinos
Entre sí establecieron relaciones,
Se abstuvieron de daño y de violencia,
Protegían sus hijos y mujeres.

218 Y en sus gestos y voces balbucientes
Indicaban ser muestra de justicia
De la imbecilidad compadecerse.

219 Mas no podía dominar en todos
Esta concordia, bien que exactamente
Guardaban estos pactos los más buenos,
Que eran en mayor número: sin esto
La raza humana fuera destruida
Enteramente ya desde aquel tiempo;

220 No se hubiera hasta ahora propagado.
Enseñó al hombre la Naturaleza
Las varias inflexiones de la lengua,
Y la necesidad nombró las cosas.

221 Así como los niños en la infancia,
Por no poder darse a entender, acuden
A los gestos y muestran con el dedo
Los objetos presentes, cada uno
Siente en sí mismo aquellas facultades
Que puede usar. Airado y enemigo
El toro topa y hiere con las astas
Antes de que le apunten en su frente;

222 De pantera y leona los cachorros
Con garras y con pies y con bocados
Se defienden aun antes de salirles;

223 En sus nacientes alas confiados
Los hijos de las aves, por los aires
Se ayudan con su vuelo vacilante
Por lo tanto, creer que un hombre entonces
A las cosas dio nombre; que los otros
Dél aprendieron los vocablos nuevos,
Es mucha necedad: ¿cómo ha podido
Llamar a cada cosa por su nombre,
Y los varios sonidos del lenguaje
Él solo producir, al tiempo que otros
No pudieron hacer la misma cosa?

224 Porque, además, si no habían usado
Los demás entre sí de las palabras,
¿Cómo es que conocían sus ventajas?

225 Y ¿de qué modo el inventor se ha dado
A entender a los otros, y ha podido
Hacer que ellos abracen su proyecto?

226 Reducir no podía un hombre solo
tanta multitud, y precisarla
A que tan varios nombres aprendiese.

227 No podía enseñarlos: imposible
Era que hubiesen ellos aguantado
Les majase más tiempo las orejas
Con aquel ruido vano de sonidos.

228 ¿Será, por fin, acaso maravilla
Que teniendo los hombres voz y lengua,
Diesen distintos nombres a las cosas
Según les afectasen, cuando oímos
La variedad de voces y sonidos
Que hacen los animales y las fieras
Conforme se suceden en sus almas
El miedo o el dolor o el regocijo?

229 Pues esto lo declara la experiencia.
Cuando de los molosos la gran perra,
En el primer acceso de su furia,
Debajo de sus labios apartados

Y móviles enseña dos carreras
De formidables dientes, el sonido
Amenazante de su voz difiere
De aquél que se oye cuando sus ladridos
Hacen retumbo en todos los contornos:
Más cuando con su lengua blandamente
Lame los tiernos miembros de sus hijos
Y con sus pies aquí y allí los echa,

230 Y cuando los provoca con mordiscos
Pillándolos sus dientes con blandura,
Esto difiere mucho del murmullo
De su voz maternal cuando lamenta
Su soledad aullando tristemente
O cuando con acentos doloridos
Huye, arrastrando el cuerpo, del castigo.

231 En fin; ¿no hay diferencia en el relincho
Del florido caballo entre las yeguas
Cuando viene furioso, traspasado
Por el alado amor, a los que arroja
Por sus anchas narices en la guerra
Cuando agita sus miembros otra causa?

232 Y las especies varias de las aves,
Los gavilanes y quebrantahuesos,
Los somurgujos que en saladas ondas
Se buscan el sustento, diferencian

Según las circunstancias sus clamores,
Principalmente cuando se disputan
La subsistencia y luchan por la presa.

233 Y su ronco cantar mudan las otras
Según las estaciones, como lo hacen
Cornejas vividoras, y las bandas
De cuervos cuando anuncian, según dicen,
Y llaman vientos, lluvias y tormentas.

234 Pues si las diferentes sensaciones
Al animal obligan, siendo mudo
A proferir sonidos diferentes,
¿Cuánto más natural es que haya el hombre
Podido designar diversas cosas
Entonces con sonidos peculiares?

235 Mas para prevenirte una pregunta
Que quizá en tu interior me estás haciendo,
El rayo fue el primero que a los hombres
Trajo el fuego a la tierra: de allí nacen
Todas las llamas que ora disfrutamos.

236 ¿No vemos muchos cuerpos abrasados
Con llamas celestiales cuando lanza
Su fuego en tierra el aire borrascoso?

237 Fuera de que se incendia árbol frondoso
Cuando, siendo agitado por los vientos,
Se frota con las ramas de otro árbol.

238 Y así como se va aumentando el frote
Arroja chispas y hace algunas veces
Brillar fuegos ardientes en las ramas
En medio de su mutua rozadura:
De una de aquestas causas nace el fuego.

239 Mas viendo que los rayos del Sol daban
Sazón y madurez a cualquier fruto,
Trataron ellos con la acción del fuego
De cocer y ablandar los alimentos;

240 Y aquéllos que tenían más ingenio,
Y mucho más su espíritu alcanzaba,
Iban de día en día introduciendo
En el sustento y vida primitiva
Otras mudanzas nuevas con el fuego.

241 A levantar ciudades empezaron
Y a construir alcázares los reyes,
Do pudiesen tener seguro asilo:
Repartieron las tierras y ganados
Conforme a la belleza y al ingenio
Y la fuerza y valor de cada hombre,
Porque eran estas prendas naturales
Las que más a los hombres distinguían;

242 Por fin, se introdujeron las riquezas,
Y descubriose el oro, que al momento
Envileció la fuerza y hermosura:

Por lo común hermosos y valientes
Hacen crecer la corte del más rico.

243 Si la sola razón nos gobernase,
La suprema riqueza consistiera
En ser el hombre igual y moderado;

244 Cuando hay pocos deseos, todo sobra:
Mas los hombres quisieron ser ilustres
Y poderosos, para de este modo
Hacerse eternamente afortunados
Y tranquilos vivir en la opulencia.

245 ¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre
De los hombres que van tras la grandeza
Llenó todo el camino de peligros;

246 Si llegan a encumbrarse, los derroca
De ordinario la envidia, como un rayo,
En los horrores de una muerte infame.

247 Debe, por tanto, el ánimo prudente
Anteponer la quieta servidumbre
A la ambición del trono soberano.

248 Deja a estos miserables se consuman,
Y se amancillen con sudor y sangre,
Y forcejeen en la senda estrecha
De la ambición sin fruto; pues no advierten
Que la envidia recoge, como el rayo,
Sus fuegos en los sitios más alzados:

Su saber sólo estriba en dicho ajeno,
Y apetecen las cosas más de oídas
Que consultando a sus sentidos mismos:
Al presente es el hombre como ha sido
Y como será siempre en cualquier tiempo.

249 Así, cuando a los reyes dieron muerte,
La majestad antigua de los tronos
Y los soberbios cetros derribados
Yacían con infamia; y de sus sienes
La brillante diadema ensangrentada,
Pisoteada por los pies del pueblo,
Se lamentaba de su inmensa gloria:
Pues codiciosamente se aniquila
Lo que antes se adoró con miedo acerbo.

250 La autoridad suprema se volvía
Al pueblo entonces y a la muchedumbre:
Y cada cual el cetro demandaba,
El sumo imperio y la soberanía.

251 Eligieron de entre ellos magistrados,
Que obedecieron voluntariamente:
Porque el género humano, fatigado
De vivir en la dura servidumbre,
Y con enemistades extenuado,
Más de su grado recibió las leyes
Y los justos derechos: pero como
El enojo llevase la venganza

Mucho más lejos de lo que las leyes
Permiten al presente, se cansaron
De la anarquía y las venganzas fieras.

252 De aquí nació el temor de los castigos,
Que envenena los gustos de la vida:
El hombre mismo violento, injusto,
Queda en sus propios lazos enredado:
La iniquidad se vuelve casi siempre
Contra su mismo autor: gozar no puede
De una vida pacífica y tranquila
El que viola los sociales pactos.

253 Aun cuando sus acciones estuviesen
A los hombres y dioses encubiertas,
Debe estar en continuo sobresalto
De que se haga patente su delito;

254 Pues refieren que muchos en el sueño
O delirando en las enfermedades
Se descubrieron infinitas veces,
Y revelaron crímenes que habían
Tenido mucho tiempo reservados.

255 No es difícil el dar razón ahora
De lo que motivó entre las naciones
A creer la existencia de los dioses,
Y las ciudades inundó de altares
Y estableció los ritos religiosos,

Estas pompas augustas que en el día
Se hacen en las empresas importantes
Por todas las naciones de la Tierra:
Y cuál sea la causa y el origen
De este horror infundido a los mortales
Que erige en todo el orbe de la tierra
A las divinidades nuevos templos

256 Y con días festivos las obsequia.
Es que ya desde entonces los mortales,
Aunque despierto el ánimo, veían
Los simulacros sobrenaturales,
Que la ilusión del sueño exageraba
A su imaginación: así, creyendo
Que movían sus miembros y que hablaban
Con imperiosa voz, proporcionada
A su gran porte y fuerzas desmedidas,
Por vivos y sensibles los tuvieron.

257 También los suponían inmortales;
Pues siendo su hermosura inalterable,
Con la misma belleza se ofrecían
A ellos los fantasmas celestiales;

258 Y porque siempre con tan grandes fuerzas
Creían imposible que triunfase
De ellos acción alguna destructora:
También por muy dichosos los tenían,
Pues no les inspiraba sobresalto

El temor de la muerte; y porque en sueños
Los veían hacer muchos prodigios
Sin quedarse por ellos fatigados.

259 La morada y palacio de los dioses
Pusieron en los cielos, porque es donde
Parece que voltean Sol y Luna;

260 De allí viene la noche, de allí el día,
Y los astros errantes allí brillan
Y los volantes fuegos por la noche;

261 Los nublados, rocíos, lluvias, nieve,
Vientos, rayos, granizo y raudos truenos,
Y los murmullos largos de amenazas.

262 ¡Oh raza de los hombres sin ventura!
¡Cuando a los dioses concedió existencia
Y los armó de cólera inflexible,
Cuántos gemidos asimismo entonces,
Qué heridas a nosotros, y qué llantos
A nuestra descendencia ocasionaron!

263 No es piedad el dar vueltas a menudo,
Tapada la cabeza ante una piedra,
Ni el visitar los templos con frecuencia,
Ni el andar en humildes postraciones,
Ni el levantar las manos a los dioses,
Ni el inundar sus aras con la sangre

De animales, ni el cúmulo de votos:
Que la piedad consiste en que miremos
Todas las cosas con tranquilos ojos;

264 Porque cuando hacia arriba los alzamos
A contemplar las bóvedas inmensas
Y todo el estrellado firmamento;

265 Cuando reflexionamos la carrera
Del Sol y de la Luna, se despierta
Entonces en el pecho de repente
Una inquietud, que al parecer habían
Los otros males de la vida ahogado,
Y el hombre se pregunta si por dicha
Hay alguna deidad omnipotente
Que estos resplandecientes globos mueve;

266 Pues la misma ignorancia de las causas
Hace que ande el espíritu dudoso:
Se indaga qué principio tuvo el mundo,
Y cuál será su fin y hasta qué tiempo
Él podrá resistir este trabajo
De estar en un continuo movimiento;

267 O si, inmortalizado por los dioses,
Podrá desafiar por muchos siglos
De eterna duración las grandes fuerzas.

268 ¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo
De los dioses? ¿A qué hombre no se hielan
Los miembros de pavor cuando la tierra
Abrasada retiembla con el golpe
Horrible de los rayos, y recorren
Todo el cielo murmullos espantosos?

269 ¿No se estremecen pueblos y naciones?
Sobrecogidos los soberbios reyes,
¿No abrazan las estatuas de los dioses
Temblando aquel instante formidable
De expiar sus acciones criminales
Y todos sus tiránicos mandatos?

270 ¿Y cuando barren los furiosos vientos
Al jefe de la escuadra por los mares
Con sus bravas legiones y elefantes,
Pávido no hace votos a los dioses
Para obtener a fuerza da plegarias
Tranquilidad y vientos favorables?

271 En vano todo; porque arrebatado
Por algún violento remolino,
En los escollos va a encontrar la muerte:
Ciertamente parece que se burla
De los humanos acaecimientos
Una fuerza secreta, y se complace
En pisar con ludibrio las segures
Y los fasces hermosos. Por fin, cuando

Debajo de los pies vacila el orbe,
Cuando caen las ciudades desplomadas,
Y están amenazando otras ruina,
¿Por ventura, es extraño que los hombres

272 Se llenen de desprecio hacia sí mismos,
Y reconozcan un poder más grande
Y una fuerza divina extraordinaria
Que a su gusto dirija el universo?

273 Por lo demás, el oro, cobre y hierro,
Y la plata y el plomo, se encontraron
Cuando devoró el fuego vastas selvas
En las montañas, bien cayendo rayos,
O bien los hombres peleando en bosques
Fuego arrojasen contra el enemigo
Para atemorizarle; y ya movidos
De la bondad del suelo dispusieron
Hacer los bosques tierras labrantías,
O bien en praderías convertirlos:
O para destruir más fácilmente
Las fieras y quedar ricos con ellas:

274 Pues se usaran primero en cacerías
Los hoyos y los fuegos que las redes
Para cercar un bosque, y las jaurías
Que levantan la caza. Cualquier causa
Que haya dado principio a aquel incendio,
Cuando hubo viva llama devorado

Con un horrible estrépito las selvas
Hasta la raíz misma, y recocido
La tierra con su fuego arroyos de oro
Y de plata, además de cobre y plomo,
Después de haber corrido por las venas
Encendidas del Globo, se juntaron

275 En cavidades; y consolidados,
Viendo cómo brillaban en la tierra,
Prendados de su brillo y hermosura,
Los recogían cuidadosamente:
Y observando tenían la figura
De aquellas cavidades en que estaban,
Pensaron que con fuegos derretidos
Se les podía dar cualquiera forma
Y cualquiera figura; y golpeando,
Hacer se adelgazasen y extendiesen,
Y rematasen en aguda punta:
Vieron también ser buenos para armas,

276 Para corta de selvas, pulimento
De materiales y cuadrar maderos,
Para taladros, para excavaciones:
Quisieron emplear la plata y oro
En los mismos servicios que hizo el cobre,
Pero fue en vano, porque no tenían:
Bastante consistencia estos metales,
Ni la dura fatiga resistían.

277 Tuvo entonces el cobre mayor precio,
Y se despreció el oro como inútil
Embotando su punta fácilmente:
Despréciase ahora el cobre; el oro sube
A la mayor estima: de este modo
Cambia el tiempo la suerte de las cosas;

278 Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;
Lo que no se quería, vale ahora
Y se codicia más de día en día,
Y es el objeto digno de alabanzas,
Y tiene sumo aprecio entre los hombres.

279 Cómo se descubrió el uso del hierro
Tú mismo puedes conocerlo, Memmio.
Las manos fueron las primeras armas,
Y las uñas y dientes; y las piedras,
Y las ramas de árboles, y el fuego,
Y la llama después que se encontraron.

280 Se supieron después las propiedades
Del hierro y cobre; pero el uso de éste
Se conoció mucho antes que el del hierro.

281 Por ser más a propósito y copioso,
Se labraba la tierra con el cobre,
Y con cobre se daban los combates,
Se sembraba la muerte. y se robaban
Los campos y ganados; pues desnudos

E inermes se rendían fácilmente
A gente armada: convirtiose el hierro
Casi insensiblemente en las espadas,
Y llegó a ser tirada con desprecio
La hoz de cobre; y a romper el suelo
Empezaron con hierro, y decidiose
De las batallas la dudosa suerte.

282 Y montar un caballo y gobernarle
Con riendas y con frenos, combatiendo
Con la mano derecha, fue primero
Que arrostrar los peligros de la guerra
Sobre un carro que tiran dos caballos;

283 Y precedió este tiro a la cuadriga
Y a la invención de los falcados carros.
Llegaron a enseñar cartagineses
Después al elefante monstruoso,
Que lleva torres y la trompa pliega,
A recibir heridas en la guerra
Y a meter el desorden en las huestes.

284 Así inventó Discordia sanguinaria
Medios de asolación uno tras otro,
Todos horribles a la humana gente
Y un nuevo colmo de terror pusiera
A la guerra espantosa cada día:
Y se probó también en los combates
El furor de los toros, y ensayaron

Que embistiesen crueles jabalíes
Al enemigo: y los leones bravos
En la guerra a los Partos precedían
Con conductores bien provistos de armas,
Y terribles maestros, destinados

285 A refrenar su ardor con las prisiones:
Inútilmente; porque, enardecidos
Con la sangre y matanza, derramaban
El desorden, crueles por doquiera
Sus melenas horribles sacudiendo.

286 Ni dirigir podían los jinetes
A los caballos atemorizados
Con los rugidos, ni tampoco hacerlos
Que volviesen la cara al enemigo.

287 Las leonas, furiosas se arrojaban
Del uno al otro ejército saltando,
Presentaban su boca amenazante
A todos los que al paso se encontraban;

288 Por detrás los cogían descuidados,
Y a tierra los echaban destrozados
Con garras y con dientes: y los toros
Lanzaban por el aire jabalíes,
Y después con coraje los pisaban;

289 Las tripas del caballo echaban fuera
Metiéndole las astas por debajo,
Y después de caído se arrojaban
Sobre él, amenazándole de nuevo.

290 Pero empleaban contra sus aliados
Los jabalíes sus colmillos fuertes,
Y teñían furiosos en su sangre
Las armas rotas, y con nueva furia
A infantes y jinetes daban muerte.

291 Huían velozmente los caballos
De la fiera embestida de sus dientes,
Empinándose: puesto que allí vieras
Rotos sus corvejones, de repente
Abandonar la mole de su cuerpo
A pesada caída los caballos.

292 Creyendo que estarían bien domados,
De cara encarnizarse los veían
En medio de la acción de las heridas,
De confusión, espanto, gritos, fuga:
No se podía sujetar ninguno;

293 Todos se dispersaban: de manera
Que hicieron lo que aún hacen hoy en día
Los elefantes en la guerra heridos,

Que huyen después de haber desparramado
El estrago y la muerte entre las filas
Que con tanta bravura defendieron.

294 Sin embargo, no puedo persuadirme
De que no hayan previsto de antemano
Las comunes desgracias que traería
Entre ellos este uso abominable;

295 Y quisiera también que comprendieses
En estos males a los varios mundos
Que de diverso modo ha construido
Naturaleza, y no los limitaras
A sólo nuestro mundo: la esperanza
De vencer no introdujo estos estragos;

296 Más bien los hombres, que desconfiaban
De su número, y armas no tenían,
Quisieron, pereciendo en el ataque,
Dar que gemir a las contrarias filas.

297 Eran entrelazados los vestidos
Primero que el tejido se inventara:
El arte de tejer se siguió al hierro;

298 Pues sólo con el hierro hacerse pueden
Instrumentos tan finos como husos,
Córcolas, lanzaderas y las planchas.

299 A los hombres forzó Naturaleza
A trabajar la lana antes que diera
Este oficio a las hembras; porque el hombre
Tiene mayor industria y sobresale
En cualquier arte: empero vergonzoso
Pareció a los robustos labradores,
Y en manos de las hembras la pusieron,
Y para sí dejaron los trabajos
Más duros y penosos, y escogieron
Fortalecer con ellos cuerpo y manos.

300 Pero enseñó también Naturaleza
El arte de plantar y los injertos;
Ella dio estas lecciones la primera,
Mostrando las semillas y bellotas
Que cada una a su tiempo producía
Al pie del árbol mismo do cayera
Un enjambre de arbustos: desde entonces
Gustaron injerir ellos en ramas
Renuevos de otra especie, y por los campos
Les agradó plantar arbustos nuevos.

301 Hicieron nuevo ensayo cada día
En la cultura de su dulce campo,
Y veían los frutos más silvestres,
Con el blanco cultivo y el cuidado,
Llegar a suavizarse. Y obligaron
A meterse las selvas hacia el monte

De día en día, y a dejar los llanos
A la cultura, para que los prados,
Los lagos, los arroyos y los frutos
Y las viñas alegres ocupasen
Los campos y collados, y el olivo
Pudiese por el medio derramarse

302 Por cerros y por valles y por campos
En tendidas hileras, como ahora
Ves la gustosa variedad que ofrecen
Las campiñas, doquiera divididas
O guarnecidas de árboles frutales.

303 Mas los claros gorjeos de las aves
Con la voz se imitaban mucho antes
Que pudiesen los hombres regalarse
Los oídos con versos armoniosos
De melódico son y dulce halago:
Y el silbido del céfiro en los huecos
De las cañas les dio lección primera
De inflar la campesina cañaheja
Después, por dedos ágiles tocada,
Y acompañada de la voz, la flauta
Poco a poco hizo oír sus dulces quejas.

304 Fue inventada en los bosques retirados,
En las selvas y montes solitarios,
Entre los dulces ocios de pastores.

305 Lentamente va el tiempo de este modo
Sacando a luz las artes diferentes,
Y el ingenio las va perfeccionando.

306 Suavizaban las penas de la vida
Con estos inocentes pasatiempos
Cuando acababan la frugal comida,
Al tiempo que el descanso es más gustoso,
Y así por lo común, ellos, tendidos
Sobre la verde grama, al pie del agua
De un arroyo, debajo de las ramas
De algún árbol erguido a poca costa
Gozaban de placeres inocentes,
Mas sobre todo en la estación risueña,
Cuando con verde hierba engalanaba
Y con flores los prados el verano:

307 Entonces era el tiempo de las danzas,
Entonces de las pláticas, entonces
De las dulces risadas, porque entonces
La musa pastoril se remontaba:
Los provocaba entonces la alegría
A adornarse los hombros y cabeza
Con guirnaldas de flores y de hojas,
Y herían sus pies rústicos la tierra,
Esta madre común, pesadamente
Sin compás ni soltura, por lo que eran
Las risas e inocentes carcajadas;

308 Haciendo los placeres, más extraños
Su misma novedad: y, desvelados,
De aquí sacaban ellos sus consuelos,
La voz acomodando a varios cantos
Y pasando sus labios apretados
Sobre sus caramillos. Al presente
Recreamos así nuestros desvelos,
Y aprendemos la música con reglas;

309 Mas no cogemos frutos tan colmados
De la dulzura como los cogía
La raza inculta de hijos de la Tierra.

310 Así que, el bien presente preferimos
Y nos agrada más suavemente
Si otro más superior no conocemos,
Y los nuevos inventos perjudican
A los antiguos y del todo mudan
Nuestros gustos: por eso aborrecimos
La bellota; por eso hemos dejado
Las camas de los céspedes y hojas:
La piel cayó también en el desprecio;

311 Aquel vestido de feroces bestias.
¡Cuánto me temo que la envidia entonces
Contra aquel inventor se encarnizase
Que la vistió primero asesinando

Traidoramente este hombre; y a la postre
Los demás entre sí se repartieron
La piel sangrienta sin querer dejarla!

312 Porque entonces las pieles, ahora el oro
Y púrpura ejercitan a los hombres
Con zozobras, combates y fatigas:
Nosotros somos más culpables que ellos,
Pues sin pieles el frío atormentaba
A los desnudos hijos de la Tierra;

313 Nosotros ningún daño recibimos,
Careciendo de púrpura y de oro
Y de ricos bordados, si tenemos
Un vestido común que nos abriga.

314 Así en vano se afana el hombre siempre
Y de continuo se atormenta en vano,
Y en cuidados superfluos gasta el tiempo,
Porque no pone límite al deseo,
Y porque no conoce hasta qué punto
El placer verdadero va creciendo:
Y esto es lo que ha lanzado poco a poco
Entre borrascas a la humana vida,
Y ha movido unas guerras tan crueles
Para arruinar la sociedad entera,
El Sol y Luna, estos brillantes globos
Que van luciendo alternativamente

315 Por el rico palacio de los cielos,
Han dado bien a conocer al hombre
Vicisitud constante en estaciones
Y de naturaleza el orden cierto.

316 El hombre ya vivía en fuertes torres,
Y la tierra se había repartido,
Y estaba floreciente su cultura;

317 Florecía la mar con hondas naves;
Y por medio de pactos y alianzas
Entre sí ya se unían las naciones,
Cuando con sus canciones los poetas
A transmitir hazañas empezaron
A la posteridad: no mucho antes
Se inventó la escritura: por lo tanto,
De estos antiguos siglos no logramos
Más vestigios que aquéllos que entrevemos
Por la razón guiados solamente.

318 Y la navegación, la agricultura,
La arquitectura, la jurisprudencia,
El arte de hacer armas y caminos,
De preparar las telas, y las otras
Invenciones a estas semejantes,
Y aun todas las que son de mero gusto,
La pintura, escultura y poesía,
Se inventaron a fuerza de experiencias
Por la necesidad y por la industria.

319 El tiempo de este modo poco a poco
Trae los descubrimientos de las cosas,
Y la industria adelanta sus progresos;

320 Pues vemos que el ingenio perfecciona
Las artes sin cesar unas con otras,
Hasta que logran perfección cumplida.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VI

✦

1 En otro tiempo Atenas la primera,
Ciudad famosa, descubrió los frutos
A los mortales desafortunados,
Y les dio nueva vida, y les dio leyes,
Y la primera dio dulces consuelos
Contra las desventuras de la vida;

2 Cuando produjo al mundo el varón sabio
De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones
Se asombra, el universo, y cuya gloria,
Triunfando de la muerte, se levanta
A lo más encumbrado de los cielos.

3 Porque viendo este hombre que ya habían
Todo lo más preciso los mortales
Para vivir y conservar la vida;

4 Que tenían riquezas abundantes,
Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos;
Pero que no dejaban de angustiarse
Y gemir como esclavos en prisiones,
Llegó a entender que todo el mal venía
Del mismo vaso, que teniendo vicio
Malea lo que se echa más precioso:

Ya porque permeable y sin asiento
No se llena por mucho que se le eche,
Ya porque el interior todo emporcado,
Con su negro veneno inficionaba
Cualquier cosa en el vaso contenida.

5 Limpió, pues, los humanos corazones
Con la verdad; les limitó el deseo,
Les curó sus cuidados y temores,
Y declaroles la naturaleza
Del sumo bien, a que aspiramos todos,
Y el camino más fácil y más corto
Para llegar a él derechamente;

6 Y demostroles cuáles son los males
A que sujeta a los mortales todos,
El poderío de Naturaleza,
Y que asaltan al hombre acometiéndole,
O por acaso o necesariamente,
Según Naturaleza dispusiera:
Les dijo por qué lado debe el alma
A sus asaltos resistir invicta,
Y probó cuán en vano ella fomenta
De ordinario en el fondo de sí misma
Las zozobras de tristes aflicciones:
Así como los niños temerosos

7 Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos, de día
Nos asustamos de lo mismo a veces
Que despavorir suele a los muchachos.

8 Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la Naturaleza:
Mi voz la cantará con nuevo aliento.

9 Y como te enseñé que el edificio
Del Mundo era finible, y que tenía
Principio el cielo, y que los seres todos
Que nacen y nacieron es preciso
Que necesariamente se disuelvan,
Oye lo que me falta descubrirte,
Puesto que la esperanza de mi triunfo
Me animó a que subiese sobre el carro
Brillante de la gloria, y nuevo aliento
Me han dado los obstáculos que había.

10 Y los demás fenómenos que observan
En el Cielo y la Tierra los mortales
Tienen suspensas con pavor sus almas,
Las humillan con miedo de los dioses,
Y las tienen cosidas con la tierra,
Puesto qué la ignorancia de las causas
Los fuerza a sujetar Naturaleza

Al imperio de dioses y a ponerles
En sus manos el cetro, y se imaginan
Que algún poder divino hace las obras
Cuyo primer resorte ellos ignoran:
Porque los que estuvieren persuadidos

11 De que los dioses viven descuidados,
Si no obstante se admiran de las causas,
En especial de aquellas apariencias
Que encima de nosotros se descubren
En la región etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo,
Y nos ponen tiranos inflexibles,
A quienes para colmo de miseria
Les conceden poder ilimitado;

12 Ignorando qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que la Naturaleza ha señalado,
En fin, a la energía de los cuerpos,
Por lo que más y más se descaminan.

13 Si no desechas semejantes yerros
Teniendo por indignos de los dioses
Y ajenos de su calma estos cuidados,
Vendrán a tu presencia de continuo
Estas santas deidades resentidas;

14 No porque capaz sea de enojarse
La majestad suprema de los dioses,
Y deseen coléricos vengarse
Con ejemplar castigo de los hombres;

15 Sino porque estarás muy persuadido
Que en el seno de un plácido reposo
Revuelven las venganzas en su pecho;

16 No entrarás en los templos de los dioses
Con pacífico pecho, ni es posible
Que aquellos simulacros emanados
De sus augustos cuerpos te presenten
Sus divinas imágenes con calma;

17 ¡Ya ves cuán triste vida te amenaza!
Aunque sabiduría por mis labios
Te ha explicado verdades infinitas
Para alejar de ti tan dura suerte;

18 Otras muchas me faltan todavía,
Y tengo yo además que engalanarlas
Con lindos versos; tengo que explicarte
Los diversos fenómenos del cielo:
Cantaremos también las tempestades,
Y las causas y efecto de los rayos,
Porque, supersticioso, neciamente
En regiones diversas no repartas
El cielo para ver, todo temblando,

De qué parte salió el alado fuego,
O hacia dónde tiró precipitado,
Y cómo por las tapias se introduce,

19 Y cómo sale de ellas victorioso:
Pues todos son efectos naturales,
Que atribuyen los hombres a los dioses
Porque no pueden penetrar las causas.

20 Calíope, diestra musa, que a los hombres
Alivias, y recreas a los dioses,
Ven a instruirme tú de mi corrida
Hacia la ruta de carrera ilustre,
Para ceñir, guiándome tú ahora,
De corona inmortal mi sien gloriosa.

21 Tan sólo se estremecen con el trueno
Las azuladas bóvedas celestes,
Cuando agitadas por contrarios vientos
Se chocan mutuamente etéreas nubes
Por las altas regiones remontadas;

22 Pues no viene el tronido de aquel lado
Que hay sereno en el cielo: pero cuando
Las nubes condensadas se amontonan
En una parte, allí con mayor fuerza
Suele sentirse el tormentoso ruido.

23 Además, que no pueden ser las nubes
De una masa tan densa como piedras
Y vigas; ni tampoco tan sutiles
Como la niebla y humo, pues debieran
Caer en fuerza de su mucho peso
En el caso primero como piedras;

24 Si tuvieran la misma consistencia
Que tiene el humo, no pudieran ellas
Contener los granizos y las nieves.

25 En la inmensa llanura de los aires
Hacen también un ruido semejante
Al de los grandes lienzos que se agitan
Por entre las columnas y las vigas
De nuestros coliseos; otras veces,
Rasgadas por la furia de los vientos,
Imitan el sonido delicado
Que hace roto el papel entre los dedos,
Como en el trueno puedes observarlo;

26 O el ruido de un vestido que hay colgado,
O de una hoja volante que los vientos
En fuerza de sus golpes repetidos
Agitan y remueven por los aires.

27 También sucede a veces que las nubes
En lugar de chocarse por delante
Se comprimen de lado, y van raspando

Por medio de encontrados movimientos
Lo largo de su cuerpo, de do nace
Aquel sonido seco que magulla
Los oídos, y dura mucho tiempo,
Hasta que se ven libres de aquel lazo.

28 Otra causa hay también por la que el trueno
Nuestro mundo conmueve en ocasiones
Con estremecimientos tan horribles
Que parecen las bóvedas del Mundo
Por todas partes reventar deshechas
Con repentino golpe; cuando entrado
De pronto el huracán impetuoso
En medio de las nubes allí brega:
Rápido torbellino que condensa
La nube con esfuerzos redoblados,
La estrecha por los lados, y la ahueca;

29 Pero cuando por fin abrieron paso
Su impetuosidad y su violencia,
Con horrible estampido sale el viento:
No es maravilla, cuando el mismo ruido
De un estallido igual da muchas veces
Una simple vejiga llena de aire.

30 También puede explicarse de otro modo
Aquel ruido que excitan en las nubes
Los vientos; porque vemos de ordinario
Que las nubes presentan superficies

De ramificación larga e incierta:
Luego deben hacer el mismo ruido
Que las hojas y ramas de una selva
Cuando son de los cierzos agitadas.

31 Puede también la furia de los vientos
Reventar una nube si la embisten
Directamente con furioso aliento:
La experiencia nos dice cuánta fuerza
Debe tener su soplo por arriba,
Cuando aquí bajo, siendo más suave,
Echan a tierra el árbol más erguido
Y arráncanle de cuajo fácilmente.

32 Hay también en las nubes como olas
Que deben, estrellándose con furia,
Producir un murmullo tan profundo
Como el que hace un gran río y océano
Cuando es por las tormentas agitado.

33 También del rayo los ardientes fuegos,
Cuando de nube en nube van cayendo,
Quizá vienen a dar en nube acuosa,
Donde mueren con ruido semejante
Al chirrío del hierro caldeado,
Cuando rápidamente le metemos
Desde la misma fragua en agua fría:
Pero si árida nube coge al rayo,
Se inflama de repente con gran ruido:

De esta manera el fuego provocado
Con torbellino de furiosos vientos
Se extiende por los montes coronados

34 De laureles al punto consumidos:
No hay cuerpo combustible que devore
El fuego con un ruido más terrible
Que el árbol consagrado al dios de Delfos.

35 Por fin, el hielo haciéndose pedazos,
Y el granizo cayendo hacen retumben
Las nubes a lo lejos, cuando el viento
Las junta y amontona semejantes
A las montañas, y por fin quebradas
Caen en tierra revueltas con granizo.

36 También relampaguea si las nubes
Arrojan mucha ignífera semilla
En fuerza de su choque, a la manera
Que sacudiendo un pedernal con otro,
O dando con un hierro, se ve entonces
Brillar la luz y chispear de lejos:
Y el relámpago ya vieron los ojos
Cuando llegan los truenos al oído;

37 Porque hieren mas pronto los objetos
La vista que el oído, como puedes
Observando tú mismo, si te pones

A ver cortar al leñador las ramas
Superfluas de algún árbol con el hacha;

38 Pues le verás primero dar el golpe
Que llegue a tus orejas el sonido:
El relámpago vemos asimismo
Antes que percibamos el sonido,
Siendo uno y otro a un tiempo y siendo hijos
Del mismo choque y de la misma causa.

39 También explicaré de otra manera
Por qué de rauda luz bañan la tierra
Las nubes y sus fuegos tembladores
Hacen brillar durante la borrasca.

40 Luego que el viento acometió a la nube,
Y agitándola siempre, como dije,
Logró ahuecarla, y recogerla al centro,
Con movimiento rápido se inflama,
Porque vemos nosotros abrasarse
Todo cuerpo movido con presteza,
Y aun la bala de plomo derretirse,
En un gran trecho, cuando el remolino
Inflamado rasgó la obscura nube,
Desparrama sus fuegos de repente
Lanzados de la nube con esfuerzo,
Obligando a cerrar los ojos: luego

41 Óyese él estampido, que la oreja
Hiere más tarde que la luz los ojos:
Todos estos efectos ciertamente
Suponen nubes densas, que arrojadas
Sean también con ímpetu admirable.

42 No dejes engañarte de tus ojos,
Que no te enseñan más desde aquí bajo
Que la extensión y anchura de las nubes
Más bien que el grueso de ellas y su altura.

43 Para desengañarte, considera
Las nubes parecidas a unos montes
Que los vientos trasponen por los aires
En dirección contraria: o si los vientos
Yacen en sus entrañas sepultados,
Verás amontonadas estas nubes
Unas sobre otras por los altos montes,
Apretarse entre sí por las alturas.

44 Entonces podrás tú formar idea
De sus masas enormes; ver en ellas
Especies de cavernas fabricadas
En rocas suspendidas, y los vientos,
Cuando llenan su centro dando muestras
De tempestad, se indignan en las nubes
Al verse dentro de ellas encerrados,
Como lo hacen las fieras en sus jaulas:
Resuenan a lo lejos sus bramidos,

Por todas partes quieren escaparse,
Desprenden de la nube unas semillas
De fuego, que amontonan y revuelven

45 En lo interior de sus ardientes hornos,
Hasta que ya por fin rasgan la nube
Y en torrentes de luz huyen los vientos.

46 Los rápidos relámpagos que vuelan
Hacia la tierra, fuegos transparentes
Más brillantes que el oro, tal vez deben
Su nacimiento a la substancia misma
De las nubes, que dentro de sí encierran
Precisamente una abundante copia
De moléculas ígneas; en efecto,
Cuando ningún humor tienen las nubes,
Por lo común es su color brillante
Así como la llama; porque debe
También la luz del sol precisamente
Comunicarlas infinitas partes

47 Para estar encendidas de este modo
Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento
Amontonó estas partes en un sitio,
Y comprime la nube fuertemente
Por donde ellas están amontonadas,
Exprime de la nube estas semillas
De fuego, las esparce, y las obliga
A arder con los colores de la llama.

48 También relampaguea si las nubes
Están enrarecidas; cuando el aire
Agitando la nube dulcemente
Sus partes va ensanchando y disolviendo,
Es preciso que caigan por sí mismas
Las semillas de fuego causadoras
Del relámpago entonces sin estruendo,
Sin destrucción y sin cansar terrores.

49 Además, los efectos de los rayos
Dicen cuál sea su naturaleza:
Las señales que dejan en los cuerpos
Que consumieron, los vapores densos
Del azufre que exhalan nos demuestran
Que son de fuego, no de aire o de agua:
Abrasan además las fuertes torres,
Y con rápida llama hacen cenizas
Los edificios: la Naturaleza
Este fuego voraz formó de intento
De sus fuegos más vivos y sutiles:
Ninguna cosa puede resistirle;

50 Por medio de las casas pasa el rayo
Con tanta valentía y ligereza
Como el grito y la voz; él atraviesa
Las peñas y metáles; cobre y oro
Derrite en un momento, y de repente
Disipa el vino sin lesión del vaso,

Porque tal vez llegando a introducirse
Su calor fácilmente en las paredes
Del vaso, las afloja y enrarece
Y echa por todas partes los principios
Del vino adelgazándolos primero,
El mismo Sol hacerlo no podría

51 En todo un siglo; tanta es la ventaja
Del poderío activo de los rayos.
Ahora te explicaré sin digresiones
Cómo se forma el rayo, y cómo adquiere
Una fuerza capaz de hender las torres,
Derribar casas, arrancar las vigas,
Demoler las memorias de los hombres
Y dejar a los mismos hombres muertos,
Sin vida echar por tierra los ganados,
Y muchas destrucciones semejantes.

52 De las nubes espesas y apiñadas
Por las altas regiones nace el rayo:
Ninguno viene de sereno cielo,
Ni las nubes ligeras los despiden;

53 Como nos lo declara la experiencia
Cuando vemos cubrirse la atmósfera
De espesas nubes en aquel momento
En que la tempestad prepara el rayo:

Parece que han salido las tinieblas
Del Aquerón, a un tiempo, obscureciendo
La cavidad inmensa de los cielos;

54 Nos cubre horrible noche con su manto;
Pende el terror encima de nosotros.
También alguna vez la negra noche,
Como río de pez que descendiese
Del cielo por el mar, sobre sus ondas
Cae tan precipitada, y a lo lejos
Derrama las tinieblas; tras sí arrastra
La tempestad, preñada de huracanes,
De rayos y de fuegos y de vientos
Tan furibundos, que en la tierra tiemblan
Los hombres y se meten en sus casas.

55 Es creíble que tengan mucho cuerpo
Las nubes borrascosas que se forman
Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra
En noche obscura no se sepultara
Si multitud de nubes por encima
Toda la luz del Sol no la robaran;

56 Las lluvias abundantes no podrían
Hinchar los ríos o inundar los campos,
Si no estuviera la región etérea
Llena toda de nubes elevadas.

57 Fuegos y vientos hay por todas partes,
De cualquier lado truena por lo mismo,
Y salen los relámpagos: ya he dicho
Que tienen mucha ignífera semilla
Todas las nubes en su centro hueco:
Que los rayos del Sol y sus ardores
Las aumentan también precisamente.

58 Cuando el viento amontona en su paraje
Todas aquellas nubes, saca de ellas
Infinitas moléculas de fuego,
Con las cuales él mismo se revuelve:
El remolino entonces prisionero
En la nube se agita, y allí aguza
El rayo en medio de esta fragua ardiente.

59 El viento, pues, se enciende de dos modos:
Por actividad propia, o por contacto
De fuego: y cuando ya de esta manera
Se encendió él a sí mismo, o recibiera
La impresión de la llama, presto el rayo
Rompe la nube; entonces de improviso
Luces resplandecientes va esparciendo
Por todas partes, y hórrido estallido
Se deja oír, como si caminaran
Sobre nosotros rotas de repente
Las bóvedas del cielo: todo el Globo
Retiembla entonces, y de polo a polo

60 Por todo el firmamento corre el trueno:
Porque a la vez se agitan y retumban
Todos juntos entonces los nublados,
Y de este general sacudimiento
Nace una lluvia tan copiosa y fuerte,
Que parece que quiere convertirse
En agua todo el cielo, y que de nuevo
Se va a anegar la Tierra con diluvio:
Tanto asusta el sonido de las nubes
Que se rompen a un tiempo, y de los vientos
Que braman agitados, y del rayo
Que reluce volando por los aires.

61 También un viento externo e impetuoso
Viene a caer sobre una nube espesa
Do está el rayo formado, la que abierta,
Deja caer de pronto el torbellino
De aquel fuego que rayo le llamamos:
Esto también sucede a otros nublados
Según las direcciones de los vientos.

62 Puede también acontecer a veces
Que, sin estar el viento aún encendido,
Sin embargo se inflame en largo trecho;

63 Que en su misma carrera se despoje
De aquellos elementos más groseros
Que no pueden pasar por la atmósfera,
Y que del aire mismo tome al paso

Las más finas moléculas, que le hagan
Inflamarse volando envuelto en ellas:
Como bala de plomo se escandece
En su carrera cuando va dejando
Los principios más fríos en el aire,
Y semillas de fuego en él recoge.

64 La inflamación, en fin, puede que nazca
Del mismo choque; cuando el viento frío
Sin fuego azota, entonces por ventura
Saca la violencia de su golpe
Moléculas de fuego de sí mismo
Y del cuerpo chocado, como cuando
Un pedernal herimos con el hierro
Salen las chispas, y aunque el hierro es frío,
Sabe la colisión sacar semillas
Refulgentes de llama; pues lo mismo
Debe encender el soplo de los vientos
Los cuerpos que sacude, si inflamable

65 Es la naturaleza de estos cuerpos:
Sin ser un temerario no se puede
Enteramente asegurar que el viento
Tan rápido bajando desde arriba
Sea del todo frío; y si en su curso
No se inflamó, debe llegar al menos
Entibiado y revuelto en algún fuego.

66 La rapidez del rayo y golpe fuerte
Y su caída violenta nacen
De su natural ímpetu: encerrado
En las nubes, y allí, cobrando fuerzas,
Con nuevo brío intenta salir de ellas;

67 Cuando el nublo no puede resistirse
A este aumento de ímpetu, se escapa
Con una prodigiosa ligereza
El fuego destructor, como las piedras
Lanzadas por las máquinas terribles.

68 Junta también a esto ser el rayo
De finos y sutiles elementos;
Y con esta figura no es tan fácil
Hacerle resistencia, pues se cuela
Y sé insinúa, por lo más estrecho:
No puede cuerpo alguno con su choque
Detener su raudísima carrera.

69 Además de que todo cuerpo grave
Por natural impulso tiende abajo;
Pero si la impulsión se junta al peso,
Su rapidez se dobla, y se acrecienta
Aquel ímpetu suyo de contado.

70 El rayo así con estas fuerzas dobles
Debe quitar del medio en un instante
Cualquier estorbo que se encuentre al paso,

Y proseguir su marcha sin pararse.

71 En fin, la longitud de su caída
Más y más acelera el movimiento,
Que siempre va creciendo; y aumentando
Su ímpetu, vigora los ataques,
Sus divergentes átomos juntando
Y dirigiendo todos sus esfuerzos
Hacia el punto común a donde corre.

72 También quizá viniendo hacia nosotros
Quita de paso el rayo al aire mismo
Corpúsculos que puedan darle fuerza
Y acelerar su golpe impetuoso.

73 Hay muchos cuerpos que penetra el rayo
Sin daño alguno de ellos, porque encuentra
Conductos que atraviesa velozmente:
Hay otros que destruye y descompone,
Por que viene a atacar directamente
Las moléculas que unen su tejido:
Él con facilidad derrite el cobre
Y hace que hierva el oro en un instante,
Porque de átomos lisos y sutiles
Se forma el rayo, los que fácilmente
Dentro de estos metales se introducen,
Y desatan sus nudos al momento

74 Y todas sus lazadas desaprietan.
En el Otoño y en la Primavera,
Cuando se abren las flores por los campos,
El palacio encumbrado de los cielos
De fulgentes estrellas se estremece
Por todas partes más a la continua:
Se estremece también toda la tierra,
Porque en Invierno faltan muchos fuegos,
Y los vientos se calman en Estío,
Y las nubes no tienen tanto cuerpo.

75 En estaciones medias, pues, concurren
Todas las varias causas de los rayos:
Vienen a ser los límites comunes
Do el frío y el calor se están tocando
Agentes necesarios de los rayos,
Que entrambos introducen la discordia
En la naturaleza, y con gran ruido
El fuego encienden de las tempestades
Y enfurecen el aire con los vientos:
Porque el fin del Invierno y el principio
De Estío son los que hacen el Verano:
Por lo cual deben el calor y el frío,

76 Principios entre sí tan encontrados,
Luchar y revolver todas las cosas:
El Otoño, que forma la salida
Del Estío y la entrada del Invierno,

Debe observar las riñas y pendencias
Del frío y del calor; guerras del año
Pueden llamarse entrambas estaciones:
No es extraño que se hagan muchos rayos
Entonces, y que el cielo se alborote
Con tempestades, porque la discordia
Está continuamente fomentada
Con llamas y con vientos y con nublos.

77 Así se indaga la naturaleza
Del ignífero rayo y sus efectos;
No consultando vanas predicciones
De los toscanos para hallar indicios
Del secreto consejo de los dioses:
O de dónde salió el alado fuego,
O hacia donde tiró precipitado,
De qué modo se entró por las paredes
Y cómo sale de ellas victorioso,
O qué daño presagia su caída.

78 ¿Por qué, si Jove y las demás deidades
Estremecen las bóvedas celestes
Con sonido terrífico, y arrojan
Los rayos por do quiera que les place;

79 Por qué de parte a parte no dividen
El pecho del malvado que se entrega
A odioso crimen descaradamente,

Y las llamas del rayo vaheando
Dan a los hombres documento horrible?

80 ¿Por qué más bien revuelven en sus llamas
Al inocente a quien maldad no arguye,
Y a quien súbitamente le circunda
El fuego celestial en remolino?

81 ¿Por qué, además, emplean su trabajo
Contra las soledades vanamente?
¿Es por ejercitar mejor sus brazos,
O por asegurar mejor sus golpes?

82 ¿Por qué sufren se emboten en la tierra
Los que despide el padre de los dioses?
¿Por qué de ellos él mismo se despoja,
Y para sus contrarios no los guarda?

83 En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayo
Y nunca mueve tempestad de truenos
Cuando hay serenidad por todo el cielo?

84 ¿Cuando acaban las nubes de formarse,
Monta entonces en ellas por ventura,
Por dirigir sus tiros más de cerca?

85 ¿Por qué razón contra la mar asesta?
¿Por qué hiere las ondas, estas masas
Líquidas, estos cuerpos fluctuantes?

86 Si quiere nos guardemos de los rayos,
¿Por qué no deja verlos desde lejos,
Y si quiere cogernos descuidados
¿Por qué truena de modo que podamos
Evitarlos? ¿A qué son los retumbos,
Tinieblas y murmullos que preceden?

87 ¿Puedes tú concebir que los dispare
Al mismo tiempo por distintas partes?
No puedes refutarlo, sin que niegues
Una experiencia tan frecuente y cierta.

88 Es preciso que pueda caer el rayo
Al mismo tiempo por distintos lados,
Como vemos que llueve y caen las lluvias.

89 ¿El rayo asolador por qué derriba,
En fin, los templos santos de los dioses,
Estas habitaciones suntuosas,
Y rompe sus estatuas bien labradas,
Y roba a sus imágenes el culto
Con golpe violento? ¿Por qué ataca
De ordinario los sitios elevados,
Y vemos en las cumbres de los montes
Más bien que en otra parte sus vestigios?

90 Por lo que te he explicado de los rayos
Es fácil conocer de qué manera
Sobre la mar se arrojan desde arriba

Los tifones, que présteres clamaron
Los griegos atendiendo a sus efectos.

91 Por qué bajan a veces desde el cielo
Sobre la mar como en columna larga,
Y todo alrededor bullen las ondas
Agitadas con soplo impetuoso;

92 Y las naves entonces sorprendidas
Por el vertiginoso meteoro
Están expuestas al mayor peligro:
Y la causa es que el viento algunas veces
No teniendo potencia suficiente
Para romper la nube que ha embestido,
La baja poco a poco hacia las aguas
Como columna echada desde el cielo,
O más bien como masa disparada
De arriba abajo por robusto brazo,
La cual sobre las ondas se extendiese:
Cuando rasga la nube, el viento se entra

93 Con ímpetu en la mar, y en ella excita
Un hervor increíble; porque entonces,
Sin cesar agitándose la manga,
Baja a la par la nube, que se presta
A cualquier movimiento de la bomba:
Y así que la extendió sobre las aguas
El vértice de pronto se zabulle.

94 Hace toda la mar un hervidero,
Mueven sus olas espantoso ruido.
El mismo torbellino que en el aire
Juntó los elementos de la nube,
Se envuelve algunas veces dentro de ella,
Imitando las mangas por la tierra;

95 Y cuando al suelo se bajó la nube,
Rasgándose, vomita de su cuerpo
Un remolino, un huracán furioso.

96 Mas siendo estos fenómenos muy raros
A causa del obstáculo que oponen
En la tierra a los vientos las montañas,
Deben ser más frecuentes en los mares,
Que son tan extendidos y patentes.

97 Los nublados se forman cuando muchos
Angulosos corpúsculos, volando
Sin cesar en la atmósfera, se juntan
Entre sí de repente, y se condensan
A pesar de sus débiles uniones:
Sólo son al principio nubecillas;

98 Empero todas juntas apiñadas,
Y entre sí reunidas, van creciendo,
Y los vientos las llevan de manera
Que nace de ellas tempestad furiosa.

99 Y cuanto más vecinas a los cielos
Tienen también sus cumbres las montañas,
Tanto más una niebla amarillenta
Y una especie de humo siempre espeso
Las obscurece; porque cuando empiezan
A tomar consistencia los nublados,
Sin que puedan aún verlos los ojos,
Los vientos los conducen y aglomeran
Sobre la cima de elevado monte:
Cuando, por fin, después se reunieron
En mucho mayor número apiñados,
Condensados los vemos elevarse

100 Desde la húmeda cumbre por los aires:
Puesto que la razón y la experiencia
Dicen ser el teatro de los vientos
Aquellos sitios que hay más elevados.

101 Además quita la Naturaleza
También muchos corpúsculos de encima
De todo el mar, como nos lo declaran
Las ropas que tendemos en la playa
Poniéndose mojadas: luego es claro
Que contribuyen las emanaciones
De este salado fluido agitado
Al acrecentamiento de las nubes.

102 Vemos también que de los ríos todos
Y de la misma tierra se levantan
Unas nieblas y cálidos vapores
Cuyas exhalaciones se remontan
Por el aire, y los cielos obscurecen,
Y con sus reuniones insensibles
Forman espesas nubes; pues las olas
De la substancia etérea las empujan
Por la parte de arriba, y condensadas
Cubren casi las bóvedas azules..

103 Puede también que vengan de otros mundos
A reunirse en éste aquellos cuerpos
Que forma los nublados y tormentas:
Porque te he dicho que es innumerable
El número de átomos, y el todo
Ser también profundísimo: no ignoras
De cuánta ligereza están dotados
Los átomos, y cuán rápidamente
Suelen correr espacio inmensurable;

104 Por lo que no es extraño, que al momento
Cubran la tempestad y las tinieblas
Colgadas en el aire mar y tierra,
Y las montañas; pues los elementos
Encuentran siempre entradas y salidas

Por donde quiera en todos los conductos
Del éter, y por todas las lumbreras
Del mundo, por decirlo de este modo.

105 Ahora te explicaré cómo se aumentan
Las aguas de la lluvia en nubes gruesas,
Y cómo desde allí caen en la tierra.

106 Y es preciso ante todo persuadirte
Que se levantan con las mismas nubes
Infinitas moléculas de agua
De todo cuerpo, y a la par se aumenta
Con la misma substancia de la nube,
Del mismo modo que el sudor, la sangre,
Y cualquiera otro líquido del cuerpo
Crece a la par que todos nuestros miembros.

107 Los nublados a veces también cargan
De las aguas marinas, semejantes
A vellones de lana suspendidos
Cuando son conducidos por los vientos
Sobre la superficie de los mares;

108 También de todo río se levanta
El agua hacia las nubes; pero cuando
Estas semillas de agua, acrecentadas
De todas partes con emanaciones
Tan grandes y diversas, se juntaron
Y las condensa el soplo de los vientos,

Entonces determina su caída
Doblada fuerza; la presión de vientos
Y la copia de nubes apiñadas,
Las cuales gravitando unas sobre otras
Hacen caer las lluvias dilatadas.

109 Cuando además los vientos enrarecen
Los nublados, o cuando son disueltos
Por el calor del Sol, que hiere encima,
Humor pluvioso entonces van soltando,
Y corren gota a gota como cera
Que se va derritiendo puesta al fuego.

110 Es copiosa la lluvia si las nubes
Experimentan esta doble fuerza,
La presión de su peso y de los vientos;

111 Y suele durar mucho, y encerradas
Suele tener las gentes en su casa,
Cuando están muy espesos los nublados,
Y cuando unos sobre otros se amontonan,
Y se derraman hacia todas partes,
Cuando toda la tierra restituye,
El mismo humor con sus exhalaciones.

112 Cuando entre obscura tempestad embiste
Con sus rayos el Sol lluviosa nube
Que en frente de sí tiene, se descubren

En medio de las nubes tenebrosas
Los colores del Iris variados.

113 De otros meteoros que se forman
Y crecen combinados en las nubes,
Como la nieve, vientos y granizo,
Las escarchas y el hielo que endurece
Las aguas, y refrena la corriente
De los ríos, es fácil que comprendas
Sus efectos y causas si entendieres
Las propiedades de los elementos.

114 Pon atención en conocer la causa
Ahora de los temblores de la tierra;
Y debes persuadirte, sobre todo,
Que el globo interiormente como fuera
Está lleno de vientos, de cavernas,
De lagos, precipicios y peñascos,
De rocas y de ríos escondidos,
Cuya corriente impetuosa arrastra
Las peñas sumergidas en su madre:
La razón, pues, exige que la tierra
Se asemeje a sí misma en todas partes.

115 Supuestas de antemano estas nociones,
Tiembla la tierra por su superficie
Con motivo de haberse desplomado
En su interior grandísimas cavernas,
Que viene a demoler por fin el tiempo;

116 Como que enteros montes se arruinan,
Cuyo sacudimiento pronto y fuerte
Extiende los temblores a lo lejos:
Cuando un carro que no es de mucho peso
Hace temblar todos los edificios
Que están al paso, no retiemblan menos
Todos los sitios del contorno cuando
Arrastran los corceles arrogantes
Las llantas de las ruedas bien herradas.

117 También puede caer al cabo de años
Una masa disforme de la tierra
En un lago vastísimo, y el orbe
Vacilar tal vez puede con motivo
Del movimiento que excitó en las aguas,
Así como en el suelo no está inmóvil
El vaso lleno de una agua agitada
Hasta ponerse toda en equilibrio.

118 Cuando, además, el viento recogido
Entre las cavidades interiores
De la tierra se arrojó violento
Sobre una parte, y con sus fuerzas todas
Hace presión en las cavernas
Inclínase la tierra hacia la parte
Donde el viento dirige sus esfuerzos,
Y las casas entonces que hay encima
Inclínanse también cuanto más altas,

Cuanto más se avecinan a los cielos,
Y perdiendo el nivel salen las vigas,
Y amenaza venirse todo al suelo.

119 Y temen presumirse si ha prescrito
Naturaleza un paso a la ruina
Y destrucción total del mundo entero,
Cuando ven su gran mole pronta a hundirse.

120 Si los vientos aliento no tomasen
Nada capaz sería de enfrenarlos,
Ni detener su furia destructora;

121 Mas como se sosiegan alternando,
Y vuelven al ataque nuevamente,
Y se ven rechazados con ventaja,
Amenaza la tierra desplomarse;

122 Ella se inclina y otra vez se alza;
Y pierde el equilibrio, y con su peso
Otra vez le recobra: por lo mismo
Toda cosa vacila más o menos
Según su elevación, pues las más bajas
Casi no sienten el temblor de tierra.

123 También pueden causar estos temblores
Un viento impetuoso, un grande soplo
De fuerza introducido de repente,
O nacido del seno de la tierra,
Que después que se entró en las cavidades

Del globo, con tumulto anticipado
Entre inmensas cavernas va bramando
Y se revuelve mucho y no se escapa
Por fuera de la tierra hasta que la abre
Y con su gran violencia la divide,
Y forma en ella abismos anchurosos;

124 De esta manera fue Sidón tragada,
Obra de tirios, y en Peloponeso
También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades
Esta erupción furiosa de los vientos
Y el temblor de la tierra han destruido!

125 ¡A cuántas los horribles terremotos
Han hundido debajo de la tierra,
Y con sus ciudadanos juntamente,
Cuántas otras los mares sepultaron!

126 Pues si el viento no llega a romper fuera,
Su soplo impetuoso se divide
Por todos los conductos de la tierra
Y en sus entrañas férvidas excita
Un temblor general, del mismo modo
Que cuando se introduce por los miembros
Interiormente el frío, y los sacude,
Nos hace tiritar a pesar nuestro:
Con un doble terror vagan las gentes

Por la ciudad entonces asustadas,
Pues sobre su cabeza ven la muerte,
Debajo de los pies también la temen:

127 Temen que caiga derrumbado el techo,
Temen disuelva la Naturaleza
Las bóvedas del globo de repente,
De par en par abriendo estos abismos
Anchurosos, queriendo trastornada
Con sus mismas ruinas rellenarlos.

128 Por lo cual, aunque vivan persuadidos
De ser incorruptibles cielo y tierra,
Y destinados a existencia eterna,
La vista de un peligro tan urgente
Introduce pavor y desconfianza
En sus almas a veces, y les hace
Temer no huya la tierra en un instante
Con dirección al báratro profundo,
Y que el gran todo caiga detrás de ella,
Y que no reste más de todo el mundo
Que un cúmulo confuso de ruinas.

129 Ahora debo explicar precisamente
Cómo la mar no sabe qué es aumento.
Admíranse de que la mar no aumenta
Su volumen jamás con tantas aguas
Como corren a ella y tantos ríos
Como por todas partes desembocan:

Junta las tempestades y las lluvias
Que sobre mar y tierra caen a un tiempo
Además de sus propios manantiales;

130 ¿Dejarán, sin embargo, de admirarse
Si consideran que estas aguas juntas,
Con el mar extendido comparadas,
Viene a ser apenas una gota?

131 Roba el calor del sol una gran parte,
Pues vemos secan sus ardientes rayos
En un instante la mojada ropa:
Será su acción más fuerte y más activa
Sobre la faz inmensa de los mares
Aunque el sol tome una porción muy corta
De cada sitio de por sí, no obstante,
Debe robar en extensión tan grande
Cúmulo inmenso de marinas aguas.

132 Cuando con furia el mar barren los vientos,
Se llevan tras de sí gran parte de agua;
Porque es frecuente a veces en la noche
Ver que se ponen secos los caminos
Y endurecido el lodo con su soplo.

133 Además, te enseñé que los nublados
Atraen a sí las aguas de los mares,
Y por la haz de la tierra las esparcen

Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan
Los vientos por la atmósfera las nubes.

134 Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo
Poroso, que la mar contigua ciñe
Por todas partes, recibir no puede
El mar en sí las aguas de la tierra
Sin que reciba aquésta al mismo tiempo
Las saladas del mar, que ciertamente
Se filtran por el seno de la tierra,
Y se recogen y se juntan todas
Donde tienen los ríos nacimiento,
Y fluyen dulcemente por la tierra,
Por donde, una vez rota, facilita
Que con líquido pie corran las aguas.

135 Explicaré al presente por qué causa
Vomita a veces Etna por sus bocas
Las llamas en espeso torbellino:
La tempestad de fuego, dominando
Con estrago en los campos sicilianos,
No hizo mirar a los vecinos pueblos;

136 No volviendo la vista a los torrentes
De chispas y de humo, que cubrían
La atmósfera: a la vez, les daba pena,
De pávido cuidado hinchiendo el pecho,
Esperando los nuevos infortunios
Que la Naturaleza preparaba.

137 Si de tales fenómenos deseas
Tener conocimiento, es necesario
Que des una ojeada vasta y grande
Sobre Naturaleza, y que sus partes
A la vez consideres todas juntas,
Acordándote siempre que el gran todo,
Es infinito, y que supone poco
El cielo comparado al universo;

138 Y que es el hombre imperceptible cosa
Si se compara con el orbe entero.
Si tú penetras bien este principio,
Si te convence una verdad tan clara,
Ya no te admirarás de muchas cosas.

139 ¿Se admira acaso alguno de nosotros
Si le abrasa a cualquiera ardiente fiebre,
U otra cualquier enfermedad aguda
Se extiende por sus miembros doloridos?

140 Porque se hinchan los pies en un instante,
El más vivo dolor coge los dientes,
Y ataca alguna vez los mismos ojos:
De San Antón el fuego va creciendo,
Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo,
Sin admirarse, porque se conocen
De muchos cuerpos las emanaciones:
Y las exhalaciones de la tierra

Y el aire infecto son muy suficientes
Para dar ser y rápidos progresos
A las enfermedades más terribles.

141 Así se ha de creer que este gran todo,
Como infinito, suministra al cielo
Y a la tierra los átomos capaces
De estremecer el globo de repente,
De recorrer en raudo torbellino
El mar y tierra, y de lanzar por Etna
Copiosos fuegos, de inflamar el cielo:
El mismo cielo si puede inflamarse
Tan fácilmente como caen las lluvias
A mares en la tierra cuando llegan
A juntarse en la atmósfera las aguas.

142 Pero me dirás tú que estos incendios
Son muy considerables: lo confieso;
Así como parece grande un río
A quien no vio jamás otro más grande:
Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo
De la especie que quieras son disformes
Para aquél que no ha visto otros mayores:
Cuando nada suponen estos cuerpos,
Aunque juntes el cielo, mar y tierra,
Si con el Universo se comparan.

143 Pero expliquemos ora de qué modo
La llama enfurecida en un instante
De las vastas hornazas de Etna sale.

144 Lo primero, está hueco todo el monte
Por su parte interior; sobre cavernas
De pedernales casi está fundado:
Así que, las cavernas todas tienen
Vientos y aire, no siendo otra cosa
El viento más que el aire conmovido:
Y cuando este elemento furibundo
Llegó a inflamarse, y ha comunicado
Su ardor a los peñascos y a la tierra,
En torno de la cual sin cesar gira
Y saca de ellos con veloces llamas
Fuego devorador, él se levanta

145 Y se arroja derecho por las bocas
De la montaña, y a lo lejos echa
La llama y la ceniza, y sale envuelto
Entre humo espeso y negro, y juntamente
Lanza piedras de peso extraordinario:
Sin que te quede duda ser efectos
Del ímpetu furioso de los vientos.

146 En gran parte la mar, además, baña
Las faldas de este monte, y las azota
Con sus olas, y luego se retira:
Por debajo de tierra las cavernas

Desde la misma mar se comunican
Con las altas gargantas de este monte:
No podemos dudar que entran los vientos
Por estas bocas, y que se dirigen
Soplando interiormente hacia la cumbre:
Y por esto se ven volar las llamas,
Y van a dar muy lejos los peñascos
Y las nubes de arena se derraman:

147 Hay en la cima unos embudos anchos
Por do escapan los vientos, que los griegos
Cráteres llaman, a los que nosotros
Llamamos las gargantas o las bocas.
Para algunos fenómenos no basta
Dar una explicación; antes precisas
Son otras muchas, para hallar alguna
Entre ellas verdadera; por lo tanto,
Si ves tú desde lejos el cadáver
De algún hombre tendido sobre el suelo,
Es preciso decir todas las causas
De la mortalidad para que sepas

148 La causa de la muerte de aquel hombre;
Porque no puedes decidir si ha muerto
De muerte dada a hierro o por el frío,
O por enfermedad o con veneno:
En general sabemos que él ha muerto
Por una de las causas que he nombrado;

149 Mas sólo los testigos oculares
Pueden decir la causa verdadera:
Así también estamos indecisos
Sobre muchos fenómenos que vemos.

150 Crece el Nilo y rebosa por los campos
En el estío, siendo el solo río
Que hay en todo el Egipto, y va regando
Las campiñas en medio de calores;

151 O bien porque reinando en el estío
Etesios vientos, soplan aquilones
Contra el embocadero y la corriente,
Y su curso retardan y recrecen
Las aguas, y se llena todo el río,
Y le hacen que se pare; ciertamente
El soplo de estos vientos se dirige
Contra el curso del río, porque vienen
Etesios vientos de constelaciones
Frías del polo boreal, y el Nilo
Tiene su nacimiento en las regiones
Del Mediodía, en los ardientes climas

152 Que el sol visita en medio de su curso,
Entre los hombres negros y tostados.
Grandes bancos de arena tal vez forman
Al agua un dique en el embocadero
Cuando el mar agitado con los vientos
Hacia adentro la arena va metiendo,

Por lo que es menos libre su desagüe,
Y la madre está menos inclinada,
Y se refrena el ímpetu del río.

153 Por fortuna quizá en su nacimiento
Las lluvias son también más abundantes
En aquella estación en que las nubes
Juntas al Mediodía son llevadas
Por los vientos etesios a aquel lado,
Las cuales se amontonan apiñadas
Sobre la cumbre de elevados montes
Y la presión del peso las esparce.

154 Tal vez puede venir esta creciente
De los montes alzados de la Etiopía,
Cuando el sol, abrasando con sus rayos
A la naturaleza, hace que bajen
Las nieves derretidas a los campos.

155 Al presente diré qué cosa sean
Aquellos sitios y funestos lagos
Que se llaman avernos; este nombre
Al principio les dieron con motivo
Del efecto que causan, porque matan
En general las aves; cuando vienen
Volando por encima de estos sitios
Directamente, de volar se olvidan
Y, perdiendo sus alas los resortes,

Torciendo la cabeza caen sin fuerzas
Precipitadas en la tierra, o agua,
Quizá conforme a la naturaleza

156 De aquel averno que las da la muerte.
Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio:
Fuentes cálidas son las que vaporan
Un humo espeso; y otro semejante
Hay también en los muros atenienses,
En el remate de la ciudadela,
Cerca del templo de tritonia Palas:
Do las roncas cornejas jamás llegan
Aunque las brinde el humo de las aras.

157 Huyen tan azoradas las cornejas,
No los vivos enojos de Minerva,
Que con su vigilancia provocaron,
Según lo cantan los poetas griegos;

158 Antes bien los vapores de este sitio,
Muy suficientes para hacer se vuelvan,
También cuentan que en Siria hay otro averno
Do los mismos cuadrúpedos no pueden
Sus pasos dirigir sin que al momento
Los haga el vaho caer muertos en tierra,
Así como si fueran conducidos
A inmolarlos a dioses del Infierno.

159 Efectos naturales, pues, son todos,
Y se puede atinar bien con sus causas
Sin presumir que sean estos sitios
Mucho más bien las puertas infernales
Por do los dioses del obscuro imperio
Atraen quizá las almas de los muertos
Sobre la orilla de Aquerón; conforme
A la opinión común de que la simple
Aspiración de los ligeros ciervos
Saca de sus guaridas las serpientes.

160 Recuerda la doctrina que he inculcado,
A saber, que la tierra en sí contiene
Un número muy grande de elementos
Configurados de distinto modo:
Que hacen vivir al hombre muchos de ellos;

161 Que otros engendran las enfermedades
Y aceleran su muerte: también dije
Más o menos análogos ser todos
A conservar diversos animales
Según sus diferentes contexturas
Y su naturaleza muy diversa
Y elementales configuraciones:
Entran muchos hiriendo los oídos;

162 Despidiendo otros un olor ingrato,
Con gran molestia hieren el olfato;
Otros evita el tacto, otros la vista,

Y son otros al gusto desabridos:
La experiencia te enseña cuantos cuerpos
Producen en el hombre sensaciones
Ingratas y molestas y penosas.

163 Hay árboles que tienen una sombra
Cargada de moléculas dañosas,
La cual causa dolores de cabeza
Muy fuertes a cualquiera que se tiende
Debajo a descansar sobre la hierba.

164 Del Helicón en la elevada cumbre
Hay un árbol también que mata al hombre
Con el olor infecto de sus flores:
Y nacen todas estas producciones
De la tierra, porque ella en sí contiene
Gran copia de semillas combinadas
De modos infinitos y diversos,
Con cuyas secreciones alimenta
Cada individuo de por sí la tierra.

165 Y recién apagada la luz echa
Un olor de su pábilo, que afecta
Desagradablemente nuestro olfato,
Adormece los hombres y los tumba
Como si padecieran la epilepsia:
Y se cae la mujer adormecida
Con el olor subido del castóreo;

166 Y la obra delicada se desliza
De entre sus tiernas manos si lo huele
Al tiempo de pagar menstruo tributo:
Además también hay otras substancias
Que aflojan el sistema de los miembros
Y el alma recogida bambolean:
En fin, si te estuvieres mucho tiempo
En un baño caliente, o te sumerges
En el mismo saliendo de la mesa,
¡Cuánto no hay que temer el que te caigas
En medio de las aguas sin sentido!

167 Y el activo vapor de los carbones
¡Qué pronto se introduce en el cerebro
Si no bebemos agua de antemano!

168 Golpe de muerte da el olor del vino
A aquel hombre que tiene consumidos
Todos sus miembros en la ardiente fiebre.

169 ¿No ves también cómo en la misma tierra
Nace el azufre y el betún que exhalan
Un olor penetrante? Por fin, cuando
Con el hierro en la mano van los hombres
Rasgando las entrañas de la tierra
Para buscar las venas de oro y plata,
¿Qué vapores no salen de la mina?

170 ¿Qué olores tan mortales no se exhalan
De este rico metal que yace en ella?
¿No ves la cara y tez descolorida
De los míseros que andan condenados
Por la ley a trabajos tan penosos?

171 ¿Cuán en breve perecen no has oído
Y cuán corto es el plazo de su vida?
Así, es preciso que la tierra exhale
Todos estos vapores esparcidos.

172 Por fuera en las llanuras de los aires.
Así deben también avernos sitios
Echar de sí mortíferos vapores
A las aves; los cuales se levantan
Desde la misma tierra por los aires,
Y parte de la atmósfera envenenan,
Y cuando llega allí volando el ave,
La ponzoña invisible la entorpece
Allí su movimiento, y cae derecha
Donde el vapor dirige su caída;

173 Do, ya precipitada, el mismo tufo,
Entonces más activo lanza fuera
De sus miembros los restos de la vida;

174 Porque el primer ataque solo excita
En el ave unas ciertas convulsiones;
Pero ya que una vez están caídas

Las aves en las fuentes ponzoñosas,
Allí el último aliento de la vida
Exhalan de ponzoña circundadas.

175 Puede también que estas exhalaciones
Enrarezcan la masa de aire puesta
Entre la tierra y aves, de manera
Que esté casi vacío aquel espacio:
Cuando vienen volando por encima
De estos sitios las aves, al momento
En medio del vacío inútilmente
Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda
Alguna reacción, porque, no hallando
Mas apoyo en el aire, y no pudiendo
Sostenerse en sus alas, las obliga
Con su peso a caer naturaleza;

176 Y ya tumbadas dentro del vacío,
Por los poros del cuerpo echan el alma.
Está más fría el agua de los pozos
En el estío porque enrareciendo
El calor a la tierra, prontamente
Disipa por los aires las semillas
De fuego que tal vez en sí contiene.

177 Cuando más caldeada esté la tierra,
Tanto más fría debe estar el agua
Escondida en su seno; y al contrario,
Cuando aprieta, condensa y une el frío

Toda su superficie, debe entonces
Por esta, comprensión hacer que se entre
En lo hondo de los pozos todo el fuego
Que haya diseminado por la tierra.

178 Junto al templo de Ammón hay una fuente
Que está helada entre día, según dicen,
Y caliente de noche: mucho admiran
Los hombres esta fuente, y se persuaden
Que oculto el sol debajo de la tierra,
La calienta al instante que la noche
Cubre la tierra con terrible sombra:
Pero esta explicación es muy contraria
A la filosofía verdadera:
Porque si el sol, que tanta fuerza tiene
Sobre nuestras cabezas levantado,
Por contacto inmediato no ha podido

179 Siquiera calentar la superficie,
¿Cómo debajo de los pies podría
Por medio de una masa tan espesa
Como la tierra hacer hervir el agua
Y en ella introducir su ardiente fuego,
Cuando el ardor apenas de sus rayos
Penetra las paredes de las casas?

180 ¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa?
Es que la tierra está más esponjosa
Y que en ígneas semillas más abunda

Junto a la fuente que por más afuera:
Cuando en sus sombras húmedas la noche
El orbe sepultó, la tierra al punto
Que cerca el manantial se va enfriando,
Y encógese como si la apretaran
Con la mano, de modo que en la fuente
Exprime las partículas de fuego
De que ella esta impregnada, y comunica
Al agua aquel calor que experimentan

181 El tacto y paladar: cuando los rayos
De sol nacientes de seguida abrieron
Los poros de la tierra, y su tejido
Enrareció la mezcla de sus fuegos,
Se vuelven a su asiento primitivo
Las partículas ígneas, y se cuela
Todo el calor del agua por la tierra:
Fría está así la fuente por el día.

182 Por otra parte, herida el agua entonces
Por los rayos del sol, y enrarecida
Con sus trémulos fuegos, es preciso
Exhale los corpúsculos de fuego
Que ella contiene, así como despide.

183 Las moléculas, frías otras veces,
Y deshace los hielos que la ataban
Y como prisionera, la tenían.

184 También hay una fuente de agua fría
Sobre la cual, echando alguna estopa
Se enciende y echa llamas de repente,
Y una tea se prende de este modo,
Y va luciendo en medio de las aguas
Por do su luz nadante el aire impele:
Sin duda porque el agua de esta fuente
Contiene en sí muchísimas semillas
De fuego, y es preciso que reciba
De aquella tierra que es como su lecho
Un montón de partículas de fuego,
Que subiendo a lo alto se derraman

185 Por toda el agua, y por defuera a un tiempo.
Se exhalan, y se esparcen por los aires;
Pero no son tan vivas las semillas
Que puedan calentar la misma fuente.

186 Una impulsión secreta determina
Todas estas moléculas dispersas
A salir pronto fuera y congregarse
Por encima del agua: de este modo,
El agua dulce de la fuente Aradia
Corre y aparta las saladas ondas
De alrededor: y en otras muchas playas
Ofrece el mar recursos semejantes,
Gratos a los sedientos marineros,
Manando el agua dulce entre saladas.

187 Pues por un mecanismo semejante
Las partículas ígneas salir pueden
Entre las ondas, y lanzarse fuera
Para encender la estopa: luego que ellas
Allí están reunidas, y se pegan
A la substancia de la tea, al punto
Se prenden fácilmente, porque tienen
Gran número de partes inflamables
Las estopas y teas por su parte.

188 ¿No ves cómo la lámpara que acaba
De morir, si la arrimas a otra que arde,
Antes de ser tocada arde de nuevo?

189 Pues lo mismo sucede con la tea:
Ahora no trato yo de muchos cuerpos
Que se inflaman de lejos con la misma
Impresión del calor, antes que llegue
A tocarlos de cerca el mismo fuego:
Luego de aquella fuente los efectos
Pueden ser explicados, de este modo.

190 Empezaré tratando yo al presente
Por qué ley natural al hierro puede
Atraer esta piedra que los griegos
Magnética llamaron en su lengua;

191 Por qué tienen el nombre de Magnesios
Los pueblos y el país donde se encuentra.
Admíranse los hombres de esta piedra,
Porque viene a formar una cadena
De pendientes anillos unos de otros;

192 A veces se ven cinco y más anillos
Que van en línea recta descendiendo,
Y los agitan los suaves aires,
Y uno debajo de otro asido cuelga;

193 Y ellos se comunican mutuamente
La virtud atractiva de la piedra:
Tanto su actividad llega a extenderse.

194 Antes que estos fenómenos explique
Tengo yo que sentar muchos principios
Pata decir la causa verdadera:
Sólo podemos arribar a ella
Por medio de grandísimos rodeos:
Presta, pues, atención a mis palabras.

195 Debes tener presente desde luego
Que todos cuantos cuerpos vemos lanzan
Perpetuamente unos derramamientos,
Unas emanaciones que nos hieren
Los ojos, y producen en nosotros
La sensación de ver; y los olores
No son más que continuas emisiones

De ciertos cuerpos: como emana el río
De fluidos, y emanan los calores
Del sol, y de la mar la sal que roe
Los edificios que hay en las riberas:
Cuando nos paseamos en la playa

196 De continuo nos zumban los oídos,
Y un salino vapor entra en la boca
Hiriendo el paladar jamás miramos
Preparar el ajenjo sin que al punto
El amargor sintamos: luego envían
Todos los cuerpos siempre emanaciones
De toda especie, las que se dirigen
A todas partes sin reposo alguno
Y sin cesar jamás, pues de continuo
Tenemos sensaciones, y podemos
Ver, y oler y oír a cada instante.

197 Te volveré a traer a la memoria
Lo porosos que son todos los cuerpos;
Un principio que ya te he demostrado
En el Canto primero del poema,
Que nos da a conocer muchas verdades;

198 Mas sobre todo explica de tal suerte
El fenómeno extraño que pretendo,
Declararte ahora mismo, que no puedo
Prescindir de probarte nuevamente

Que de todos los cuerpos conocidos
No existe uno siquiera que no tenga
Su tejido mezclado con vacío.

199 Las bóvedas chorrean en las grutas
Un humor que destilan gota a gota:
Mana el sudor por todo nuestro cuerpo:
Crece la barba y pelos en los miembros:
Repartido el sustento por las venas,
Sostiene y acrecienta los extremos
De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas:
También sentimos que el calor y frío
Penetran por el cobre, y por la plata
Y por el oro su impresión sentimos
Cuando tenemos una copa llena:
Por último, atraviesan los sonidos

200 El espesor de la pared, y se entran
Por ellas el olor, calor y frío;
Traspasan aun de hierro la coraza
Que ciñe todo el cuerpo del guerrero:
Vienen de fuera las enfermedades
Casi por lo común; y los contagios
Que nacen de la tierra, o en el aire,
Así como se forman se disipan,
En un instante porque no hay un Cuerpo
Que no encierre vacío en su tejido.

201 Añádase que las emanaciones
De los cuerpos no tienen todas ellas
Unas mismas sensibles cualidades
Ni igual analogía con los cuerpos
Sobre los cuales obran: ante todo,
El sol cuece la tierra y la deseca,
Mientras derrite el hielo y con sus rayos
Hace que corran de los altos montes
Nieves amontonadas, y liquida
Con su mismo calor, en fin, la cera:
También disuelve el fuego cobre y oro,
Mientras contrae y encoge carne y cueros:

202 A la verdad, el hierro caldeado
Adquiere un nuevo grado de dureza
Cuando le echan en agua; y al contrario,
Endureciendo el fuego carne y cuero,
El agua los ablanda; el acebuche,
Cuyo amargor es insufrible al hombre,
Es para las cabrillas más sabroso
Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye
La mejorana el cerdo de ordinario,
Y teme toda clase de perfumes,
Porque son el veneno más activo
Para el cerdoso puerco los que a veces

203 Parece que nos vuelven a la vida:
Por el contrario, empero, siendo el cieno
La misma suciedad para nosotros,
Parece a los marranos lo más limpio,
Do se revuelcan todos sin hartura.

204 Aún me falta sentar otro principio
Antes que empiece a hablar de lo que he expuesto,
Y es que, teniendo muchos intersticios
Todos los cuerpos, no deben aquéllos
Ser entre sí del todo semejantes;

205 Antes debe tener cada uno de ellos
Naturaleza y usos peculiares:
Porque los animales ciertamente
Tienen varios sentidos, y cada uno
Tiene su objeto propio: los sonidos
Por sus propios conductos se insinúan;

206 Los sabores y olores van por otros
Que tienen ciertamente analogía
Con su naturaleza y su tejido:
Además, hay también emanaciones
Que penetran las piedras, y otras pasan
Por la madera, y otras por el oro,
Y algunas por la plata y por el vidrio,
Porque los simulacros se introducen
Por los poros del vidrio, y se insinúa

El calor en los poros, de oro y plata:
Y hay corpúsculos que entran más ligeros,
Y otros más tardos, por el mismo cuerpo.

207 Arriba dije que estas diferencias
Son una consecuencia necesaria
De la infinita variedad que ha puesto
Y ha establecido la Naturaleza
Entre los intersticios de los cuerpos.

208 Con tanta solidez establecidas
Todas estas verdades proemiales,
Es fácil explicar lo que buscamos,
De suyo descubriéndose la causa
De la atracción del hierro: desde luego
Es preciso que emanen de continuo
De la misma substancia de la piedra
Infinitos corpúsculos, o sea,
Un activo vapor que con sus golpes
Dé raridad a aquel aire que media
Entre el imán y el hierro: cuando encuentran
Este espacio intermedio ya vacío

209 Se dirigen a él en el momento
Los principios del hierro muy unidos,
Por lo que todo el cuerpo del anillo
Sigue la misma dirección: no hay cuerpo

Que tenga los principios más trabados
Que los del hierro, este metal tan firme
Que casi es al calor inaccesible.

210 No es maravilla, como dije antes,
Que la tendencia de sus elementos
En número copioso hacia el vacío
Arrastren tras de sí todo el anillo:
Así es en realidad, y siempre avanza
Hasta que toca con la misma piedra
Y se une con compases invisibles:
Obra el imán en todas direcciones
El vacío se forma en todas partes,
Bien hacia arriba, bien lateralmente;

211 Los anillos vecinos al momento
Se inclinan al espacio enrarecido,
Conducidos de choques exteriores,
Pues su misma tendencia no podría
De esta manera unirlos en el aire:
Otra causa hay también que favorece
A aquesta dirección, y que acelera
El movimiento: y es que, apenas
El aire se enrarece, y el vacío
Por la parte de encima del anillo
Llega a formarse, en el momento el aire
Inferior, sacudiendo en el anillo,

212 Le impele por detrás en cierto modo,
Porque todos los cuerpos son batidos
Sin cesar por el aire que los cerca:
Pero en esta ocasión hacen los golpes
Avanzar el anillo, porque arriba
Hay un vacío para recibirle:
Cuando el aire que digo se ha esparcido
En los poros del hierro y se ha insinuado
Hasta sus más sutiles elementos,
Los impele y los hace que adelanten
Como el viento las velas y la nave.

213 Deben, en fin, tener todos los cuerpos
El aire en su tejido, porque todos
Son porosos, y el aire de continuo
Los rodea y los toca; pues metido
Este fluido sutil dentro del hierro,
Se agita con continuo movimiento,
Y por esto sacude en el anillo
Y por dentro sin duda le menea,
Y ya con él se inclina hacia el vacío
Al cual todas sus fuerzas encamina
También sucede alguna vez que el hierro
Se aparta del imán: algunas veces

214 Le huye y le sigue alternativamente:
Hierro de Samotracia y limaduras
He visto yo saltar y revolverse

En un vaso de cobre si acercaban
Esta piedra de imán por el asiento;

215 El hierro parecía que impaciente
Huía de la piedra: hace que nazca,
Tanta discordia el interpuesto cobre,
Porque sin duda, las emanaciones
Del cobre entonces se apoderan antes
Y poseen del hierro los conductos:
Las del imán, que vienen en seguida,
Todos los pasos hallan ocupados,
Y no pudiendo entrarse como antes
Con precisión se arrojan sobre el hierro,
Y chocan con sus olas el tejido
De este metal: la piedra así repele,

216 Y agita por el cobre el mismo cuerpo,
que sin este obstáculo se uniera.
No debes extrañar que no produzcan
El mismo efecto las emanaciones
De piedra imán sobre los otros cuerpos;

217 La pesadez de algunos, como el oro,
Los tiene inmobles; y otros, como el leño,
Tienen poros muy anchos, por los cuales
Pasan emanaciones sin tocarlos
Y sin causar agitación en ellos:
Entre estas dos especies tiene el medio
El tejido del hierro, al cual impelen

De esta manera las emanaciones
De piedra imán cuando impregnado se halla
De unas ciertas partículas de cobre.

218 Sin embargo, el fenómeno que explico
No es tan extraño en la naturaleza
Que no pueda citar otras uniones
Tan íntimas como éstas: ves trabarse
Por medio sólo de la cal las piedras,
Y la cola de toro une las tablas
Tan fuertemente, que antes faltarían
Las vetas y las partes esenciales
De la madera que esta unión faltase:
Gusta el vino mezclarse con el agua;

219 La pez no puede hacerlo con su peso,
Ni con su levedad puede el aceite:
Se identifica tanto con la lana
La púrpura, que no puede quitarse
De modo alguno su color, aun cuando
Se intente renovarle a fuerza de agua,
Aun cuando todo el mar quiera lavarle
Y con todas sus aguas desteñirle:
El oro se incorpora con la plata
Con la ayuda del fuego, últimamente,
Y une el estaño cobres diferentes:
¿Y cuántas otras mezclas encontrara

220 Tan íntimas como ésta si quisiera?
¿Pues, cómo no? porque no necesitas
De tantas menudencias, y no es justo
Que emplee en esto yo un trabajo inútil:
Réstanos abrazar en un principio
Muchos hechos a un tiempo: si dos cuerpos
Se encuentran con tejidos tan opuestos
Que a los huecos del uno correspondan
Eminencias del otro, su juntura
Es muy perfecta: así pueden juntarse
Con especies de anillos y de anzuelos,
Como sucede en el imán y el hierro.

221 Ahora voy a explicarte yo la causa
De las enfermedades contagiosas;
De estas plagas terribles, que derraman
Sobre hombres y ganados de repente
La mortandad. Primero enseñé arriba
Que en la atmósfera había una gran copia
De corpúsculos, que unos dan la vida,
Enfermedad y muerte engendran otros:
Cuando da ser Acaso a los postreros
El aire se corrompe y se inficiona:
La enfermedad activa y pestilente
O de clima extranjero es transmitida

222 Por la vía del airé, como nubes
Y tempestades, o del mismo seno
De la tierra se engendra, cuando han sido
Corrompidos sus húmedos terrones
Con el calor y lluvias desregladas.

223 ¿No observas tú que la mudanza de aire
Y la del agua la salud atacan»
Del hombre que está lejos de su patria?

224 Porque allí encuentra un aire diferente
Del que ha solido respirar en casa.
¿Por ventura, no encuentras diferencia
Entre la inglesa atmósfera y Egipto,
Por do el eje del mundo se ladea?

225 ¿Y no difieren entre sí los climas
Del Ponto, y el que llega desde Cádiz
Hasta los pueblos negros y tostados?

226 Como estas cuatro plagas se hallen puestas
A cuatro vientos, como estén situadas
Bajo de cuatro climas diferentes,
En situación tan sólo no difieren,
Sino también en el color y forma
De sus habitadores, y parece
Que están sujetos a distintos morbos.

227 Es una enfermedad la elefancía
Que nace hacia las márgenes del Nilo,
No en otra parte, en medio del Egipto:
En Ática, las piernas adolecen,
Y los ojos enferman en Acaya,
Y otras tierras atacan otros miembros;

228 Del aire nacen estas diferencias:
Porque si el aire de extranjero clima
De peligrosa cualidad dotado
Se muda y va viniendo hacia nosotros,
Se arrastra lentamente como nube
Altera y muda todas las regiones
De la atmósfera por donde camina:
Cuando llegó a la nuestra últimamente
La corrompe, y así se la asimila
Y nos la hace contraria: se derrama
Este nuevo contagio y pestilencia
Al punto por las aguas, y se pega

229 A las mieses y humanos alimentos
Y a la comida pastos de ganados;
O se queda colgado algunas veces
Su contagio en el aire, y no podemos
Respirar este fluido mezclado
Sin sorber su infección al mismo tiempo.

230 Coge la pestilencia de ordinario
Lo mismo al buey que a la balante oveja:
¿Pué importa que nosotros nos vayamos
A otro clima mal sano y enfermizo
A una atmósfera nueva; que nos traiga
Naturaleza un aire pestilente
Y extranjeros corpúsculos que puedan
Con su pronta irrupción darnos la muerte?

231 Unas enfermedades de esta especie,
Causadas por mortíferos vapores,
En los pasados tiempos devastaron
Los campos de los términos Cecropios,
E hicieron los caminos soledades,
Dejaron la ciudad sin pobladores;

232 Porque naciendo en lo interior de Egipto,
Después de atravesar vastos espacios
De aire y de mar, por último se echaron
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:
Todos los habitantes a millares
Se rendían al morbo y a la muerte:
La enfermedad cogía la cabeza
Con fuego devoraz, y se ponían
Los ojos colorados y encendidos;

233 Estaba la garganta interiormente
Bañada de un sudor de negra sangre,
Y el canal de la voz se iba cerrando

En fuerza de las úlceras; la lengua,
Intérprete del alma, ensangrentada,
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,
Áspera al tacto: cuando descendía
Después aquel humor dañoso al pecho
Desde las fauces, y se recogía
Alrededor del corazón enfermo,
Entonces los apoyos de la vida
A un tiempo vacilaban, y la boca

234 De adentro un olor fétido exhalaba
Como el de los cadáveres podridos;
Y las fuerzas del alma se perdían,
Y con su languidez tocaba el cuerpo
En los mismos umbrales de la muerte.

235 Se juntaba a estos males insufribles
Una congoja de inquietud perpetua
Y una queja revuelta con gemidos,
Y sollozar perenne noche y día,
Que sin cesar los nervios irritando,
Envarando los miembros, desatando
Las articulaciones, consumían
A los que sucumbían ya cansados
A la fatiga. Las extremidades
De sus cuerpos no obstante parecían
Estar no muy ardientes, ofreciendo
Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo

236 Estaba colorado todo el cuerpo,
Con úlceras así como inflamadas,
Como si hubiera sido derramado
Fuego de San Antón sobre sus miembros.

237 Un ardor interior los devoraba
Hasta los mismos huesos, y la llama
En su estómago ardía como hornaza:
La más ligera ropa los ahogaba;

238 Al aire y frío expuesto de continuo,
Unos a helados ríos se tiraban
A causa de aquel fuego en que se ardían,
En las aguas más frías zabullendo;

239 Desnudo el cuerpo se arrojaban otros
En hondos pozos; con la boca abierta,
Ansiosos de beber, a ellos venían,
Y su insaciable sed no distinguía
Las aguas abundantes de una gota
Cuando sus cuerpos áridos metían:
Ningún descanso el mal les otorgaba;

240 Tendido estaba el cuerpo fatigado;
La medicina al lado barbotaba
Con temor silencioso: revolvían
Noches enteras sus ardientes ojos
A un lado y otro sin probar el sueño.

241 Y muchos otros síntomas mortales
Se notaban también además de éstos:
Alma agitada de temor y pena
Sobrecejo furioso y hosco rostro,
Los oídos inquietos con zumbidos,
Viva respiración, o fuerte y lenta,
Cuello bañado de un sudor brillante,
Poca saliva como azafranada
Y cargada de sal de sus gargantas
Con fuerte tos apenas arrojada.

242 Se aticiaban los nervios de las manos,
Los miembros tiritaban, y subía
El frío de la muerte poco a poco
Desde los pies al tronco: últimamente,
Al acercarse el tiempo postrimero
Tenían las narices encogidas
Y su punta afilada, ojos hundidos,
Huecas las sienes, la piel fría y ruda,
Los labios abultados, resaltaba
Tirante frente; a poco fallecían:
El sol octavo o nono los veía
Las más veces lanzar su último aliento.

243 Mas si alguno escapaba de la muerte,
Como a las veces sucedía, en fuerza
De secreciones de úlceras malignas
Y de negros despeños, sin embargo,

La misma podre y muerte le aguardaban,
Aunque más tarde: sangre corrompida
De su nariz corría en abundancia,
Con dolores muy fuertes de cabeza;

244 Todas las fuerzas, toda la substancia
Del hombre así llegaban a perderse.
Si no salía el mal por las narices,
Y si no ocasionaba esta hemorragia,
Atacaba los nervios, se extendía
El morbo por los miembros, y cogía
Hasta las mismas partes genitales:
Y unos, temiendo la cercana muerte,
Vivían por el hierro mutilados
De su virilidad; privados otros
De manos y de pies, quedaban vivos;

245 Y perdían, en fin, otros la vista:
Tan poderoso miedo de la muerte
Cogió a estos infelices, y hubo algunos
Que perdieron del todo la memoria
Y aun a sí mismos no se conocían.

246 Aunque en tierra yacían insepultos
Montones de cadáveres, las aves
Y voraces cuadrúpedos huían
Su hedor intolerable, y no tardaban,
Si los probaban, en perder la vida:
Las aves, sin embargo, no salían

Impunemente por aquellos días,
Ni dejaban las fieras alimañas
Las selvas por la noche; casi todas
Sucumbían al morbo y fenecían:
Principalmente los leales perros
En medio de las calles extendidos

247 Enfermos daban el postrer aliento,
Que arrancaba el contagio de sus miembros.
Precipitadamente arrebataban
Sin pompa los cadáveres: no había
Allí un seguro y general remedio:
La pócima que había prolongado
La vida a unos, a otros daba muerte.

248 Pero allí lo más triste y deplorable
Era que algunos de estos infelices
Que se veían presa del contagio
Se despechaban como criminales
Condenados a muerte, se abatían,
Veían siempre a par de sí la muerte,
Y en medio de terrores perecían.

249 Multiplicaba empero las exequias
Principalmente el ávido contagio,
Que no cesaba ni un instante solo
De irse comunicando de uno en otro;

250 Porque aquéllos que huían las visitas
De dolientes amigos por codicia
De la vida o por miedo de la muerte,
Víctimas insensibles perecían
Dentro de poco tiempo, abandonados,
Necesitados y menesterosos,
Como lanar ganado y como bueyes:
Mas los que no temían presentarse
Al contagio y fatiga se rendían,
Viendo que el pundonor y tiernas quejas
De amigos moribundos precisaban
Entonces a llenar estos deberes.

251 Porque el más virtuoso ciudadano
Acababa la vida con tal muerte:
Y después de enterrar la muchedumbre
De sus prendas más caras, se volvían,
Fatigados de llantos y gemidos,
A encamarse, muriendo de tristeza:
Por fin, en estos tiempos de desastre
Muertos o moribundos, o infelices
Que los lloraban, sólo se veían.

252 Además, ya pastores y vaqueros
Y el fuerte conductor del corvo arado
Enfermaban también, y los buscaba
La contagión dentro de sus cabañas,
Y allí los daban muerte inevitable

La pobreza y el morbo: se velan
A veces los cadáveres tendidos
De los padres encima de los hijos,
Y los hijuelos el postrer aliento
Sobre padres y madres exhalaban.

253 El contagio en gran parte provenía
De la gente del campo, que a millares
A la ciudad enfermos acudían:
Todos los sitios públicos y casas
Estaban llenos; por lo mismo entonces
Con más facilidad amontonaba
Apiñados cadáveres la muerte.

254 Muchos de sed morían en las calles;
Y después de haber otros arrastrado
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,
Sin vida allí quedaban extendidos,
Ahogados al sentir la gran dulzura
Que les causaba el agua que bebían:
Y las calles estaban ocupadas
De unos lánguidos cuerpos medio muertos
Hediondos y sucios y andrajosos,
Cuyos miembros podridos se caían:
La piel sola tenían sobre el hueso,
En la que ya las úlceras y podre

255 Habían producido el mismo efecto
Que hace la sepultura en el cadáver.
La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos
Todos los templos santos de los dioses,
Y estaban de cadáveres sembrados
Todos los edificios de deidades;

256 Los hicieron posadas de finados
Los sacristanes: importaba poco
La religión ya entonces y los dioses,
Porque el dolor presente era excesivo.

257 Y se olvidó este pueblo en sus entierros
De aquellas ceremonias tan antiguas
Que en sacros funerales se observaban:
Andaba todo él sobresaltado,
Y en este general abatimiento
Cada cual enterraba a quien podía:
Y la necesidad y la indigencia
Horrorosas violencias inspiraron;

258 Porque algunos gritando colocaban
A sus parientes en la pira ajena,
Y poniéndola fuego por debajo,
Con mucha sangre a veces pendenciaban
Antes que los cadáveres soltasen.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0